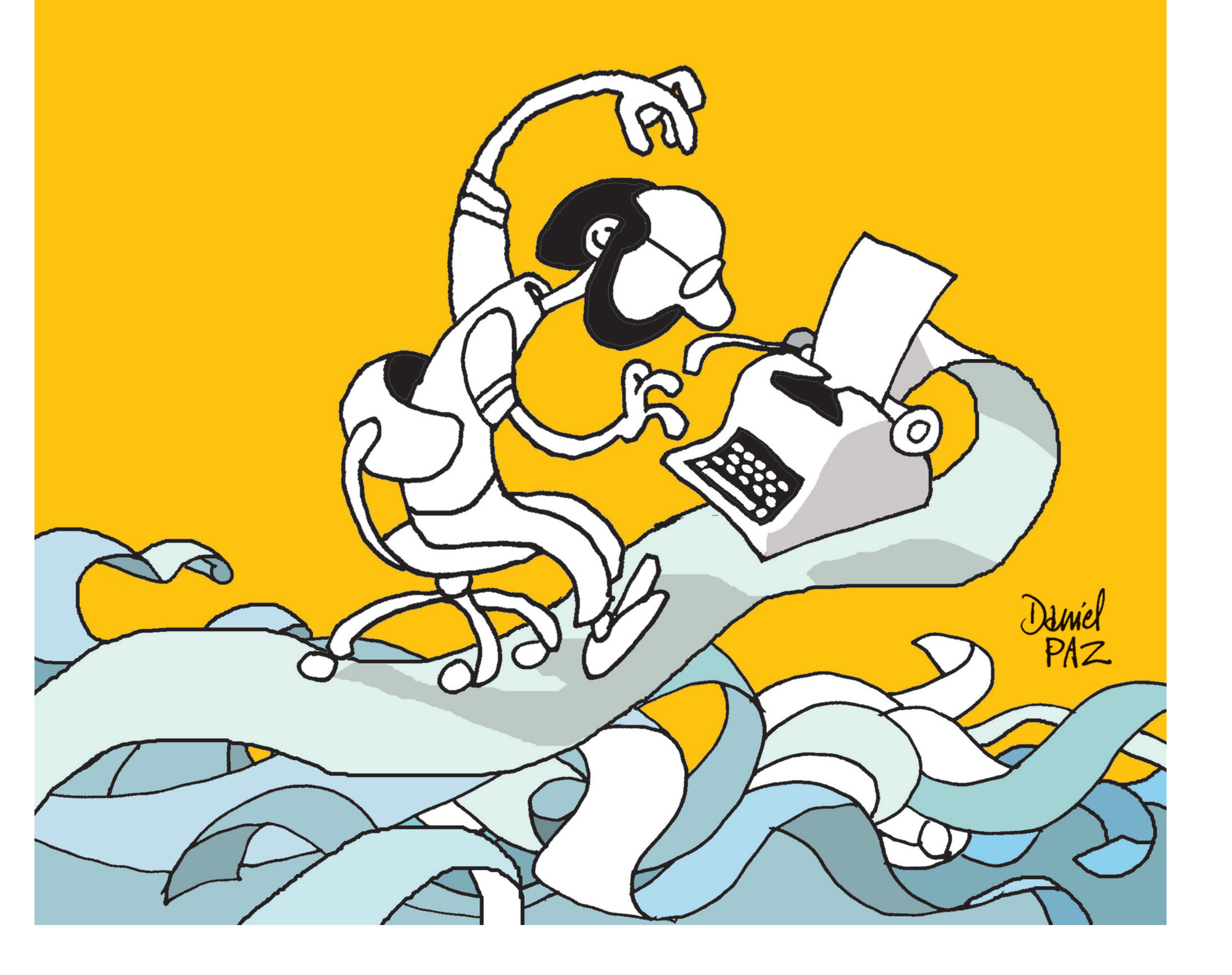
26-5-1987 Suplemento aniversario 26-5-2009

# 22 años contra la impunidad

**Escriben:**

Horacio Verbitsky, Luis Bruschtein, León Rozitchner, Eugenio Zaffaroni, Mario Benedetti, Raúl Kollmann, Osvaldo Bayer, José María Pasquini Durán, Juan Gelman, Osvaldo Soriano, Emilio Mignone, Eduardo Pavlovsky, Ernesto Tiffenberg, José Luis D'Andrea Mohr, Eduardo Galeano, Horacio González, Ariel Dorfman, León Ferrari, Roberto Cossa, Mempo Giardinelli, Laura Bonaparte, Nora Veiras, Martín Granovsky, Hugo Soriani, Leonardo Moledo, Noé Jitrik, Jack Fuchs, Atilio Boron, Eva Giberti, Eduardo Aliverti, Marta Dillon, Victoria Ginzberg, José Pablo Feinmann, Sandra Russo, Juan Sasturain, Washington Uranga, Santiago O'Donnell y Mario Wainfeld.








**1995: Una búsqueda infinita**

# Carta abierta a mi nieta o nieto

**Por Juan Gelman**

Dentro de seis meses cumplirás 19 años. Habrás nacido algún día de octubre de 1976 en un campo de concentración del Ejército, el Pozo de Quilmes casi seguramente. Poco antes o poco después de tu nacimiento, el mismo mes y año, asesinaron a tu padre de un tiro en la nuca disparado a menos de medio metro de distancia. El estaba inerme y lo asesinó un comando militar, tal vez el mismo que lo secuestró con tu madre el 24 de agosto de Buenos Aires y los llevó al campo de concentración Automotores Orletti que funcionaba en pleno Floresta y los militares habían bautizado "El Jardín". Tu padre se llamaba Marcelo. Tu madre, Claudia. Los dos tenían 20 años y vos siete meses en el vientre materno cuando eso ocurrió. A ella la trasladaron –y a vos en ella– al Pozo cuando estuvo a punto de parir. Allí debe haber dado a luz sola, bajo la mirada de algún médico cómplice de la dictadura militar. Te sacaron entonces de su lado y fuiste a parar –así era casi siempre– a manos de una pareja estéril de marido militar o policía, o juez o periodista amigo de policía o militar. Había entonces una lista de espera siniestra para cada campo de concentración; los anotados esperaban quedarse con el hijo robado a las prisioneras que parían y, con alguna excepción, eran asesinadas inmediatamente después. Han pasado 13 años desde que los militares dejaron el gobierno y nada se sabe de tu madre. En cambio, en un tambor de grasa de 200 litros que los militares rellenaron con cemento y arena y arrojaron al río San Fernando, se encontraron los restos de tu padre 13 años después. Está enterrado en La Tablada. Al menos hay con él esa certeza.

Me resulta muy extraño hablarte de mis hijos como tus padres que no fueron. No sé si sos varón o mujer. Sé que naciste. Me lo aseguró el padre Fiorello Cavalli, de la Secretaría de Estado del Vaticano, en febrero de 1978. Desde entonces me pregunto cuál ha sido tu destino. Me asaltan ideas contrarias. Por un lado, siempre me repugnó la posibilidad de que llamaras "papá" a un militar o policía ladrón de vos, o a un amigo de los asesinos de tus padres. Por otro lado, siempre quise que, cualquiera hubiese sido el hogar en que fuiste a parar, te criaran y educaran bien y te quisieran mucho. Sin embargo, nunca dejé de pensar que, aun así, algún agujero o falla tenía que haber en el amor que te tuvieran, no tanto porque tus padres de hoy no son biológicos –como se dice–, sino por el hecho de que alguna conciencia tendrán ellos de tu historia y de cómo se apoderaron de tu historia y la falsificaron. Imagino que te han mentido mucho.

También pensé todos estos años en qué hacer si te encontraba: si arrancarte del hogar que tenías o hablar con tus padres adoptivos para establecer un acuerdo que me permitiera verte y acompañarte, siempre sobre la base de que supieras vos quién eras y de dónde venías. El dilema se reiteraba cada vez –y fueron varias– que asomaba la posibilidad de que las Abuelas de Plaza de Mayo te hubieran encontrado. Se reiteraba de manera diferente, según tu edad en cada momento. Me preocupaba que fueras demasiado chico o chica –por no ser suficientemente chico o chica– para entender lo que había pasado. Para entender por qué no eran tus padres los que creías tus padres y a lo mejor querías como a padres. Me preocupaba que padecieras así una doble herida, una suerte de hachazo en el tejido de tu subjetividad en formación. Pero ahora sos grande. Podés enterarte de quién sos y decidir después qué hacer con lo que fuiste. Ahí están las Abuelas y su banco de datos sanguíneos que permiten determinar con precisión científica el origen de hijos de desaparecidos. Tu origen.

Ahora tenés casi la edad de tus padres cuando los mataron y pronto serás mayor que ellos. Ellos se quedaron en los 20 años para siempre. Soñaban mucho con vos y con un mundo más habitable para vos. Me gustaría hablarte de ellos y que me hables de vos. Para reconocer en vos a mi hijo y para que reconozcas en mí lo que de tu padre tengo: los dos somos huérfanos de él. Para reparar de algún modo ese corte brutal o silencio que en la carne de la familia perpetró la dictadura militar. Para darte tu historia, no para apartarte de lo que no quieras apartar. Ya sos grande, dije.

Los sueños de Marcelo y Claudia no se han cumplido todavía. Menos vos, que naciste y estás quién sabe dónde ni con quién. Tal vez tengas los ojos verdegrises de mi hijo o los ojos color castaño de su mujer, que poseían un brillo muy especial y tierno y pícaro. Quién sabe cómo serás si sos varón. Quién sabe cómo serás si sos mujer. A lo mejor podés salir de ese misterio para entrar en otro: el del encuentro con un abuelo que te espera.

(Publicada el 12-4-1995)

**El fundador del CELS y los secretos de Pio Laghi**

# Iglesia y dictadura

**Por Emilio F. Mignone**

La controversia desatada con motivo de las declaraciones vinculadas con la actuación del ex nuncio apostólico Pío Laghi durante la pasada dictadura militar me incita a exponer algunas consideraciones dirigidas a esclarecer la situación, tanto en el punto de vista ético y político como doctrinario y eclesial. En rigor de verdad ya lo hice en mi libro *Iglesia y dictadura*, publicado en 1986, pero no creo que mis reflexiones de entonces hayan sido suficientemente leídas ni tomadas adecuadamente en cuenta. Durante el régimen de facto mantuve tres largas entrevistas con Laghi en la Nunciatura y luego volví a visitarlo, ya restaurada la democracia, en Washington, donde se desempeñaba como delegado apostólico. Pasó luego a ser el primer nuncio en ese país, cuando su gobierno estableció relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Conozco, en consecuencia, el tema de una manera directa y puedo aportar alguna luz a ese respecto.

Era notorio que Laghi se sentía afectado por la represión clandestina instaurada por el régimen castrense y contribuyó a salvar algunas vidas. Más aún: en el primer encuentro, muy nervioso, me dijo, "éste es un gobierno de criminales". Pocos días después, buscando a mi hija detenida desaparecida, me recibió el ex almirante Emilio Eduardo Massera y le transmití la opinión de Laghi. El entonces integrante de la Junta Militar y comandante en jefe de la Marina de Guerra me contestó: "Qué extraño, porque juega al tenis conmigo cada quince días". En la segunda oportunidad Laghi agregó que se sentía amenazado por el régimen y temía por su vida. Le respondí que era yo, un simple ciudadano perseguido, el que debía tener miedo, dado que él, por su investidura y su condición de diplomático, estaba ajeno a cualquier riesgo. Le dije, además, que si algo ocurría, debía sentirse logrado por cuanto el Señor Jesucristo enseñaba que "El Buen Pastor –y él en cuanto obispo lo era– da su vida por las ovejas" (Juan 11;11). En Washington me volvió a insistir sobre el mismo tema y le reiteré la referencia evangélica.

Pese a sus esfuerzos humanitarios, no me cabe la menor duda de que Laghi, contra lo que ahora dice, tenía plena conciencia, por las denuncias que recibía, de lo que estaba ocurriendo, es decir que miles de argentinos se encontraban en ese momento sometidos a tormentos en centros clandestinos de detención de las Fuerzas Armadas y en su mayoría terminaban siendo asesinados. De cualquier manera yo se lo expliqué con todas las letras –dado que ésa fue tempranamente mi intuición– y me escuchó con atención, sin contradecirme. Si me creyó o no escapa a mi capacidad de percepción.

¿Cuál es en definitiva, entonces, la responsabilidad ética, religiosa y política de Laghi ante esa situación? A mi juicio el no haber hecho jugar, mediante una denuncia profética y pública, esa circunstancia, por cuanto sus reclamos privados no era atendidos. Y esto por su carácter de sucesor de los Apóstoles y su posibilidad de influencia –que era inmensa– a fin de salvaguardar miles de vidas humanas que por esa falencia se perdieron. Ello era factible por cuanto un régimen que se jactaba de defender a la civilización cristiana y occidental y al catolicismo no hubiera resistido una ruptura con la Iglesia. Laghi ahora señala que esa expresión profética correspondía a los pastores locales, es decir, a los obispos. Tiene razón, pero él también es obispo y era representante del obispo de Roma, a quien corresponde el magisterio universal. Y cuando digo denuncia profética no interpreto este último vocablo como la adivinación del futuro, según una acepción popular, sino en términos bíblicos y teológicos: la manifestación pública contra la injusticia, la dominación, la marginación y la tiranía de los poderosos. Eso hicieron los grandes profetas del Antiguo Testamento –Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Amós– y el mayor de todos, inaugurando el Nuevo, Jesús de Nazareth, que apostrofó a los fariseos, a los levitas, a los Sumos Sacerdotes del Templo, al rey Herodes y al procurador del César, Pilatos, que lo condenó. Creo, para terminar, que en el fondo de esta cuestión existe un problema que la Iglesia Católica deberá resolver en algún momento, tal vez en el próximo concilio universal. Y es la ambigüedad de la posición del Papa como pastor de la Iglesia Universal y al mismo tiempo jefe de Estado del Vaticano. En este último carácter mantiene representaciones –los nuncios– ante los gobiernos y en tal condición éstos actúan como diplomáticos y no como pastores, aunque en cuanto obispos, por lo general, son ambas cosas a la vez. Tiene razón Laghi cuando dice que él era extranjero, debía mantener relaciones cordiales con el gobierno de turno y no podía meterse en cuestiones internas del país. Esto es cierto. Por eso la sociedad reaccionó en la época de Perón contra el embajador Spruille Braden de los Estados Unidos y ahora lo hace contra su actual sucesor James Cheek. Pero hay que señalar que en este caso en Laghi, por encima de su condición de pastor, predominó la de diplomático, de la misma manera que los capellanes de las Fuerzas Armadas fueron en ese tiempo más militares que sacerdotes. En el Concilio Vaticano II el obispo alemán Joachim Ammann, titular de la diócesis de Muensterschwarsch, propuso la supresión de las nunciaturas. No hubo ambiente para ello. Pero creo que por ahí anda la solución.

(Publicada el 27-12-1995)

1996: La historia de las Madres

# Parir en Plaza de Mayo



**Por Osvaldo Soriano**

"Como hemos sido distintas en todo, también somos distintas en nuestro proyecto de futuro. Pretendemos que se organice nuestro pueblo, que se formen y solidifiquen las organizaciones de base populares, en cada barrio, en cada lugar, los trabajos colectivos, para que toda esa efervescencia de los años '70 se vuelva a notar en nuestro pueblo, que parece cansado, que parece derrotado, que parece deprimido, pero que cuando lo tocan salta y sale a la calle." Así, con un proyecto de movilización popular, las Madres de Plaza de Mayo exponen sus anhelos en el libro que acaban de publicar para evocar sus veinte años de lucha y resistencia.

Desde que se reunieron por primera vez, en 1977, estas mujeres ejemplares, herederas de los jacobinos de la Revolución de Mayo, han ido elaborando, por sobre penas y angustias, más allá de la represión y la indiferencia, un hilo conductor entre los sueños de sus hijos y la ilusión renovada de un futuro justiciero. *Historia de las Madres de Plaza de Mayo* (Edición Asociación Madres de Plaza de Mayo, 192 páginas, 1995) contiene relatos, cronologías, fotos y sobre todo conferencias y discursos de Hebe de Bonafini. Sus páginas dan cuenta de los primeros pasos solitarios y desorientados en busca de los chicos que los militares y sus cómplices de la dictadura secuestraban en sórdidas cacerías, torturaban y hacían desaparecer en la más feroz represión que haya conocido Occidente después de la Segunda Guerra Mundial.

Ahí está todo: Astiz que entrega a Azucena Villaflor en la iglesia Santa Cruz, los silencios de un país aterrorizado, las miserias de los que sabían y callaban, el corajudo crecimiento de un puñado de mujeres que, al descubrir las atrocidades, se levantaron para pedir que les devolvieran a sus hijos y nunca aceptaron nada a cambio. Desde que dijeron la primera palabra hasta que empezaron su ronda en la Plaza, su gesto de resistencia dio la vuelta al mundo, despertó conciencias, abrió los ojos de los demócratas que todavía dudaban ante el régimen militar y sus propagandistas. Desde entonces Videla, Massera y los otros empezaron a ser nombres malditos en los lugares civilizados. Faltaba mucho para que se debilitara el régimen que las llamaba "locas"; mucho para que los oportunistas repararan en ellas y trataran de congraciarse; faltaban años para que Alfonsín y Menem las repudiaran porque con ellas es imposible hacer acuerdos y trenzas. Punto Final, Obediencia Debida, indultos, toda una secuencia de complicidades intentó cubrir a los criminales, en nombre de un supuesto futuro en armonía y democracia. Pero, ¿qué democracia? "Si el sistema no es capaz de juzgarlos, condenarlos, dijimos, hagámoslos nosotras mismas los juicios en plaza pública y que los jueces sean todos los que asistan", dicen las Madres.

En tiempos de cansancio e indiferencia, en medio de cambios sociales gigantescos en los que los pobres votan contra sus propios intereses y los desocupados aparecen como una raza prescindible que desordena las estadísticas, las Madres reclaman y predican una sociedad diferente, con igualdad y justicia. Confían en que otra generación recibirá su mensaje y retomará la lucha de sus hijos. Parece que aspirarán a un imposible, a un sueño al que la Argentina privatizada y consumista da la espalda.

En este libro, las Madres, más combativas que nunca, empiezan a escribir su legado irreprochable: "Donde exista un hombre o una mujer o un niño que se rebele contra la injusticia, el viento le traerá el agitar de nuestros pañuelos para acompañarlo en su lucha. Mientras la voz de un joven se eleve contra los poderosos, allí estarán las Madres: sembrando ideales y entregando la vida".

(Publicada el 18-1-1996)

**Por Eduardo Pavlovsky**

### 1997: ¿Qué hacíamos los demás?

# La complicidad civil

Ultimamente parece abordarse desde diferentes medios la compleja temática de la complicidad civil como sostén ideológico de la dictadura militar y el genocidio. Verbitsky lo hace poniendo el foco de luz en las intendencias políticas radicales y peronistas durante el proceso, y desde otro espectro ideológico Grondona se pregunta en su programa: "Pero aparte de los monstruos que reprimían, ¿qué hacíamos los demás?". Creo que la complicidad es el gran tema de todos los genocidios y tal vez ha sido hasta hoy el menos explorado.

Cuando todavía hoy observamos que un sector de la población tucumana vitorea al gobernador Bussi, represor conocido del proceso y ahora descubierto con cuentas bancarias no declaradas en Suiza, uno no puede dejar de reflexionar. Es un caso emblemático para comprender la intrincada y compleja problemática del terrorismo de Estado, Bussi, no lo olvidemos, fue elegido gobernador de la provincia de Tucumán en elecciones libres.

Deberíamos recordar que durante el proceso militar un sector de la población, por variadas y múltiples circunstancias, fue complaciente o indiferente al terrorismo de Estado. Wilhem Reich lo señaló hace años en ese memorable libro titulado *Psicología de las masas del fascismo* donde abordaba el espinoso tema de la complicidad civil durante el proceso militar y mientras un sector de la población era vilmente torturado y asesinado por las fuerzas armadas, otro amplio sector de la población tuvo que soportar el terror, permaneciendo y resistiendo heroicamente en el país, sobreviviendo como exiliados en su propia patria.

Algunos, preferentemente del sector de la clase media, pudimos salir del país y vivir en el exilio. O sobrevivir. Algunos compañeros, como el actor Luis Politi, no pudieron sobrevivir el destierro.

Pero hubo también otro gran sector de la población que permaneció en el país sin miedos ni terrores y que alguna vez definimos como la "mayoría silenciosa" o "la masa gris astizforme". Ese sector permanecía ajeno al genocidio. Parecía ignorar lo que ocurría. De este sector que incluía una amplia gama de la clase media, muchas veces llegaban en sus viajes a los países del exilio de los argentinos relatándonos los magníficos proyectos personales que estaban gestando en el país.

Lo interesante es que muchos de ellos ni siquiera apoyaban al gobierno militar. Funcionaban sin embargo como un gran colchón social acrítico. Se los veía felices con sus compras y los numerosos viajes que emprendían. El festejo del Mundial del '78 y la convocatoria a Plaza de Mayo por la recuperación de las Malvinas, con el dictador de turno en el balcón, fueron tal vez dos singulares fenómenos sociales que ocurrieron en el proceso.

Insisto en el sector de la población que funcionó como una masa acrítica, porque fue ese sector, precisamente, el que facilitó, aun sin saberlo, que un país del horror tuviera la contrapartida de un país feliz. Esta gente indiferente es la que permitió que las Fuerzas Armadas pudieran cometer los crímenes aberrantes con tal grado de impunidad.

Hace unos años tuve la ocasión de asistir a la proyección de una película realizada por un joven cineasta alemán, donde se abordaba la temática familiar durante el nazismo y donde se mostraba el entretejido hitleriano en los vínculos familiares. Según me informaron, la exhibición de esa película fue prohibida en Alemania Occidental. Tal era el patetismo de los lazos familiares hitlerianos en la Alemania nazi. Nadie quería verse retratado ni reconocido. La complicidad civil como fábrica familiar en un entretejido que atravesaba los cuerpos de los miembros de la familia. Cada uno vigilando al otro. La SS casera. En aquel tiempo, para la mayoría silenciosa alemana era una técnica extendida saber lo menos posible: "Nuestra ignorancia nos permitía vivir".

Esa ignorancia fraguada fue la que permitió el Holocausto y los crímenes de guerra. Entre nosotros, creo que tenemos que intentar comprender este fenómeno que surge "entre" la maquinaria represiva y los reprimidos. El gran sector apático y flácido. El colchón acrítico. Sin esta mayoría silenciosa se hace difícil comprender la tremenda impunidad de que gozaron los Bussi, los Astiz o los Massera. Este sector también convive hoy en la democracia, ejerciendo su singular peso de poder para facilitar el punto final, la obediencia debida y el indulto. Siempre ejerce su poder como mayoría silenciosa. En el campo de la cultura hubo una devastación durante el proceso, hubo muchos mártires que hoy son ejemplo para muchos jóvenes. Walsh, Conti, Urondo, Gleizer, por nombrar sólo algunos. También los Gelman, los Viñas, los Alonso, todos con hijos desaparecidos, convivieron en un exilio doloroso. Pero también es cierto que hubo una cultura complaciente y acrítica que supo funcionar durante el proceso. Hubo muchos estrenos estelares, exposiciones, producciones de cine y teatro que facilitaron el silencio. También reuniones de intelectuales y artistas con algún dictador de turno. Y hubo una cultura por los bordes, no complaciente, que se expuso heroicamente como pudo y donde pudo. Tal vez la manifestación de resistencia cultural más importante fue la gesta de Teatro Abierto, ese invento de Dragún y Cossa que funcionó como un gran fenómeno de solidaridad social y producción de subjetividad. La gran gesta de las Madres de Plaza de Mayo constituyó el ejemplo ético más importante de resistencia.

Los bussistas que hoy apoyan al general Bussi son la actualización de esa masa gris cómplice del genocidio tucumano. Es una masa silenciosa que sólo en ocasiones rompe su silencio y a veces también es capaz de colmar las urnas. Ese es tal vez el mayor horror de la complicidad civil.

En su reciente libro *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Goldhagen señala que el Holocausto no sólo se produjo en las cámaras de exterminio a cargo de algunos sádicos, sino en muchos alemanes "normales" representativos de distintos estratos de la sociedad. Lo monstruoso se produce cuando en una sociedad el crimen aberrante se interioriza como normal. La frase de José María Muñoz en el año 1979 con motivo del festejo del Campeonato Mundial Juvenil de Fútbol es un magnífico ejemplo, como paradigma cultural durante el proceso: "Los argentinos somos derechos y humanos".

El lema nos introduce en el desafío de la comprensión de la compleja trama de la complicidad civil en todos sus matices y variables, y para que esto ocurra debe darse necesariamente la interiorización de una subjetividad complaciente de gran parte de la sociedad con los fenómenos aberrantes de la tortura y de la represión.

(Publicada el 1-4-1997)

1998: Un ex militar por los derechos humanos

# Cómo se hace para denunciar a Bussi



Por José Luis D'Andrea Mohr *

La mayoría de la gente piensa que sólo el jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Martín Balza, o todo alto oficial, pueden elevar una denuncia ante el Tribunal de Honor militar. No es así. Cualquiera puede hacerlo. Incluso un civil. Así lo dice el número 603 del Reglamento para los Tribunales de Honor.

El general Bussi enfrenta en la actualidad el "gran riesgo" de ser amonestado por un tribunal de honor que bien podría expulsarlo en lugar de dejarlo con 24 amonestaciones. Pero aunque sus pares no encuentren gravísima la mentira de las cuentas en Suiza no declaradas en la Argentina, los ciudadanos civiles deben enterarse de que el Reglamento permite a cualquier no militar solicitar la intervención de ese fuero para, acusación mediante, permitir a las Fuerzas Armadas librarse de los "malvados y perversos".

Bussi fue responsable de cientos de desapariciones entre 1975 y 1980 como comandante de la Brigada de Infantería Mecanizada X, como responsable de la subzona 11, como comandante de la Brigada de Infantería V y de la subzona 32, como segundo comandante y jefe de Estado Mayor del Comando de Institutos Militares, como comandante del Cuerpo de Ejército III y luego del Primer Cuerpo de Ejército.

Quizá sea desde la civilidad a la que enfrentó de donde parta el sablazo que despoje de entorchados a un individuo que en el ejército libertador no habría logrado ingresar ni como mozo de letrina.

Si alguien desea hacerlo, sólo debe presentar en la guardia de Azopardo 250, Capital Federal, sede del Ejército, en horario matutino, una nota que diga: "Solicito del Señor Jefe de Estado Mayor la intervención del Tribunal de Honor para juzgar la inconducta del general Antonio Domingo Bussi. Lo encuentro culpable de las siguientes transgresiones al honor militar". Y a continuación, el denunciante puede escribir todos o uno solo de los siguientes cargos:

- Haber mentido sobre sus bienes, en ejercicio de su cargo de gobernador y en uso de su grado.
- No haber tomado las medidas para salvaguardar su honor al ser calificado como responsable de las desapariciones de personas de la subzona 32.
- Haber mentido durante su campaña electoral al afirmar que "pasé por la Justicia y no se me probó nada", cuando en realidad fue desprocesado por la Corte Suprema.
- No reaccionar cuando se lo trata de "infame y traidor a la patria".

* Ex capitán del Ejército.

(Publicada el 13-3-1998)

Un homenaje

# La placa

Por Ernesto Tiffenberg

El patio era el mismo de hace 22 años. Pero ahí, justo en el medio, estaba la placa. En realidad, cuando entré no distinguí nada. Sólo cabezas, gente y un rumor que cubría todo. Un patio lleno de gente escuchando un discurso.

Después empecé a ver. En el medio de la gente estaba Pablo, mi mejor amigo, y el más alto, de la secundaria. Más lejos, muchos chicos. Todos parecidos a las 36 caritas que vigilaban desde lo alto. Desde esos 36 afiches con cara de pibe y un nombre que eran el verdadero motivo de que la gente estuviera allí, de las cabezas, de los discursos.

Cuando terminó el acto de homenaje a los alumnos, ex alumnos y docentes de la escuela Carlos Pellegrini desaparecidos durante la dictadura, las dos mil personas que llenaban el patio fueron escurriéndose y entonces sí, justo en el medio, apareció la placa.

La placa es un rectángulo de acero. Brilla a lo lejos y sólo muestra 36 nombres y 36 edades. Cuando alguien se acerca el acero refleja la imagen y por un instante son 36 nombres y una imagen. Juntos, desaparecidos. Y entonces la imagen llora y el que se ve desaparecido disimula y trata de secarse las lágrimas antes de que alguien se dé cuenta y lo abrace y desaparezca con él.

En ese momento se acerca una pareja más grande. No son pibes de la escuela, no son ex pibes de la escuela. Son padres. Miran el brillo de la placa. Buscan en la lista el nombre de su hija y despacio, con todo el tiempo que tienen para darle, acarician una y otra vez las letras. Retiran también despacio las manos y se abrazan. Lloran y se abrazan y se reflejan en la placa y desaparecen y allí están con su abrazo en la placa, desaparecidos.

Alguien tapa la luz y el brillo de la placa cede. Es hora de correr hacia el hall de entrada con los ojos fijos en alguna ventana para que nadie se cruce e intente la charla. Allí, frente a una espantosa estatua de San Martín, está la escalera principal. Los escalones de un mármol blanco sucio que teníamos prohibido usar durante los años dictatoriales de la secundaria.

En las paredes de la escalera 36 amplias cartulinas devuelven las miradas de los amigos o conocidos o ex compañeros o ex rivales. También tienen el nombre pero esta vez están acompañados por relatos de sus vidas, algunas de sus hazañas infantiles y antiguas fotos donde se ven todavía más chicos que en las del patio. Una cartulina semiescondida en el primer piso muestra tres fotos: la primera con la cara de una nena de unos doce años, otra con la de un nene de unos diez y una tercera con una pareja a la que uno le daría diecisiete. Son ellos, la nena y el nene que crecieron y eligieron estar juntos, felices de ser novios para siempre en la cartulina. A pocos metros sus padres conversan entre sí y controlan a sus hijos-novios con el rabillo del ojo.

Hay otras cartulinas aún más sobrecogedoras. En ellas se ve una foto y un nombre. La foto es vieja, escolar, y se nota que no consiguió compañía. Que los padres no están cerca y que nadie, pero nadie en su familia se acercó para rodearla con algo de la memoria con que la abrazan sus antiguos compañeros. Son fotos de chicos abandonados. Fotos que lloran.

Al final de la escalera está Gabriel. Gabriel estuvo desaparecido y me espera con un abrazo. No, no es una imagen. Gabriel está vivo. Estuvo desaparecido pero lo soltaron y se recuperó gracias, entre otros milagros, a los cuidados que le prodigó otra piba del Colegio que justo trabajaba en el hospital donde lo tiraron. Gabriel fue uno de los que hablaron en el patio. "Queremos por un segundo si fuera posible –dijo sabiendo que para él era posible– ponernos en su situación, en la indefensión de sus cuerpos, lejos de sus padres, aferrados a la esperanza del final de la pesadilla, en medio del frío más atroz, despojados de todo, abrigados sólo por su dignidad."

Otro amigo me cuenta que fue Gabriel el que tuvo la idea del acero. Que en realidad propuso poner un espejo pero que la nitidez del reflejo se hacía intolerable y entonces nació la opción del acero. De una placa de acero con 36 nombres y 36 edades. De una placa de acero que atrapa todas las imágenes.

(Publicada el 19-9-1998)

## 1999: Una búsqueda a punto de culminar

# El poeta que busca y espera

Por Eduardo Galeano

En mayo de 1999, un poeta derribó a un general.

Desde hace algunos miles de años, como se sabe, son los generales quienes normalmente derriban a los poetas. Esta inversión de la regla, que se ha dado pocas veces o nunca, ocurrió en la Argentina, cuando el poeta Juan Gelman logró que el general Eduardo Cabanillas fuera destituido de la alta jefatura que ocupaba en el Ejército. El poeta demostró que el general mentía: Cabanillas lo negaba, pero había sido uno de los jefes de un campo de concentración, en Buenos Aires, en los años de la dictadura militar.

En ese centro de tortura y exterminio, que funcionaba en un taller de automotores llamado Orletti, habían estado presos el hijo y la nuera del poeta. El cadáver del hijo, Marcelo, apareció años después, metido en un tonel con cemento. De la nuera, que estaba embarazada, nunca más se supo.

En Orletti trabajaban juntos oficiales argentinos, uruguayos y chilenos. Eran los tiempos del mercado común del horror: no había fronteras para el ejercicio de la tortura, el asesinato, la desaparición de las víctimas, la violación de mujeres y el robo de bebés.

Mientras el general Cabanillas caía en Buenos Aires, Juan Gelman dejaba, en Montevideo, una carta dirigida al presidente uruguayo Julio María Sanguinetti: le pedía ayuda para encontrar a su nieto, o nieta, nacido o nacida en el Hospital Militar del Uruguay. Acompañados por algunos militantes de los derechos humanos, Juan y su mujer, Mara La Madrid, habían llevado adelante una investigación digna de las mejores novelas policiales inglesas. Había pruebas de que la nuera y su hijo o hija recién nacido habían desaparecido en la margen uruguaya del Río de la Plata.

Según las costumbres de esos años, era muy probable que la nuera, María Claudia García Irureta Goyena, hubiera sido asesinada después de parir, pero era también muy probable que su bebé hubiera sido entregado, quién sabe a quién, como botín de guerra.

A principios de junio de 1999, el presidente prometió ocuparse personalmente del caso. Pasaron los meses, y nada. Cuando el poeta pidió, públicamente, una contestación, se desató una tormenta universal de solidaridad. Llovieron sobre Montevideo dos mil pedidos de respuesta, individuales o colectivos, firmados por escritores, artistas y científicos de veinte países. El presidente uruguayo ya no podía seguir callado. Su respuesta puede resumirse en la palabra Archívese. El presidente dijo que la averiguación solicitada requería "un milagro", como si Juan Gelman hubiera acudido a la Virgen de Lourdes en vez de acudir, como acudió, al presidente de una república democrática, donde los militares deben obediencia al poder civil.

La verdad y la justicia ¿son un milagro en la democracia? ¿No tendrían que ser, más bien, una costumbre? Ya el año anterior, el ministro de Cultura, sí, de Cultura, había regresado muy contento desde París, según declaró a la prensa, porque había logrado que la expresión verdad y justicia fuera suprimida de una resolución oficial de la Unesco.

En el Uruguay rige una ley, confirmada por plebiscito, que impide castigar los crímenes de la dictadura (que el presidente, en su respuesta a Gelman, insiste en llamar "régimen de facto"), pero esa misma ley mandaba investigar tales crímenes, cosa que jamás se hizo. En lugar de exigirles que digan lo que saben, como sería su obligación legal, la autoridad rinde homenaje a los autores de esas hazañas contra la condición humana. Pocos días antes de que el presidente enviara, por fin, una respuesta que nada responde, el comandante en jefe del Ejército uruguayo ofreció un almuerzo de desagravio a los militares violadores de todos los derechos. Allí estaban los matarifes uruguayos de Orletti: el coronel Jorge Silveira, actual brazo derecho del comandante en jefe, los coroneles José Nino Gavazzo y Manuel Cordero y otros oficiales, jubilados o en actividad, que ya llevan veinte años creyendo que hay tintorerías capaces de limpiarles el uniforme para siempre manchado.

Por fatalidad profesional, los poetas crean símbolos y generan metáforas, aunque no lo quieran ni lo sepan. La búsqueda de Juan Gelman, que persigue el rastro de su nieto, o nieta, perdido o perdida en la niebla del terror militar y de la amnesia civil, simboliza muchas preguntas de mucha gente malherida por las dictaduras, y por la bochornosa herencia de las dictaduras, en los países latinoamericanos. Y el silencio del presidente uruguayo, que calla cuando calla y cuando habla también, es la metáfora que mejor define la impotencia de un sistema político que ya no tiene nada que decir y que no tiene para ofrecer nada más que la mentira y el miedo.

En los años de las dictaduras militares que asolaron el sur, Juan Gelman publicó un poema sobre Fernando Pessoa. El imaginaba que el gran poeta portugués escribía cartas al Uruguay, desde Lisboa: qué están haciendo del sur/ decía/ de mi Uruguay/ decía. Y Juan también imaginaba que mañana van a llegar las cartas del portugués y barrerán la tristeza/ mañana va a llegar el barco del portugués al puerto de Montevideo/ siempre supo que entraba a ese puerto y se volvía más hermoso.

Ahora es Juan, el gran poeta argentino, quien escribe cartas al Uruguay. Pero éstas no son cartas imaginarias. Como todos los que buscan a sus perdidos, él sigue esperando respuesta.

(Publicada el 14-11-1999)






## 2000: El recuerdo de María Soledad

# La niña exánime

Por Horacio González *

María Soledad era una niña curiosa y soñadora, en la edad de ser convocada por ese ramillete de pasiones amables que siempre parecen esperarnos. El crimen de una niña así templada, preparada por esa sentimentalidad que inmediatamente percibimos familiar, es un crimen contra la raíz más viva de las emociones, las que nos sorprenden en el momento de su despertar. María Soledad estaba despertando y la asesinaron. El mundo real se revelaba con una turbiedad alucinada, que alcanzaba las profundidades más grandes de la injusticia. Lo ocurrido tocaba una cuerda ancestral, revelando el contraste inmemorial entre la preparación de una adolescente para su vida plena y el turbio manotón con que la arrojaron al camino, entre las basuras del día.

La burda trivialidad de las otras escenas del crimen adquiría también connotaciones arquetípicas: los hijos jaraneros de los procónsules de provincia, los locales nocturnos de la fácil juerga enlazada a la humillación que ejercen esos pequeños poderosos, la sexualidad marcada con la risa del abuso y la conmemoración de los patanes, todo ello sumado a la oscura conciencia de que superados los límites difusos, el silencio encubridor de políticos, comisarios y peritos tragaría a ese cadáver tirado al costado del bosquecito. La obtusa cofradía apenas tendría un secreto más para guardar en la madrugada.

La televisión percibió ese drama de justicia, con esos personajes encerrados en mansiones vulgares, anudados a un poder político de barata estridencia y anacronismo. Esa niña exánime que una noche no había vuelto a su casa los acusaba para siempre. Una chica que pegaba fotos en las paredes de su cuarto provinciano, con su cuerpo eviscerado, reclamaba una justicia rápida que de algún modo la televisión, en donde están los artistas cuyos cromos adornaban la habitación de María Soledad, comprendería de inmediato.

María Soledad hubiera preferido no ser ese símbolo. Hubiera querido ser la menos notoria de las mujeres felices archivando alguna vez esos galanes. Y que la cruda autopsia de su cuerpo no fuera la sintaxis de un reclamo contra la crapulesca dinastía gobernante. Pero en su nombre y en su cuerpo inexperto acabaron conjugándose las pasiones que enlazaban la política y la sangre. La justicia trastabilla a cada paso, sus tramas se muestran sombrías, pero la sangre inocente suele llevar en su jeroglífico la obligación del desciframiento.

* Sociólogo.

(Publicada el 8-9-2000)

Los ecos de la dictadura chilena

# Pinochet y los muertos de la historia

Por Ariel Dorfman *

Cuando el general Augusto Pinochet Ugarte hizo desaparecer a miles de presos políticos que sus servicios de seguridad habían secretamente asesinado, dejándolos así sin sepultura, no podía anticipar ni en sus más tristes pesadillas que estaba cavándose –¡asombrosa ironía y jugarreta de la historia!– su propia tumba. No tenía cómo saber que décadas más tarde serían precisamente esas desapariciones las que iban a permitir su desafuero por una Corte en Santiago, abriendo el camino para que el ex dictador fuera juzgado en el mismo país al que había malgobernado durante diecisiete años.

Esa obstinada práctica de no entregarles a los familiares los cadáveres de sus deudos tiene que haberle parecido originalmente a Pinochet y a su séquito una idea genial. Las autoridades podían matar a mansalva a sus adversarios y no tener que asumir la responsabilidad ignominiosa de haber cometido esos vejámenes, podían ejercer el poder total y, simultáneamente, presentar ante un público nacional e internacional una imagen pulcra e inocente, insistiendo en que tales horrores eran inventos de los opositores. Se rechazaba el habeas corpus porque, de hecho, no había corpus, no había cuerpo ni restos ni evidencia y tampoco había, por ende, víctimas o verdugos. Lo que sí había era terror. Un terror alucinante, porque todos los chilenos entendían lo que de veras había pasado y *seguía y seguía pasando* interminablemente, más allá de los desmentidos oficiales, en algún oscuro sótano o un lejano desierto. Seguía y seguía pasando: ahí estaba la torcida lógica de la represión. Cuando Pinochet hizo esconder los despojos de los detenidos, él estaba condenando a los parientes al infierno de la peor incertidumbre, forzándolos a ellos y al resto de la población a imaginar, una y otra vez, aquella cosa innombrable que todavía podía estar sucediéndoles a los remotos y cercanos cautivos. Con esto, la tortura dejaba de ser algo meramente físico para convertirse en algo que ocurría en el interior incesante de cada ciudadano. Esas desapariciones terminaron simbolizando para muchos de nosotros la desaparición de un país entero, de un Chile de libertad que se quería matar para siempre.

Pinochet estaba seguro de que él podía llevar a cabo esos atentados contra sus semejantes –y además burlarse de su dolor cada vez que le venía en gana–, porque se sentía impune. Impune porque tenía las armas e impune también porque se había autootorgado una amnistía por los crímenes que pudieron haberse cometido durante los años más terribles de su dictadura. Es particularmente maravilloso, entonces, que sean esos cuerpos supuestamente muertos, aquellos desaparecidos, los que ahora se han convertido en el instrumento de un posible castigo a Pinochet y a sus cómplices. Los jueces chilenos han decidido, en efecto, interpretar la desaparición de esos prisioneros como un secuestro perpetuo, algo que sigue sucediendo hasta que no se haya probado lo contrario, un crimen que no ha dejado de suceder, que está sucediendo ahora mismo y que no va a cesar hasta que aparezcan los detenidos. Es decir, Pinochet tendría que probar que él mató -.o mandó matar-. a esos presos políticos, traer a la luz los cadáveres, desenterrarlos, sacarlos de los ríos y los mares, para que los tribunales pudieran aplicarle su propio indulto. El tirano queda deliciosamente atrapado en su propia astucia malsana, acorralado por su propia crueldad.

Este nuevo vuelco en el caso Pinochet se debe a múltiples factores. Ante todo, a la pertinaz lucha de los familiares, que siempre se negaron a aceptar la muerte definitiva de sus seres queridos. Y fueron acompañados en su búsqueda por vastos grupos de chilenos democráticos que entendían que mientras esos cuerpos siguieran sin un funeral, una residencia real en esta tierra, no habría reconciliación posible. No hay que olvidar, sin embargo, que este gran movimiento social hacía años que exigía justicia sin que se lo escuchara. Lo que hizo reaccionar a la maquinaria del Estado, al gobierno chileno y a los tribunales, al Ejército y a la derecha chilena pinochetista, fue la inverosímil detención del general en Londres por órdenes de Baltasar Garzón en España. Ese largo juicio de extradición de nuestro ex dictador –además de establecer el principio universal de que los gobernantes no tienen inmunidad cuando cometen crímenes contra la humanidad– presionó a los chilenos para que por fin se hicieran responsables ellos mismos de dar solución a los problemas de derechos humanos que se venían arrastrando desde el pasado. El hecho vergonzante de que el mundo entero estaba juzgando a Pinochet mientras nosotros no lo habíamos hecho cambió en forma drástica el clima moral de la república. Juraron todos los políticos, además de las autoridades de los tribunales, que era necesario y posible enjuiciar a Pinochet en Chile y cuando los ingleses liberaron al ex dictador por razones de supuesta mala salud, se habían creado las condiciones políticas para que se llevara a cabo su desafuero.

Todavía es muy temprano adivinar cuáles serán las consecuencias de esta decisión de los jueces chilenos, si acaso habrá o no un verdadero juicio, qué tipo de presión montarán ahora las Fuerzas Armadas chilenas y los poderosos seguidores de Pinochet, que siguen controlando buena parte de la economía y de los medios de comunicación de Chile.

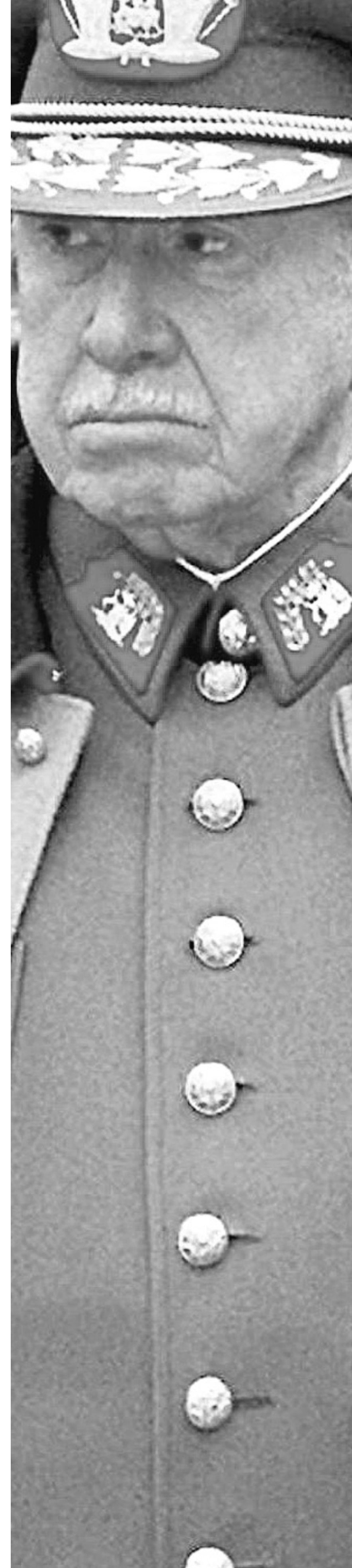
Pero hay una secuela ética de este desafuero que nunca más nadie podrá ignorar y que importa para todo el planeta: la estrategia de hacer desaparecer a los opositores políticos, esa violencia extrema que se ha ejercido en tantas otras desafortunadas latitudes, ha fracasado en forma terminante. Esta nueva victoria en contra de la impunidad les pertenece, entonces, sobre todo a nuestros desaparecidos, aquellos detenidos que se negaron a aceptar el destino de olvido que un dictador preparó para ellos, aquellos hombres y mujeres que increíblemente siguen con vida más allá de la muerte.

¡Los muertos que vos matasteis, general, gozan de buena salud!

* Ariel Dorfman es escritor chileno. Su última novela es *La nana y el iceberg*.

(Publicada el 25-5-2000)





La tortura occidental y cristiana

# Sobre “Infiernos e Idolatrías”

Por León Ferrari *

Compartimos una sociedad donde algunas personas profesan una religión que afirma que otras merecen ser torturadas en el más allá. De esta antigua idea se apropió Jesús, quien dijo que existe un lugar donde el fuego nunca se apaga, destinado a incrédulos y demás pecadores. Durante dos milenios, santos y pontífices de la Iglesia explicaron las características de ese sitio, que los hacedores de nuestra cultura ilustraron produciendo un acervo estético que puebla de crueldad –bien pintada por el Bosco, bien escrita por el Dante– bibliotecas y museos.

Mientras difunden aquella idea, en iglesias y en escuelas, el Papa y otros creyentes suscriben declaraciones sobre derechos humanos en la tierra que prohíben los tormentos, diferentes de los que proclaman en el más allá, que los admiten. Estas dos formas de la justicia, que ocupan la mente del Papa y de sus feligreses, son tan contrarias entre sí que si la legislación humana pudiera aplicarse a la divina, sus autores y propagadores recibirían una condena parecida a la que aquí reciben o debieran recibir quienes la violan: el creyente es juez y reo de sus ideas.

Traté de reflejar este aspecto de nuestra sociedad en una exposición que presenté en el ICI, donde mostré reproducciones de infiernos cristianos (Giotto, Miguel Angel, Fra Angelico) habitados por nuestros semejantes, junto a otros infiernos inspirados en aquéllos, pero ocupados por ídolos vaticanos: vírgenes, santos y sagrados corazones de yeso y poliéster. La muestra, que tuvo cierto éxito entre los historiadores y críticos de arte, originó algunas respuestas negativas: cuatro personas agredidas físicamente por creyentes que rezaban el rosario junto a monjas y sacerdotes, una granada de gases lacrimógenos, 20 mensajes electrónicos y algunas líneas en *La Nación* y en *Ramona*.

*La Nación* no me comprendió: nunca consideré “a la Iglesia como responsable de toda la violencia que azotó a Occidente”; también Atila y Stalin aportaron su cuota de crueldad y no le van en zaga a Inocencio VIII y a otros sucesores de San Pedro, pero creo también que S.G.N. –el autor de la nota– coincidirá conmigo en que la Siberia del ex seminarista es un jardín de infantes comparada con el interminable Auschwitz de llamas que prometen Jesús y la última edición del Catecismo Oficial de la Iglesia. Las palabras enojadas de S.G.N, “rabioso, furor ciego”, y las de los mensajes llegados al ICI: “Pseudo-artista, no queremos basura, vileza sin fin, cruzado de la antifé, degradante club de apóstatas, muestra espantosa”, revelan el éxito que tuvo la muestra entre los creyentes, pues luego de milenios de admitirlo reaccionan contra el infierno instalado en el ICI y, si bien siguen creyendo que es justo alojar allí seres humanos, es reconfortante su desagrado, aunque sólo lo expresen ante fuegos indoloros y pasajeros, copiados o inventados por quien, respaldado por la ONU, no cree ni en el infierno ni en que alguien lo merezca: ni buenos ni malos, ni santos ni diablos, ni Jesús que lo administra, ni los creyentes que creen justa la tortura: el Papa, Videla, Menem y De la Rúa.

El comentario que Rafael Cippolini escribe en el recto de la joven y agradable *Ramona* interesa porque introduce la estética en el enfrentamiento entre ética y religión ocurrido en la calle Florida, y representa, con diferencias de estilo, la idea que algunos intelectuales tienen de las Sagradas Escrituras: afirma que deben leerse “ante todo como textos poéticos”. No revela las razones por las que se limitó “desde hace siglos” la lectura de ese libro, que algunos creyentes suelen leer aterrados, ni por qué él, tanto tiempo después del Santo Oficio, aconseja enjaular la imaginación, facultad tan útil para enriquecer el relato del vuelo de la paloma de la paz sobre los muertos en el diluvio. Este autor se vale de expresiones de parecido calibre (“profundo aburrimiento, estupidez vertebral, tosquedad de recursos, absoluta falta desensibilidad, torpe acercamiento”) al usado en los mensajes religiosos, pero sin alcanzar la elocuencia de quien dice presidir la “Sociedad Argentina de Misioneístas (“Que la misericordia de Dios caiga sobre vosotros... ¡Váyanse a la puta que los parió, herejes!”), cuyo estilo sería el más adecuado para escribir una respuesta que pretendiera alcanzar el nivel logrado por la prosa de Cippolini.

Los autores de estos cuatro modos de expresar un desacuerdo, aliados en un belicoso frente estético-religioso, coinciden en sólo ocuparse de aspectos formales menores (cucarachas, insensibilidad poética), callando el principal: no mencionan ni refutan la intención de la muestra que repudian, y solicitar al Papa que gestione la anulación del Juicio Final, sugerirle que cuando vuelva a recordar derechos de los humanos, clausure el infierno y libere la multitud de almas que, él asegura, están allí desde el Calvario padeciendo.

* La reciente muestra “Infiernos e Idolatrías”, del plástico León Ferrari, sufrió el ataque con gas lacrimógeno, basura y pintura por parte de militantes ultracatólicos.

(Publicada el 12-6-2000)

Los presos de La Tablada

# Utópicos, pero no asesinos

Por Roberto Cossa

Los presos de La Tablada, tres mujeres y diez hombres, marchan aceleradamente a la autodestrucción física. El viernes por la tarde, los médicos de las entidades humanitarias alertaron que en las próximas horas los detenidos de contextura más débil comenzarán a sufrir daños irreversibles. Recordemos que estos presos estuvieron, primero, 46 días sin ingerir alimentos. El 3 de agosto depusieron su actitud ante la promesa de que sus reclamos serían satisfechos. Un mes después, cuando comprobaron que lo prometido no se cumplía, reanudaron el ayuno. Llevan, ahora, otros 27 días consecutivos de abstinencia.

De hecho, los presos de La Tablada se han condenado a muerte. Y la sentencia es cuestión de días. Ha llegado el momento, entonces, de que los hombres y mujeres de corazón dejemos de hacernos los tontos y nos comprometamos con este tema.

Debo aclarar que, como la gran mayoría de los argentinos, pienso que el ataque al cuartel de La Tablada fue una locura. Nunca entenderé el motivo que impulsó a estas mujeres y a estos hombres a planificar un acto, no sólo injustificado, sino contrario a los intereses que decían defender. Porque el ataque al cuartel de La Tablada desacreditó la lucha de los sectores progresistas, empastó el difícil camino de juntar a la izquierda con el pueblo y le otorgó a la derecha una excusa inmejorable para fortalecer el sistema.

Pero los presos de La Tablada no son asesinos. Podrán ser equivocados, alucinados, utópicos, pero nunca asesinos. No atacaron el cuartel para robar; no se jugaron la vida para obtener ventajas personales; no los impulsó un sentimiento de venganza. Creyeron que era una estrategia válida para fortalecer la democracia frente al avance carapintada. Quizá resulte inexplicable, pero les otorgo un voto de confianza. ¿Por qué?

Conocí profundamente a Carlos Alberto "Quito" Burgos, uno de los muertos en el ataque. En mis tiempos de periodista trabajé junto con él durante cinco años. Quito era un peronista genético, preso Conintes, perseguido y exiliado por López Rega, admirador de la Revolución Cubana, líder gremial y, por sobre todo, un hombre con un profundo amor hacia los demás. Fue uno de los ideólogos del Movimiento Todos por la Patria.

Quito no era un asesino, como no lo es fray Antonio Puigjané, como no lo fueron los 39 muertos ni los 21 sobrevivientes.

Los presos de La Tablada, digámoslo de una vez por todas, son presos políticos. Sólo así se explica que organismos insospechados como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA exijan una segunda instancia en el juicio a los presos; o que el gobierno de España (el de Aznar) reclame el cumplimiento de la exigencia de la CIDH; o que el gobierno de Italia se expida en el mismo sentido. Los intelectuales y dirigentes de los derechos humanos de varios países extranjeros, entre ellos cuatro Premio Nobel, no se habrían movilizado si no se tratara de presos políticos.

El propio gobierno argentino se debate en medio de incoherencias, avances y retrocesos, promesas y traiciones. Padece estos trajines porque se enfrenta con un hecho político. El jueves último la Cancillería, abrumada por la presión internacional, sacó un comunicado donde dice que "espera con interés que el Congreso nacional pueda aprobar una legislación que contemple la garantía judicial del derecho al recurso ante un tribunal superior a las personas juzgadas de acuerdo con la Ley de Defensa de la Democracia". Este confuso palabrerío apoya, en síntesis, el reclamo de los presos, es decir la incorporación del derecho a la apelación en la mencionada ley. La Cancillería, además, les recuerda a los legisladores que la garantía está prevista no sólo en la Constitución Nacional, sino también en los tratados internacionales que firmó la Argentina. En síntesis, una obligación legal que el Congreso debe sancionar, más allá del caso de La Tablada.

Los sectores reaccionarios sostienen que este nuevo juicio abrirá las puertas de las cárceles a los presos. Si así fuera, es bueno recordar que los integrantes del MTP llevan once años encerrados en condiciones durísimas. Tiempo suficiente en un país que se caracteriza por lo benigno de las condenas.

Pero la demora del Gobierno y de los legisladores oficialistas, así como el rechazo de la derecha, ocultan otras intenciones. Un nuevo juicio destaparía ante la opinión pública detalles de la acción represiva. Los argentinos menos informados se enterarían de que durante el operativo de recuperación de La Tablada los militares aplicaron métodos tan brutales como bajo la dictadura; acciones tan crueles como las ocurridas en la ESMA o en el garaje Olimpo, los mismos crímenes que nos llenan de horror y que provocaron el *Nunca Más* en 1987.

Lo que piden los presos de La Tablada es justo. Y llegó la hora de que los argentinos habituados a sensibilizarnos con el tema de los derechos humanos apoyemos sus reclamos. Eso no quiere decir que santifiquemos el asalto al cuartel.

Pero la historia es así. Nosotros no la escribimos. Se nos viene encima. En 1989 era entendible el repudio a la acción del MTP. Hoy, once años después, pedir justicia para los presos ingresa en la lista de los reclamos por los derechos humanos. Porque el sistema nunca hizo justicia con los atacantes de La Tablada. Violó los más elementales principios en el momento de la represión y ahora se niega a sancionar la ley que daría lugar a un proceso justo.

Mañana o pasado las organizaciones de derechos humanos nos van a convocar a una movilización para reclamar por los presos políticos de La Tablada.

Los argentinos de buen corazón debemos responder. Es el llamado de trece seres humanos que se están inmolando. Acudir en su ayuda es una obligación moral.

No sea cosa que un día de éstos nuestra conciencia cargue con la culpa de no haber hecho nada por salvar la vida de un ser humano.

Y ustedes saben la capacidad que tiene la parca para simplificar la culpa. Puede llegar el momento en que, tardíamente, nos demos cuenta de que ese ser humano muerto era un compañero.

(Publicada el 1-10-2000)

## 1987: La primera tapa de Página|12

# Fidelidad a la Constitución

**Por Horacio Verbitsky**

En ceremonias realizadas en todas las unidades militares del país, oficiales, suboficiales y soldados de las Fuerzas Armadas juraron fidelidad a la Constitución Nacional, según lo dispuesto por la ley 23.463, promulgada en octubre de 1986.

La nueva fórmula no suplanta al tradicional juramento de fidelidad a la bandera, que se toma el 20 de junio. Ese día los jefes de tropa preguntan: "¿Juráis a la Patria seguir constantemente su bandera y defenderla hasta perder la vida?". La formación contesta: "Sí, juro". Todos los oficiales juraron la bandera en su primer año de cadetes.

En el mensaje dirigido a la Fuerza Aérea, su jefe de Estado Mayor, brigadier Ernesto Horacio Crespo, quien se encuentra en Brasil, reclamó "subordinación, abnegación, lealtad, sacrificio, voluntad realizadora y amor a la Patria como único camino a seguir" y sostuvo que la vocación de servicio de la institución le había granjeado "el prestigio y respeto que hoy orgullosa ostenta".

El jefe de Estado Mayor del Ejército, general de brigada José Caridi, dijo que la fuerza continuaría "en la exaltación de los ideales de Mayo", en lo que se entiende como una indirecta toma de distancia con los sublevados de Semana Santa, a quienes el presidente Raúl Alfonsín señaló como fundamentalistas.

Caridi agregó que la epopeya de Mayo fue protagonizada "por hombres mentalmente equilibrados y humildes hasta el renunciamiento", y se anunció que los miembros del Ejército, tanto en la gloria como en la adversidad, se sacrifican "amalgamados con la sociedad toda para conformar el país deseado".

### La tercera es la vencida

Los capitanes de uno de los cursos de la Escuela Superior de Guerra juraron por la Constitución ante el tercer reclamo del teniente coronel que les leyó la nueva fórmula.

Entre los tres cursos, siguen los estudios de oficial de Estado Mayor un par de centenares de capitanes. El director de la escuela, coronel Jorge Alberto Maffey, dispuso que la ceremonia se realizase en ámbitos cerrados, separando a los oficiales por cursos.

No se permitió el acceso a un cronista de este diario.

El teniente coronel director de uno de los cursos leyó la fórmula:

–¿Juráis por Dios y la Patria observar y hacer observar la Constitución Nacional, si fuera necesario hasta perder la vida?

No hubo respuesta. El teniente coronel advirtió:

–Señores, tienen que contestar "Sí, juro".

Pronunció nuevamente la fórmula. Un oficial tomó la palabra.

–Mi teniente coronel, nos estamos comprometiendo a dar la vida por algo que no conocemos en profundidad. No es que nos opongamos a hacerlo sino que nos parece poco serio sin la debida preparación. Si hasta a un soldado se lo prepara dos meses antes de tomarle el juramento a la bandera, creemos que hubiera sido conveniente un estudio de aquello por lo que vamos a jurar.

El jefe respondió que era una orden de la superioridad que debía cumplirse. Por tercera vez leyó la pregunta, y esta vez alcanzó a oírse el "Sí, juro" de los capitanes.

En 1949 al sancionarse la nueva Constitución se reclamó que todos los funcionarios le juraran acatamiento, entre ellos los militares. El investigador estadounidense Robert Potash sostiene que esa demanda hizo crecer la irritación militar hacia el gobierno, porque lo consideraban un juramento de lealtad a Perón.

La Constitución Nacional jurada ayer por las Fuerzas Armadas es el texto sancionado en 1853 y reformado en 1860. En distintas unidades del Ejército se expresó malestar por la falta de un estudio profundo de la Constitución.

En un trabajo de 1972 el ex secretario de Guerra, teniente general Benjamín Rattenbach, sostuvo que todo golpe de Estado "es una suma de deslealtades, donde a los defensores del gobierno se los denomina los leales, pero a los otros, los rebeldes, no se los llama como debería hacerse, los desleales". Concluyó que "una educación profunda y convincente de las fuerzas militares en el respeto al ordenamiento jurídico que la sociedad se ha dado es una de las condiciones básicas para lograr la subordinación a la autoridad civil".

(Publicada el 26-5-1987)

## 1988: Empieza el debate por la reivindicación del terrorismo de Estado

# 150 años después

**Por Luis Bruschtein**

Leyendo el diario *La Nación* del lunes pasado encontré la noticia sobre la formación de una comisión de homenaje para el bicentenario del nacimiento del brigadier general Enrique Martínez, que viene a ser el bisabuelo de mi abuela María Eugenia Costa Martínez de Bonaparte o sea mi tátara tátara tatarabuelo.

*La Nación* recordaba que el brigadier general Enrique Martínez tuvo su bautismo de fuego a los 16 años durante las Invasiones Inglesas, participó de la Semana de Mayo y luchó en la toma de Montevideo. Además combatió en toda la campaña de los Andes e integró la expedición libertadora al Perú, regresando con los últimos granaderos a caballo en 1826. El diario incluía un párrafo más donde destacaba que posteriormente ejerció una activa vida política y militar en Buenos Aires y en Montevideo hasta 1861.

Las pocas veces que visité a mi tía Isabel –y siempre me estoy diciendo que tendría que hacerme tiempo para visitarla otra vez–, el retrato al óleo del viejo guerrero, de uniforme y con el gesto rudo y batallador que cuelga en una pared de su cuarto, me atrapó con la misteriosa intimidad de la historia.

Algunos descendientes del brigadier general fueron militares y en la casa de mi abuelo, que había sido juez en Paraná, había lanzas, antiquísimas municiones de cañón y otros artefactos usados por el soldado de frontera.

Mis abuelos paternos eran judíos que se habían instalado en las colonias de Entre Ríos huyendo de los *pogroms* en Ucrania. Mi padre nació en el pueblo de Villa Crespo, y antes de recibirse de bioquímico y casarse con mi madre trabajó como maestro rural en Córdoba para mantener a su familia. Lo cierto es que era más criollo que la yerba mate y que muchos de apellidos más castizos.

Pero regresando a la noticia de *La Nación*, se indicaba allí que entre las muchas personalidades que integraron la comisión de honor en homenaje al brigadier general Enrique Martínez, figuran también los actuales jefes de Estado Mayor de la Armada y el Ejército, el almirante Ramón Arosa y el teniente general José Dante Caridi.

Este detalle viene al caso porque el domingo pasado, mi madre, Laura Bonaparte, que es miembro de la Línea Fundadora de Madres de Plaza de Mayo, llegó indignada a mi casa por las declaraciones que había hecho Caridi en un programa de videocable reivindicando la represión ilegal casi como una gesta épica y calumniando a las Madres. Como estaba muy indignada me fue difícil adivinar lo que quería, pero después de calmarla entendí que su intención era publicar una solicitada con un texto por el cual mi abuelo renunció como presidente de la Suprema Corte de Entre Ríos después del golpe militar de 1943.

Me pareció que no había mucha relación y se lo dije. Pero ella aclaró que además quería publicar en la solicitada el recuerdo por mi hermana Aída Leonor, que fue capturada un día después del ataque a Monte Chingolo y fusilada sin juicio ni acusación y sin que hasta ahora podamos saber el lugar donde fue enterrada porque lo único que le mostraron a mi madre fue un pulgar en un frasco con formol, que presumiblemente había servido para identificarla.

Por supuesto, también quería que figurara el recuerdo de mis otros dos hermanos, Irene y Víctor, también choznos del viejo y ciertamente admirado guerrero de la Independencia y también secuestrados en 1977, posiblemente torturados o asesinados, todavía desaparecidos, sin acusación, ni juicio ni posibilidad de defensa o simplemente de despedida.

Y por último quería incluir el recuerdo de mi padre, Santiago Bruschtein, que fue secuestrado en 1976, cuando tenía 54 años y estaba muy enfermo del corazón. Antes de llevárselo entre gritos contra los judíos, lo golpearon y robaron todo lo de valor que había en la casa y nunca más lo volvieron a ver.

Opiné que eran demasiadas cosas para poner en una solicitada, pero que iba a escribir una nota. En eso estaba cuando descubrí la noticia que publicó *La Nación* y la presencia de Caridi en el comité de honor para el homenaje a mi tátara tátara tatarabuelo.

Relacioné –imposible no hacerlo– ese homenaje a un soldado de la Independencia con la reivindicación de la guerra sucia que el jefe del Estado Mayor del Ejército acordó con el coronel Mohamed Alí Seineldín.

Pensé que un militar argentino puede estar en esos dos actos al mismo tiempo, el homenaje a un soldado de la Independencia y la reivindicación de la represión ilegal sin que la más mínima duda deje intersticio para la vergüenza. Como si nada hubiera pasado en estos 150 años ni se hubiera desvirtuado el sentido del honor militar. Un camino retorcido y peligroso, donde resulta que para las Fuerzas Armadas es igual la dignidad de un hombre de pueblo que se hizo soldado a los 16 años para enfrentar a los invasores ingleses, que la despreciable cobardía de los hombres que más de 150 años después torturaron y asesinaron a hombres y mujeres prisioneros escudándose en la impunidad con la que los protegía la dictadura militar. Así sería lo mismo el patriotismo de un hombre que organizó un ejército popular y combatió como lugarteniente del general San Martín por la independencia latinoamericana con el grito de Viva la Patria, que los oscuros personajes que secuestraron, entre tantos miles, a un hombre enfermo del corazón mientras le gritaban "judío hijo de puta".

(Publicada el 21-12-1988)



### 1989: El debate por la impunidad

# Indulto: privatización terminal

Por León Rozitchner

Extraño modo de gobernar del doctor Menem: cuando el poder económico amenaza al Estado, el Presidente propone una política que consiste, como si fuera una libre disposición de su poder, en poner el poder del Estado en sus manos. Y cuando el poder militar amenaza con no cumplir la ley, ¿qué promete hacer el Presidente?

Exceptuarlo del cumplimiento de la ley. Es como si el poder ajeno, por este acto mágico, se convirtiera en poder propio, cuando en realidad demuestra sólo uno: el poder de conceder.

Seamos claros: bajo la figura jurídica del indulto individual se busca excluir del castigo y la culpabilidad a quienes transgredieron el fundamento mismo de la sociedad civil: disponer de la vida de los otros, dar la muerte impunemente a los demás.

Situación límite, pues, la que está en juego y que pretende adquirir otra vez, para encubrir que se trata de un enfrentamiento de poderes colectivos, la figura del privatismo, como si se tratara de una decisión individual. En el indulto que el Presidente reserva para sí y en su parecer lo comprometería sólo a él –"asumo yo solo su costo político", declaró– se está jugando en realidad el fundamento de lo más colectivo y de lo más social. Y lo que está en juego tampoco son individuos aislados y solitarios: son representantes de una institución que define su proyecto social a través de esas personas. Porque la institución, colectivamente, se identificó con ellas.

De eso se trata ahora, tanto en economía como en política: ocultar lo colectivo y lo social disolviéndolo en lo privado e individual. El indulto, si bien recae sobre individuos aislados, está referido, más allá de ellos, y por exigencia de la institución militar, a concederle la impunidad a esa institución, a toda ella, en la figura de sus miembros aislados. Y si el indulto es una gracia que residiría en el poder presidencial, como la libre dádiva de una legalidad atesorada, ¿es pensable que esta "gracia", libre por definición, sea concedida coercitivamente porque esa institución –otra vez el poder de dar la muerte– amenaza con desconocer la ley? Con esto culminaría, de ley de excepción en ley de excepción, de punto final en obediencia debida, por concederse la libertad e impunidad final, por medio del indulto, a todos los actores del más horrendo genocidio que haya conocido nuestra historia. Esto es lo que verdaderamente se debate en el indulto: si los miembros de cualquier institución, sea política, económica o FF.AA., tienen en nuestra sociedad, y para siempre, el privilegio de dar la muerte.

Hay coherencia en la política real del señor Presidente. Al llegar al poder el doctor Menem revirtió el mandato popular concentrado en su figura para girar, de un golpe inesperado –aquí residiría su coraje y su genio, nos dicen– hacia una política antagónica que satisface, contra la mayoría, los intereses minoritarios del poder económico. ¿Qué sucede cuando pasa de la economía a otro problema que afecta también a la mayoría del país? Al decretar, con la figura final del indulto, la impunidad del poder militar cuando desencadenaron el terror de Estado, esta decisión mostraría el fundamento de un pacto estructural, congruente y coherente, contra la sociedad civil mayoritaria: el que el poder político mantiene con el poder económico y con el poder armado.

Poder sobre los bienes para el poder económico. Poder sobre las vidas para el poder militar. Ambos se ven apoyados por leyes excepcionales, y para el poder armado la máxima: la ley de impunidad. Y así es vivida y sentida esta ley de excepción en la conciencia de cada ciudadano, así como son vividas las leyes de excepción económica en la vida consumida de cada trabajador. Más allá de las figuras formales del derecho esa ley implícita significa que el crimen impune, liberado de su sanción jurídica, quedará inscripto, como un límite mortal, en cada conciencia individual. Los fantasmas del terror circularán, ellos sí libres y soberbios, tanto dentro como fuera de nosotros.

El genocidio de la dictadura militar hizo emerger desnudamente y en todo su horror esta velada base, callada y sorda, sobre la que se apoyan los poderes materiales, económicos, en tiempo de paz. En sordina, la economía privatista trabajaba contra la población cuando, durante el Proceso, sobresalía la dictadura política del poder militar. ¿En sordina el terror militar trabajará contra la sociedad ahora que sobresale, con el menemismo, la expropiación económica de la democracia controlada? Y el indulto presidencial, voluntad de uno solo, expresa esta privatización terminal, en su persona, del poder social.

No nos engañemos: con el indulto, y tras la estela del punto final y la obediencia debida, la muerte habrá entrado para quedarse en nuestra historia civil.

(Publicada el 7-9-1989)




## 2001: Los legados culturales de la dictadura

# Pequeña plegaria

**Por Mempo Giardinelli**

Quisiera comenzar este texto con una nota optimista, diciendo que López Murphy no cayó por un golpe de mercado ni por operaciones económicas. Su plan era, en líneas generales, el mismo que aplicaron Roque Fernández y Machinea, y el mismo que va a aplicar Cavallo. Su desmoronamiento se debió a que la sociedad argentina se plantó ante el grosero y torpe avance sobre la educación pública y decidió enfrentarlo. Visto así, tenemos un punto muy a favor de esta sociedad golpeada y malherida que somos.

De igual modo, durante estas últimas semanas de recordación del golpe del 24 de marzo de 1976, no hemos estado celebrando nada sino recordando un episodio desdichado, quizás el más dramático y brutal de toda la historia argentina. Esa recordación masiva, ese extraordinario y colectivo ejercicio de memoria es, sin dudas, otro punto a favor nuestro.

Aquel 24 de marzo nuestra sociedad descendió a los infiernos y a la peor degradación humana mientras muchos ciudadanos y ciudadanas, quizás ingenuamente, pensaban que acaso alcanzarían un improbable cielo prometido. El costo ya lo sabemos: 30.000 desaparecidos, incontables muertos, miles de exiliados, presos, torturados. Aquel maligno proceso signa aún el desaliento de un par de generaciones; entronizó la corrupción y la impunidad como modo de manejar el Estado y la cosa pública; e inició la destrucción de la educación pública. Todo eso, y seguramente más, les debemos a Videla, Massera y Agosti, tres comandantes que representaban a una corporación –las Fuerzas Armadas– que extravió su rumbo, y también representaban (hay que decirlo) a buena parte de la sociedad civil, harta del desgobierno y la crisis económica entonces imperante.

Pero lo que ahora es urgente reflexionar es el estado actual de nuestro país en relación con los legados culturales que nos quedaron de aquellos años. Veinticinco años es una distancia que debiera ser adecuada, pero acaso no lo sea. No para nosotros, los argentinos. No aquí y ahora, no todavía, no en las circunstancias aciagas que estamos viviendo. Pero la memoria no se rige por razones sino por emociones; la memoria no acepta reglas sino que es una regla en sí misma. Es el único laberinto del que los humanos jamás sabemos salir. Por eso la mejor actitud es entrar y vivir allí. No mansamente sino activamente. Para que así la memoria sea motor y no ancla. Para que sea maestra de vida futura y no temor a un pasado que paraliza.

Mucha gente hoy siente desasosiego. Y los jóvenes tienen una común aspiración: irse. Hay una sensación de abandono generalizado que se podría expresar con estas palabras: "Hemos perdido todas las esperanzas y ya no hay nada que hacer. Me han mentido tanto que ya no creo en nada. La solidaridad es inútil, así que mejor veo cómo me salvo yo". No deja de ser comprensible: la rabia, la indignación y la impotencia han generado este escepticismo general. Es palpable en todos los sectores sociales: los acomodados que temen por su seguridad; lo que queda de las clases medias que temen el desmoronamiento final; los pobres ("excluidos del modelo" como se les llama ahora) que temen estar peor de lo que están y en su desesperación y su ignorancia acaban votando a sus propios verdugos.

En ese contexto, cuando el gobierno se muestra tan errático, la Alianza se hace añicos y la ahora oposición no es confiable (porque dio cátedra de oportunismo durante más de una década) la verdad es que hay muy poco para esperanzarse. Y cuando el señor Cavallo, responsable de la pobreza argentina, se erige como el presunto nuevo salvador de la patria, es inevitable pensar que, si éstos son los frutos, es que estamos viviendo el germinar a pleno de las peores semillas sembradas por la dictadura.

Por eso es imperativo imaginar la reconstrucción del optimismo, que es la tarea más difícil, y también la que más urge. Para acabar con el nihilismo inconducente que abunda y agobia, estos días de recordación son apropiados. Ante todo para decir, una vez más, lo que es obvio: esto va a pasar. La inconsistencia del actual gobierno, como la pesadilla mafiosa del gobierno anterior y sus secuelas de corrupción e injusticia, no son para siempre. Como acabó la dictadura militar, también este menemismo extendido a nuestros días (digo: este estilo desalmado y cínico de la política) se va a acabar. Es urgente recuperar esta primera esperanza: nada es para siempre y depende de nosotros enderezar lo que está torcido.

Los frutos amargos, los frutos venenosos están allí. Cuelgan del mismo árbol que es la sociedad argentina y ya sabemos que se trata de un árbol enfermo. Porque la democracia ha sido demasiado ingenua, los demócratas han sido excesivamente cautos y la verdad es que también hubo demasiado descomprometidos. Todo eso alentó el retorno de cierta retórica antidemocrática y de no pocas nostalgias autoritarias. Quizá eso explique que Cavallo exija ahora poderes supraconstitucionales, mientras es probable que algunos viejos demonios, sus amigos, estén soñando ya el regreso. Acaso se preparan, solapados y en las sombras como siempre, y hay que reconocer que la ceguera de muchos está facilitándoles la fantasía. El último ministro de Defensa, en su papel de administrador virreinal del ajuste y gendarme de la bronca de los indigentes, los ha ensoberbecido. Les permitió desplantes inadmisibles, les insufló nuevos aires de soberbia. Y también el líder de la oposición más dura –Hugo Moyano– que el otro día y después de "un asadito" con el general Alfonso, número dos del Ejército, admitió practicar esa rutina desde hace nueve meses.

Las Fuerzas Armadas de cualquier país, sin dudas, aspiran al respeto y el afecto de la ciudadanía. Pero a las nuestras hay que recordarles siempre que al respeto y al afecto solamente lo merecerán si de una vez por todas asumen la sincera autocrítica que la sociedad aguarda. No será comiendo asados, sino admitiendo el horror que provocaron, dejando de proteger a sus gerontes y expulsando de su seno a todas esas ratas que fueron, además, cobardes y corruptas.

Mientras eso no ocurra, hoy como hace 25 años, nosotros no olvidamos ni perdonamos. Porque el olvido es siempre causa de la mentira; como la verdad y la memoria son caras de una misma moneda: la de la Justicia.

No estamos del todo mal si ejercitamos la memoria como en estos días. Para perfeccionar la democracia (que sigue siendo el mejor de todos los sistemas de convivencia y gobierno, a pesar de todas sus fallas). Para defenderla a pesar de los políticos y de sus taras. Para recordar que los fundamentalistas de la cruz y de la espada y demás salvadores de la Patria fueron los maestros de corrupción e impunidad de nuestros políticos corruptos e impunes, claro que además aquellos censuraban, torturaban y mataban. Y para señalar con el dedo a los que Roberto Arlt llamaba "hombres-corcho", o sea esos que siempre salen a flote y se acomodan donde calienta el sol.

Aunque el presente sea ingrato y la absurda pobreza se enseñoree en esta tierra rica hasta el hartazgo; aunque nos sea tan esquiva la vida ahora y nuestros chicos y chicas se estén yendo para dejarnos un país vacío de juventud, y aunque acabemos siendo pocos los que quedemos para mantener estos fuegos, de todos modos el futuro es nuestro si sabemos hacer germinar las buenas semillas de la democracia. En ser conscientes de que ello es posible, que todavía vale la pena y que depende de cada uno de nosotros, radica la esperanza.

(Publicada el 26-3-2001)






## 2002: Una Madre de Plaza de Mayo con Madres Contra el Paco

# Mujeres

**Por Laura Bonaparte ***

La reunión de mujeres se realizó en un lugar humilde de la Capital Federal. Las diez mujeres con las que estaba reunida tenían preguntas para hacerme y, después de presentarnos, tomamos unos mates, escuchamos chistes políticos y de los otros y recordamos olvidos como que las calles siguen siendo tan angostas que apenas entra el viejo Ford Falcon de un vecino que hace de remisero en casamientos, sobre todo porque es en esas ocasiones en que la novia no debe embarrar el traje blanco largo como el deseo que no resigna achicarse y compartido con todas, que quieren casarse de blanco que después de todo es una ilusión y ¿por qué no? Pero si el coche de la felicidad entra apenas, ni el de la tristeza ni ambulancias ni coche fúnebre caben en las angostas calles interiores, de manera que ya saben que en esta última circunstancia serán acarreadas como en una película en que llevaban a la susodicha y desdichada jovencita toda expuesta al frío y al sol tapada con su camisón, qué barbaridad, ni siquiera después de muerta y menos mal que cubierta con flores. Y después de hablar sobre la imposibilidad de plantar nada porque la tierra en ese lugar está contaminada con el plomo de la curtiembre hasta un metro y medio de profundidad, así que nada de pollitos y gallinas porque, si no, a la quinta que querían sembrar se la ganaría "el ñato" y no las berenjenas y los tomates, y después de estas cotidianidades vinieron otras preocupaciones.

En las diez preocupaciones anotadas figuraba el sida dos veces y la primera doña que anotó sida preguntó nomás si era cosa de pobres, porque en las propagandas no había nadie como ellas. Entonces la segunda dijo que en realidad ella lo sabía casi todo sobre el sida y que su presencia allí era para que yo le bajara línea y que le enseñara cómo tenía que decirle a su hija que por más que le ofrecieran cien dólares no lo hiciera sin preservativos. Y mientras trataba de acomodar el entrevero que se me produjo dentro de mi cabeza y de contener mi corazón desbocado y como automáticamente dejando el mate en medio de la mesa y tratando de imaginarme el diálogo, le pregunté la edad de su hija y me dijo le falta poco para los catorce, respuesta que me aguachentó como si el mate se me hubiera subido al cerebro y quedé como ella decía en ese momento: como cuando una no puede tragar ni escupir. Y levantándose dice: "A lo mejor la vemos ahora" y nos acercamos a una ventanita de la susodicha sala de reuniones y señalando a una jovencita flaquita, vestida con minifalda, pintadita ella como muñequita de porcelana, sentada erguida en medio de la tabla que hacía de asiento en el carro cartonero, llevando sobre sus piernas un par de zapatos de tacones y una carterita haciendo juego, arrastrado el carro por miserable caballo mañoso mientras un niño, de no más de seis años, tiraba de las riendas y lo dirigía hacia el asfalto y la doña me dijo: "Es el hermano menor que la lleva hacia la ruta para que tome el colectivo que la lleva al centro".

Y creyendo ella que yo podía agregar algo, sin darse cuenta de que en realidad no podía hablar, compartió con todas que es el único dinero que llega a su casa para alimentar al resto de su familia porque su viejo hace más de un año que se fue a buscar trabajo a otro lado y no saben dónde puede estar. Y que ella, con la pinta que tiene, con la panza caída y las tetas a la cintura, dinero no podía llevar, sólo la carne que don Pascual el carnicero le daba cuando le pedía a cambio algún acostón. Y entonces todas se aflojaron y se rieron y comenzaron las chanzas de tono subido porque don Pascual era viejo y muy gastado y otras cosas más y me dije que era bueno que no se me escaparan lágrimas y puteadas por la pinche vida delante de estas señoras que vivían por la esperanza de producir un cambio que las sacara del barro, y tener sus gallinas y sus plantitas, así además de poder comer ellas y los chicos podían llevarle a la maestra algún tomate y huevito fresco. Y diciendo esto apoyó sus manos en sus amplios muslos y se fue sentando despacio.

* Madre de Plaza de Mayo, Línea Fundadora.

(Publicada el 13-2-2002)




## 2002: El debate por la impunidad

# La lógica de la injusticia

Por Nora Veiras

El general se acomodó el nudo de la corbata, carraspeó y preguntó: "¿Alguien está pensando en eso?" "Eso" era la posibilidad de que el Congreso sancionara la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. No fue el Congreso sino un juez el que meses después de esa charla informal dispuso la inconstitucionalidad de las normas de impunidad. El general que había sido teniente coronel en los años de plomo temblaba ante la posibilidad de que se mellara la garantía de injusticia. Ayer, fue el propio ministro de Defensa quien asumió como propia esa "preocupación".

Cuando el carapintada Aldo Rico se sublevó para que el poder político abortara el proceso judicial contra los represores había alrededor de 1500 miembros de las Fuerzas Armadas involucrados en causas penales. El objetivo cumplido de Rico implicó, paradójicamente, la garantía de sospecha para todos y el motivo de la permanente reapertura de atajos judiciales en busca de la condena merecida.

"No hay ninguna sociedad, ni en la Argentina ni en ninguna otra parte del mundo, en que después de 25 años haya gente que no sepa exactamente cuál es su suerte final", argumentó el ministro agobiado por "el estado de incertidumbre" de sus subordinados. Sonó a provocación. Son los familiares de los 30 mil desaparecidos los que viven reclamando conocer "la suerte final" de esas vidas. El ministro, además, incurrió en una doble mentira; una histórica: basta recordar la búsqueda de los genocidas nazis para refutar el paso del tiempo como justificación del abandono de la búsqueda de justicia. Otra jurídica: los crímenes cometidos por la dictadura no prescriben, son delitos de lesa humanidad.

"Nosotros no vamos a decir nada", habían repetido anteayer los uniformados cuando este diario les pidió comentar el dictamen del procurador general de la Nación, Nicolás Becerra, en favor de la inconstitucionalidad de las leyes. Más allá del oportunismo del Procurador –inmune a otra impunidad: la que gozan varios de los miembros del gobierno que a él lo designó– las declaraciones del ministro permitieron comprender que no necesitaban hablar ellos porque él asumiría la defensa de los sospechados por violaciones a los derechos humanos.

"Lo que resulta absolutamente irrazonable es que sea en cierto modo utilizada una cuestión tan delicada como esta que tiene que ver con la libertad y con la suerte de mucha gente, que queda como una suerte de rehén de una cuestión política que se ha planteado entre dos poderes del Estado", dijo también el ministro. Otros dos argumentos que estremecen. Así dio por hecho que delincuentes tienen que seguir en libertad y se preocupó porque esos delincuentes queden de rehenes de una inocultable puja de poder. Hizo caso omiso, en cambio, a que haciendo abuso de las armas fueron los represores los que tomaron de rehén a la sociedad argentina para obtener la sanción de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Es lamentable que después de dieciséis años, sin la extorsión de las armas alzadas contra la sociedad, el ministro siga reclamando impunidad. Desecha así, quizás, la última oportunidad de hacer justicia con las víctimas y los victimarios.

(Publicada el 31-8-2002)



## 2003: La muerte de Alfredo Bravo

# Al maestro, con mucho cariño

**Por Martín Granovsky**

A un gorila como él, la comparación no le hubiera gustado. Pero sí quién la dijo. "¿Sabe?", preguntó el hombre. "El velatorio de Perón en el Congreso fue impresionante y no se puede comparar con nada, pero después de ése, el de hoy es el más grande que yo recuerdo." La frase pertenece a un viejo empleado del Parlamento, que ayer parecía tan triste como los mozos del Congreso y las miles de personas que durante dos días despidieron a Alfredo Bravo en el Salón de los Pasos Perdidos.

Todo el lunes, el día que Bravo murió, el desfile fue interminable. Y ayer la gente siguió entrando y saliendo, hasta que en el momento de los discursos se quedó y llegó a cubrir las escalinatas que dan sobre Rivadavia y buena parte de la calle.

Bravo fue funcionario de Raúl Alfonsín. Renunció por la ley de Obediencia Debida. Eran muy amigos. En su discurso, Alfonsín recordó que él mismo denunció el secuestro de Bravo a manos de la dictadura, y que cuando Bravo recuperó la libertad fue primero a la casa del líder radical antes de ir a la suya. Contó que con Bravo compartían asados y "charlas interminables". Que discutían "para pelearse y volver a amigarse cada vez que se encontraban".

"Estaba tan convencido de lo que creía que caía en la intolerancia, porque no soportaba la autonomía de los otros, pero igual siempre lograba el apoyo de todos y el acuerdo", dijo Alfonsín, que remató con una despedida conmovedora: "Estoy seguro de que pronto nos vamos a volver a encontrar para compartir un asado juntos".

En nombre de la bancada del Partido Justicialista habló el antiguo ferroviario Lorenzo Pepe. "Parafraseando a Balbín, este viejo adversario despide a un amigo", dijo con la misma frase de Ricardo Balbín en el entierro de Juan Perón.

Laura Bonaparte, de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, leyó un texto que se dirigía al "querido compañero socialista, compañero maestro, compañero maestro de la educación laica y gratuita, compañero socialista, senador nacional por elección del pueblo, compañero defensor de los derechos humanos, compañero articulador de diferencias". Y seguía: "Te elegimos y te nombramos senador nacional, compañero defensor de los derechos de la mujer, compañero luchador contra cansancios, vientos y mareas, compañero doblegador de torturas y torturadores, compañero de ideales llevados a la práctica".

Bravo murió como diputado, después de pelear en la Justicia desde el 2001 la banca de senador nacional con Gustavo Beliz. La decisión definitiva podría conocerse mañana. Ayer el ex juez Juan Ramos Padilla, de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, se quejó de que *La Nación* no quiso poner "senador electo" en las necrológicas.

"Bravo decía la verdad frontalmente, y no le importaba cómo cayese esa verdad", dijo Ramos Padilla.

Horacio Ravenna, de la APDH, hizo mezclar risas con lágrimas cuando recordó que "los tacheros le gritaban fuerza, profesor, y él replicaba: maestro, maestro de grado". Ravenna dibujó la imagen de Bravo "con su Taunus amarillo modelo '81, su único traje o su guayabera y la carterita siempre en la mano izquierda, con los documentos y los anteojos".

Hugo Yasky, secretario adjunto de la Confederación de Trabajadores de la Educación, habló de la fundación de la Ctera, el 11 de septiembre de 1973, "el golpe contra Allende en Chile, el Día del Maestro acá". Estuvieron juntos. "Y después, como diputado desde 1991, Alfredo no se equivocó nunca en ninguna votación; votó siempre bien cuando se trataba de la escuela pública y de los trabajadores."

Bravo tuvo una discusión dura con Elisa Carrió después de que ambos arrancaron con el ARI y terminaron en distintas fórmulas para Presidente. Carrió tuvo un recuerdo familiar, cercano. Y, como Ravenna, arrancó sonrisas cuando contó que un día, en medio del proceso al juez Francisco Trovato, llegaron a un estudio y Bravo empezó a contar a la primera que encontró, mientras esperaban a otra, qué pruebas tenían. "Yo lo pateaba, pero él seguía hablando. Después, al salir, le dije por qué lo pateaba y nos reímos mucho. Eramos el Superagente 86 y la Noventa y nueve." Carrió dijo, con suavidad: "Alfredo está colgado de una estrella. Y nos va a seguir queriendo, y nos va a seguir retando".

"Es la primera vez que públicamente vengo a despedir a un amigo", dijo el jefe de Gobierno Aníbal Ibarra. Definió así a Bravo: "Coherente, íntegro, inflexible, protestón, cascarrabias, insobornable, defensor de los derechos humanos, honesto, riverplatense".

Susana Rinaldi, que podría ser la senadora por la Capital, lo llamó "profesor de tantas conductas de vida" y dijo: "Quizás seas el último rebelde que nos queda".

"Es al único al que la peor broma la estaba permitida", dijo Jorge Rivas, del bloque socialista de diputados, y lo describió como "un tipo que no conocía de matices, lo cual era su mayor defecto y su mayor virtud, pero esa falta de grises hacía que Alfredo luchara siempre contra quien había que estar luchando".

Rubén Giustiniani, secretario general del Partido Socialista, rindió homenaje a Bravo por la unidad del PS, después de 44 años. Lo ubicó "entre nuestras grandes figuras". Nombró a Juan B. Justo (fundador del PS), a Alfredo Palacios (primer diputado socialista de América), a Alicia Moreau de Justo y a Guillermo Estévez Boero, el líder del socialismo popular muerto hace poco.

Cuando los amigos, los militantes socialistas y uno de sus hijos, Daniel Bravo, bajaban el ataúd por la escalinata del Congreso, un grupo cantó a los gritos, llorando, "La Internacional". "Me gustan estos chicos", dijo una socialista más veterana que ellos. Después, el ataúd quedó bajo un tapiz de claveles rojos.

(Publicada el 28-5-2003)



## El fútbol y los derechos humanos

# Dos fiestas

**Por Hugo Soriani**

Los campeones del '78 volvieron a salir a la cancha el miércoles pasado para festejar los 25 años del triunfo. Las tribunas vacías los vieron salir por el túnel del tiempo. Sólo los recibió el frío de una tarde que era aún más helada en las caras ajadas de los futbolistas envejecidos. Lejos había quedado su hora más gloriosa, con aquellas tribunas repletas, y el palco que albergó a la Junta, gritando los goles con el mismo entusiasmo con el que a pocas cuadras del estadio torturaban y mataban a miles de argentinos.

El país futbolero esta vez no acompañó el festejo. Lamentablemente, la corporación del fútbol, que prohibió la participación de las Abuelas de Plaza de Mayo, tampoco acompañó la reflexión realizada por gran parte de la sociedad sobre lo terrible de aquellos días.

Varios organismos defensores de derechos humanos hicieron gestiones en los días previos para que el evento fuera también una jornada de memoria y reconocimiento. Pero parece que esos términos les resultaron ajenos a ellos y a su técnico, César Menotti. Al confeso admirador del Che y de Neruda, al que lloró el crimen de Salvador Allende, se le acaba la retórica progre cuando se trata de evocar su papel en aquellos días terribles.

Un Menotti tenso contestó reportajes durante la semana previa: "No creo que podamos hablar de política y fútbol al mismo tiempo", afirmó quien siempre se jactó de lo inseparable de ambos términos. Millones de personas pudieron verlo en un documental excelente, "Historias paralelas", al ladito de Videla, justo antes de la arenga del genocida alentando a los jugadores, mientras en el mismo documental un Ardiles apesadumbrado mostró la cara autocrítica de una conciencia más tranquila.

Mientras Julio Villa y Claudio Morresi hacían esfuerzos por saldar el pasado festejando el aniversario del título con un desagravio a los que en ese entonces sufrieron cárcel, persecución o muerte, Menotti prefiere seguir tirando la pelota al córner. Villa y Morresi no suelen llenarse la boca con citas de poetas, escritores o músicos comprometidos. Sencillamente trabajan por la memoria y la justicia.

En el '78 fueron los jugadores de la selección holandesa los que visitaron la casa de las Madres, mientras El Flaco acuñaba su frase célebre: "Para poder entrar, hay que saber salir". Hoy Menotti aún no encuentra la manera de salir de su doble discurso.

La gente que no fue a River prefirió estar en otro lado.

Esa fría tarde del nueve de julio hizo calor en Plaza de Mayo, donde dos de los artistas más queridos de la Argentina convocaron a una multitud que festejó la independencia, se solidarizó con los inundados santafesinos y rindió homenaje a las víctimas de la dictadura desde arriba y desde abajo del escenario.

León Gieco y Víctor Heredia brindaron durante más de dos horas un espectáculo conmovedor.

Frente a ellos, padres, hijos y hasta abuelos calentaron manos y gargantas al ritmo de temas que atraviesan la historia argentina de los últimos treinta años y que dejan claro el compromiso ético de quienes los interpretan.

Gieco cantó "La memoria", de su último disco *Bandidos rurales*, con el telón de la Casa Rosada como fondo, y en la Plaza se hizo un silencio que permitía escuchar la respiración de los músicos sobre los instrumentos.

De la mano de Víctor y León fueron subiendo los artistas invitados, y todos disfrutaron con versiones impecables de canciones que ya están en la memoria colectiva. La mayoría fueron prohibidos o censurados por la misma dictadura que felicitaba a Menotti y provocaba a los familiares de las víctimas a través del Gordo Muñoz. León, Víctor y muchos de los artistas que los acompañaron tuvieron que exiliarse o recluirse para evitar destinos peores. Pero ellos hoy cantan y celebran de cara a la gente con una Plaza llena que los aplaude y reconoce.

No tienen que explicar, justificarse ni dar cátedra de progresismo. Sus canciones y su trayectoria hablan por sí mismas, y su comunión con la gente es tan sincera que, nunca, nunca, recibirán un homenaje frente a tribunas despobladas o estadios vacíos.

(Publicada el 17-7-2003)

## Técnica y eficiencia

# Zyklon B

**Por Leonardo Moledo**

Hacia 1941, el *Arbeitlager* de Auschwitz se enfrentaba a un grave problema de funcionamiento, una especie de cuello de botella logístico: las necesidades de ejecución de prisioneros rusos, que llegaban cada vez en mayor cantidad, y la perspectiva de verse obligados a matar en gran escala judíos y gitanos, excedían completamente las posibilidades operativas del campo. Los fusilamientos masivos eran costosos en tiempo y dinero (munición) y poco prácticos, ya que requerían el empleo de mucho personal.

Las autoridades del campo ensayaron un método en principio más eficaz, a saber: un sistema de camiones, a cuyas cajas se conectaba el caño de escape del camión. El sistema era efectivo, aunque con inconvenientes: los camiones no podían cargar una gran cantidad de prisioneros, y el problema central, que era el del *número*, no quedaba resuelto.

Aunque tardaron en advertirlo, la solución estaba delante de sus ojos: el Zyklon B, producido por la compañía Degesch, subsidiaria de Degussa, llevado a Auschwitz como desinfectante en el verano de 1941. Había sido descubierto por el científico alemán Fritz Haber, Premio Nobel de Química 1918. La idea era atractiva. Al fin y al cabo, el Zyklon B era un poderoso insecticida, muy efectivo contra todo tipo de insectos, pero más aún sobre animales de sangre caliente y, en consecuencia, extremadamente venenoso para los seres humanos (como tal fue usado en las cámaras de ejecución de la pena capital en Arizona, Estados Unidos a partir de 1920). El subcomandante de Auschwitz, Fritsch, decidió hacer un experimento. El 3 de septiembre de 1941 llevó a 600 prisioneros rusos y a 250 enfermos a una celda subterránea, y efectivos de las SS con máscaras antigás dejaron escapar el Zyklon B. El éxito fue total: los prisioneros murieron en forma instantánea.

Apenas Eichmann visitó Auschwitz, el comandante del campo, Hoss, lo puso al tanto de las enormes posibilidades del Zyklon B y ambos acordaron usarlo en adelante, tanto para la ejecución de prisioneros rusos como para las matanzas masivas necesarias para "la solución final". La empresa J. A. Topf recibió un contrato para construir cámaras de gas mucho más grandes y sólidas, y conectadas con crematorios apropiados en Auschwitz-Birkenau. El gas, por su parte, sería provisto por las empresas Tesch/Stabenow y Degesch. Los técnicos de Tesch asesoraron sobre la forma en que debía producirse la ventilación en las cámaras.

El Zyklon B venía en la forma de pequeños cristales, que al contacto con el aire dejaban escapar ácido hidrocianídico. Una vez que los prisioneros eran encerrados en la cámara de gas, se volcaba el Zyklon B por los dos orificios de techo y los cristales caían sobre la gente ubicada en la cámara y empezaban a evaporarse de inmediato. Al principio se escuchaban gritos, pero enseguida se hacía el silencio y, después de quince minutos, la cámara de gas se abría y los cuerpos que aparecían apilados sobre el suelo eran transportados al crematorio. Bastaban quince minutos más para ventilar completamente y poder utilizar las cámaras nuevamente. La operatoria requería apenas de tres o cuatro personas y un grupo de prisioneros (*sonderkommands*) que se encargaba de los cadáveres.

La efectividad del Zyklon B permitía matar a miles de personas por día; los judíos, traídos en trenes sellados desde Varsovia, desde Salónica, desde París, desde Kiev, desde Turín, desde Lodz, eran asesinados el mismo día de su llegada y las cámaras de gas quedaban listas para los trenes que llegarían al día siguiente. También fue posible liquidar todo el campo gitano de Auschwitz, de aproximadamente 4 mil personas, en un solo día, el 1º de agosto de 1944. Joseph Mengele se ocupó personalmente de la operación, manejando él mismo el transporte que llevaba a los chicos a la cámara de gas. Mengele tenía una particular y buena relación con los chicos gitanos del campo, a los que a veces llevaba golosinas. Ellos le tenían confianza y lo llamaban *Onkel Mengele* (Tío Mengele). Más de un millón de judíos, gitanos, rusos (*untermenschen*, según la definición del Ministerio de las Razas del Tercer Reich), fueron asesinados en las cámaras de gas de Auschwitz merced a la efectividad del Zyklon B.

Las empresas que fabricaban y proveían el gas, como Tesch/Stabenow, Desgesch, Degussa, I. G. Farben, siguieron sus actividades después de la guerra, desarrollando insecticidas, pinturas y productos complejos, sofisticados y novedosos. El Protectosil, desarrollado por Degussa, protege el cemento de los graffitis y la suciedad, y se usará para impregnar las 2700 columnas del monumento a los judíos víctimas del Holocausto, en Berlín, que se inaugurará en el 2005.

Como era de esperar, el hecho despertó polémicas. Algunos argumentan que han advertido que Degussa se ha distanciado suficientemente del pasado y que la empresa de hoy no es la misma que la de entonces. Otros, que erradicar el Protectosil ya utilizado costará 2,4 millones de euros. Algunos recuerdan que, frente al enorme volumen de giro financiero que estas empresas mantenían durante la guerra, las ganancias que produjo el envío de gas Zyklon B a los campos de concentración no fueron significativas.

(Publicada el 2-12-2003)

## 2004: El arte y la intolerancia

# Ferrari, en el frente de batalla

**Por Noé Jitrik**

No cabe duda de que el alboroto, o la polémica, que produjo y seguirá produciendo la exposición retrospectiva de León Ferrari tiene el mayor interés porque promueve una seria discusión sobre arte y representación. Tal vez hay una desigualdad entre los posibles participantes de esa eventual polémica, pero es evidente que Ferrari la inicia y se expone, lo cual ha hecho reaccionar a enfervorizados partiggianni de la Iglesia. Sería, más allá de los intentos de depredación de algunos soldados de Cristo –según se consideran a sí mismos–, una lástima que la Iglesia perdiera la oportunidad de exhibir sus ideas respecto de esos temas –presumo que las tiene–, nada menos que arte y representación, cuestiones en las que tiene partido tomado desde que Cristo, sus acompañantes y los santos que le siguieron tuvieron cada uno a lo largo de la historia múltiples imágenes que, justamente, los representaban.

Mi larga experiencia en diálogos frustrados me dice que difícilmente se logre un acuerdo entre las partes; pero eso no importa, lo que importa es que la controversia posible nos permitiría pensar en asuntos tan principales.

Por mi parte, creo que hay que remontarse un poco en el tiempo para situar el –insisto– posible debate. A la Edad Media, por ejemplo; en ese momento, al parecer los artistas ignoraban que lo eran: maravillosos ejecutores pensaban que lo que pintaban o esculpían –sobre todo las representaciones de la Pasión de Cristo– les reservaba un puesto en el cielo o, aquí abajo, la benevolencia de la Iglesia, que les pagaba con bendiciones aunque no, tal vez, con moneda fuerte. Más o menos eso siguió ocurriendo durante el llamado "Renacimiento", sólo que a la Iglesia se le añadieron los señores que solían ser también la Iglesia, caso Borgia el más notorio: con tal de que representaran ya sea la excelsitud del martirio o la grandeza de los duques, condes y demás, y lo hicieran bien, se hacían merecedores de un reconocimiento, pocas veces, igualmente, de un pago; si, por el contrario, se apartaban del pedido, eran humillados, condenados a la miseria, al destierro o a las más penosas maldiciones. Puede haber excepciones, no lo dudo: Leonardo, Miguel Angel, se permitían en ocasiones negarse a un pedido u orden, y los poderosos o los dignatarios de la Iglesia no se animaban a castigarlos del todo. Los artistas fingían que aceptaban las reglas oficiales de la representación, pero en ocasiones las burlaban: en la aparentemente ortodoxa *Anunciación*, una obra deslumbrante, Simone Martini y Lippo Memmi pintan una Virgen retraída y con una expresión de rechazo. No parece hacerle gracia que deba ser o estar celestialmente embarazada de quien poco después, a sus 33 años, será "Hijo de Dios".

Cosa parecida ocurrió con el *Cántico espiritual*, de San Juan de la Cruz; si lo vemos bien, esos poemas parafrasean los *Cantos del Rey Salomón* y las *Eglogas* de Garcilaso, bien profanas: como no ignoraba lo que le podía suceder si se daban cuenta del carácter de su poesía, añadió unos comentarios teológicos que ni agregan ni alteran la belleza de los versos, pero que lo protegieron de las iras de la Inquisición.

A propósito, me parece que esta institución –de cuyo recuerdo la Iglesia de nuestro tiempo abomina y no termina de abominar– surge de la desconfianza que produce que tantos "infieles" se pasen a sus filas no por revelación sino porque no les queda otro remedio, dado los medios que emplean para que salven sus equivocadas almas. Como nada garantizaba la sinceridad de la conversión, la Inquisición vino a poner las cosas en orden. Vista a la distancia, la Inquisición encarna una especie de inseguridad, un sentimiento que podría verse como de culpa, aunque Torquemada y adláteres podían no experimentar ninguna al enviar a la hoguera, paradójicamente, a gente que no prendía el fuego de sus cocinas los viernes por la tarde. No obstante las duras condiciones en las que debían trabajar, los artistas, muchos, produjeron obras de una belleza asombrosa, todavía hoy nos arrebatan y nos hacen pensar en lo excepcional de la época, tantos y tan buenos.

Justamente porque eran tan buenos había un misterio en ellos, un don que dio lugar bastante después, a medida que cambiaban las cosas y cuando la pintura y la escultura dejaron de representar imágenes de los Evangelios, al surgimiento de la estética, rama de la filosofía que intenta desentrañar el misterio del arte y que, por cierto, es "democrática". Ese misterio sigue abierto, pero eso no quita que desde un pensamiento estético los puntos de vista dejaron de ser lo monolíticos que habían sido. Se abrió campo, por ejemplo, a la idea de la libertad del artista y, sobre todo, se amplió el horizonte de la representación. Poco a poco, uniendo las dos cosas, los artistas les perdieron el respeto a las órdenes, necesidades o deseos de los consumidores y fueron desafiándolos, obligándolos a entender que eso que se ponía ante sus ojos no tenía valor porque expusiera escenas ejemplificadoras o morales –de las que la Iglesia es convencida partidaria– o políticas –como ocurrió con el realismo llamado "socialista"– sino porque en su hacer residía un poder, nada menos que el poder de significar.

Se diría que en arte hay dos dimensiones que lo recorren: el referente y la transformación. Es obvio que no es posible evitar el referente, pero lo que confiere jerarquía de arte es la transformación. Esto, me parece, es válido tanto para lo religioso como para lo antirreligioso: en ambos casos, si no hay transformación del referente lo que se obtiene es pobre, a lo sumo vale como presentación argumentativa, pero no como arte. Y, para volver al punto de partida, Ferrari tomará o no tomará referentes que tienen que ver con la Biblia, los Evangelios, la vida y/o muerte de Cristo, Videla, Vietnam o lo que se le ocurra, pero no es eso lo que hay que considerar sino su sin igual inventiva y la sorprendente riqueza de sus ocurrencias.

Me pregunto por qué ciertos elementos de la Iglesia no lo comprenden cuando es tan simple: sólo miran el referente, no ven la transformación; no ven, tampoco, las contradicciones, todavía piensan, como el estalinismo, que el arte debe estar al servicio de algo o de alguien. Creen que porque le atribuyen a ese algo o alguien carácter sagrado deja de ser un referente transformable y, por eso, aceptan como bueno un pálido arte de sacristía, o de propaganda, y se animan a censurar –tienen que tener poder para hacerlo– o rechazan lo que son auténticas creaciones de un artista excepcional a quien todos deberíamos cuidar como a un bien público.

Me atrevo a decir que los que elevan su voz contra el tratamiento que Ferrari le da a cierta simbología religiosa no lo han pensado bien –los invito a hacerlo– y han seguido una rutina mental que no los lleva a nada. No han pensado, por ejemplo, que si Ferrari transforma ciertos mitos visuales en irrisión, ante todo los ha reconocido, se diría incluso que los ha admitido; hace más o menos lo mismo que hicieron en su momento Lutero, Calvino y tantos otros reformadores: reconocen a Cristo, pero le piden algo más, precisamente lo que se silencia de su lección, si hay quien cree que la hay. Y la Iglesia, al reconciliarse con las iglesias que aquéllos fundaron, como acaba de hacerlo con la Iglesia Bizantina, excomulgada hace cerca de 1000 años, corrige un gran error, una mala interpretación de lo que es el cristianismo. Tal vez, tengamos fe, lo mismo pueda ocurrir con Ferrari; dentro de unos años, o un siglo o diez siglos, lo perdonarán, se reconciliarán con él.

Ferrari sería, si nos detenemos en sus obras de tema religioso, no un agnóstico sino un desencantado, un rastreador infatigable de lo que el cristianismo no da, pero que podría haber dado, histórica y actualmente. Su obra, en ese sentido, no es un pisoteo sino un reproche: invito a verlo de este modo.

Y, de paso, que haya quien diga que la ofensa que Ferrari puede inferir a espíritus creyentes se hace a costa del pueblo cristiano que paga sus impuestos, no sólo rebaja el debate sino que pone a todos los que pagamos, cristianos o no, en una situación incómoda. Es un hecho conocido que los argentinos, todos por igual, sea cual fuere su afiliación, están movidos por una religión que felizmente los une: el sagrado horror al pago de impuestos. Por el contrario, con los impuestos que pagan los argentinos que no están tocados por esa gracia, crean en lo que crean, se sostiene la Iglesia Católica, mientras que a los agnósticos, dejados de la mano de Dios, nadie los ayuda.

(Publicada el 7-12-2004)

2005: Dos genocidios

# Desaparecidos y porcentajes

**Por Jack Fuchs** *

Hay hechos del pasado que siguen repercutiendo en mi presente. La mención de determinados conceptos automáticamente me remite a ese pasado y es allí donde no puedo funcionar con la lógica del que usa esos conceptos en otro contexto.

Eso me ocurre con los porcentajes. Cuando se los menciona, enseguida me trae el recuerdo de los números clausus, que se aplicaban en Polonia entre las dos guerras mundiales, donde un 10 por ciento de la población era judía y sólo podía entrar a la universidad un número limitado de ellos. En ese tiempo, en el seno de los partidos Socialista y Comunista había un 60 por ciento de judíos y eso era utilizado como un argumento antisemita. La víctima muchas veces se mimetiza con el victimario y termina usando argumentos de éste. En las Leyes de Nuremberg, durante el nazismo, se ponía mucho énfasis en distinguir quién era judío, medio judío o un cuarto de judío. Lo mismo ocurría con los gitanos y con otras minorías. Para todo había porcentajes y eso no era una simple nomenclatura, sino que implicó, finalmente, la muerte.

Un joven nacido en Argentina, de familia italiana, con pasaporte italiano y argentino, desaparecido durante la última dictadura, ¿cómo debe figurar en la lista de desaparecidos: como italiano, como argentino y, si eventualmente es de origen judío, como judío?

Destacar, ante un hecho tan trágico como lo fue la desaparición de personas durante la última dictadura militar, que un determinado porcentaje pertenece a tal o cual etnia, no debería cambiar el dolor colectivo.

Los torturadores pueden mostrar su racismo, junto con su crueldad, pero lo fundamental es su accionar colectivo y el daño que hacen a la sociedad en su conjunto sin distinciones. Me pregunto por qué los insultos zurdo de mierda, bolche de mierda, judío de mierda tienen un impacto tan diferente en nosotros. Probablemente es por el trágico pasado de nuestro pueblo.

En ocasión de ser invitado a una mesa redonda por la asociación Abuelas de Plaza de Mayo, a comienzos del presente año, recibí un libro, *Psicoanálisis: restitución, apropiación filiación*, del cual quiero citar un párrafo, perteneciente a un trabajo de Pilar Calveiro Garrido: “En la sociedad, como en los campos, no existieron héroes ni ‘inocentes’. Todos articularon extrañas combinaciones de la obediencia y la rebelión. Nada quedó blanco o negro sino que adquirió raras tonalidades. Por eso no tiene sentido rescatar a las ‘víctimas inocentes’; todas lo fueron. Ninguna merecía la anulación de su ser, la tortura y la oscura muerte de ser arrojado desde un avión sin dejar rastro de sí”.

Al hablar de porcentajes, se disminuye el horror de la masacre, se pierde de vista que se trata de seres humanos de carne y hueso. Qué importa y quién decide si son o no judíos, o de otra minoría. La certeza en la designación me remite de nuevo al universo nazi. Ellos “sabían” quién era judío, medio judío o un cuarto judío. Esta reminiscencia hace que me dañe el oír hablar de porcentajes. Si la madre de alguien desaparecido es Rodríguez y el padre Goldberg, o viceversa, ¿quién decide si es judío o no? Me resulta difícil hacer entender a quienes no han vivido mi experiencia el rechazo que tengo al oír hablar de porcentajes y que haya quienes deciden quién es o quién no es judío.

Me importa que se entiendan los motivos íntimos de mi reacción, a veces ofuscada, intolerante, pero que toca sentimientos muy profundos de mí. Todavía, a los 81 años, debo aprender a aceptar a los que no me comprenden. Pido también que se me acepte tal como me manifiesto.

* Pedagogo y escritor. Sobreviviente de Auschwitz.

(Publicada el 26-12-2005)



## 2006: La desaparición de Julio López

# ¿Nos vamos a borrar?

Por Eduardo Aliverti

Como dice Benedetti, en ese poema que le cae a todo dictador muerto, "cualquier día la muerte no borra nada". Quedan siempre las cicatrices. Siempre.

Este lunes se cumplen tres meses sin López, que es una frase cuyos alcances sólo pueden mensurar los argentinos. Es decir, los argentinos con algún grado de conciencia política (o conciencia a secas, mejor). El "sin", en este país, significa desaparición. Secuestro. Impunidad. Primero todo eso. Primero el terror. "Muerte" viene después de todo eso, porque lo que la precede es mucho peor que la muerte. Alrededor de 30 mil desaparecidos son el sello, bien argentino, que lo testifica.

La familia de López acaba de dirigirle una carta al Presidente con otra frase que, si bien es de comprensión universal, también apela a eso de la conciencia argentina. "Que Tito no se convierta en el primer desaparecido/olvidado de la democracia", le dice la familia a Kirchner, pero al periodista le resulta muy difícil no interpretar que primero está hablándonos a todos nosotros. Al fin y al cabo, más allá de la imprevisión en el cuidado de un testigo clave, de la ineficiencia en las tareas investigativas y de las (muchas) sospechas respecto de los organismos de seguridad en cuanto al compromiso efectivo de hurgar en su paradero, a López están buscándolo. Si uno no creyera eso, sencillamente debería pensar que en la Casa Rosada volvió a instalarse el enemigo o alguien que se le parece demasiado. Y no se puede pensar eso. La frase de la familia incluye al Gobierno, porque es explícito el pedido de que sigan la búsqueda. Pero la palabra "olvidado" es una advertencia o una imputación directa, como se quiera, al grueso social que viene manifestando un desinterés creciente (repugnante, digámoslo) por la suerte de López. La dirigencia partidaria, los medios de comunicación, los sindicatos, las organizaciones profesionales: se diría que todos, excepto algunos espacios, partidos de izquierda, organismos de derechos humanos y luchadores sueltos o agrupados en colectivos de escasa cuantía, se han olvidado de López.

Esto no sería así de haber alguna amenaza de rayos y centellas, o serios conflictos sociales, o importantes liderazgos progresistas por fuera del oficialismo, u otras circunstancias en ese sentido. Inclusive porque muchos o unos cuantos oportunistas de peso habrían aprovechado la desaparición de López para arrimarse voluntades. Hasta por derecha. Esa derecha que, individual y orgánicamente, ni siquiera tiene la fuerza para encajar a López dentro de su discurso de mano dura contra la "inseguridad" (podría decirse que ese dato tiene aún más peso que los límites morales a que la obligaría su participación en el terrorismo de Estado). Las cosas tienen el soporte de un gallardo andar de la economía, reforzado la última semana por los números de incremento en la construcción, los autos y los servicios bancarios. Y ni la persistencia de una injusta distribución de la riqueza, a la par de una tasa de pobres e indigentes que sólo disminuye en forma abrupta en las cifras oficiales, es capaz de alterar a una sociedad con alto grado de conformismo, o aceptación, en torno del rumbo gubernamental.

No es del caso evaluar la justeza de ese estado de ánimo popular. Pero sí lo es arriesgar que en medio de ese humor apaciguado –con los sucesos del 2001/2002 todavía a la vuelta de la esquina–, López es una noticia que nadie quiere escuchar. Y mucho menos se quiere escuchar cualquiera de las dos alternativas que, a esta altura, todos imaginan aunque nadie lo diga en voz alta: que aparezca asesinado o que no aparezca nunca más. En ese orden, cabría acotar, por más que el límite sea difuso. Si lo encuentran muerto el aviso es espeluznante, pero si no lo hallan hay un sobrevuelo aterrador de otro rango y profundamente ligado a la memoria de la que ese conjunto indiferente de la sociedad parece no tomar nota. O la tomó y no quiere asimilarla. O la tomó y no le importa.

En cierto aspecto, la situación tiene algo paradójico. Porque esta misma sociedad tuvo sectores lúcidos y combativos que permitieron llegar más rápido y más lejos que el resto del mundo en el juzgamiento y castigo de los genocidas (vayamos acá nomás: Pinochet fue velado con honores militares y la presidenta Bachelet lo aceptó porque es "de todos los chilenos"). Aquí hubo muchos retrocesos que, sin embargo, nunca significaron vuelta atrás. Sí en el Ejecutivo de turno, en el Congreso y en la Justicia de los tribunales. No en el establecimiento de la condena generalizada. Los imprescindibles consiguieron que los milicos del Proceso fueran mala palabra y que defenderlos, en público, resultase vergonzante para sus propios acólitos y para el tilingaje que vive en un bonsai. Y lo conquistaron sin una sola actitud de venganza personal (como no sea la olvidada pero inolvidable trompada de Alfredo Chávez a Astiz, en Bariloche, hace años). ¿Cómo dejar de apuntar, entonces, que la sociedad no se merece respecto de sí misma el olvidarse de López? Está bien: nunca fue todo el pueblo el que se encolumnó tras la causa de los derechos humanos en su vinculación con las violaciones de la dictadura. Pero en los libros ya estamos como el lugar donde se condenó al horror de un modo incomparable. ¿Vamos a rifar esa épica, esa argentinidad con orgullo, olvidándonos de López?

Con alguna ingenuidad, uno aspiraría a que los diarios salieran todos los días, o de vez en cuando, con una faja impresa que recordara la necesidad de encontrarlo. Que los noticieros de la televisión y de la radio ubicaran cada tanto una placa o un spot con su nombre. Que periódicamente alguien se acordara, en sus comentarios mediáticos, en sus discursos políticos, en sus análisis periodísticos, de que seguimos sin López. Por lo visto, no se puede o no se debe o no se quiere. Pero, como fuere, estaríamos marchando hacia un espejo de nosotros que nos devuelve la peor imagen, siendo que tenemos con qué recibir una mucha mejor.

La muerte no borra nada porque quedan siempre las cicatrices. Se suponía que las nuestras eran cicatrices enormes pero cerradas bien, más o menos bien. No seamos capaces de volver a abrirlas para cerrarlas peor.

(Publicada el 18-12-2006)

## El negacionismo

# Genocidio armenio: la tragedia y la farsa

**Por Atilio A. Boron**

El Siglo del Horror, el veinte, con sus bombas atómicas, el napalm, los bombardeos masivos y sus daños colaterales, es también y antes que nada el siglo del genocidio. El primero fue perpetrado por el Imperio Otomano en contra de los armenios: un plan sistemático de terrorismo de Estado elaborado y ejecutado para exterminar a una minoría. O, como diríamos hoy, para efectuar una "limpieza étnica". Si bien las estimaciones varían se calcula que entre el 24 de abril de 1915, fecha en que unos 800 intelectuales y artistas armenios fueron pasados por las armas, y 1923, fueron ultimados cerca de un millón y medio de hombres, mujeres y niños. Hubo antes un ensayo, en Adaná, en 1909, cuando treinta mil armenios fueron aniquilados impunemente. La indiferencia universal convenció a los fanáticos de que sus planes no tropezarían con obstáculo alguno y, en 1915, estallada la Primera Guerra Mundial, lo pusieron en marcha. Como el Imperio Otomano se alió a Alemania y Austria, la derrota de éstas precipitó su catastrófico derrumbe, abriendo las puertas a la república. Pero sería la consolidación de la Revolución Rusa lo que pondría fin al martirio de los armenios.

Este primer genocidio no alcanzó a conmover la conciencia de los líderes del "mundo libre". Sólo después del Holocausto de los judíos la figura del genocidio quedaría incorporada al Derecho Penal Internacional, en 1948. Sin embargo, el armenio no goza de buena prensa y sigue soterrado bajo una espesa conspiración de silencio. La República de Turquía, como Estado sucesor del Imperio Otomano, ha hecho del "negacionismo" su divisa: el genocidio no existió. Armenia era la "quinta columna" de los rusos y los enfrentamientos bélicos, los desplazamientos y los infortunios propios de la guerra fueron los que produjeron las bajas. Si el genocidio fue una tragedia, el "negacionismo" es una farsa y una infamia casi tan dolorosa como las masacres que intenta encubrir.

La abierta complicidad del imperialismo explica el éxito de esta tentativa. Aliada estratégica de Estados Unidos y miembro de la OTAN, Turquía ocupa un lugar principalísimo en el dispositivo militar norteamericano. Desde su territorio se vigila eficazmente a Rusia, como antes a la URSS; se monitorea el Mediterráneo oriental y se controlan los altamente volátiles enclaves petroleros del Medio Oriente. Junto a Israel y Pakistán, Turquía es uno de los gendarmes privilegiados de Washington y la "ayuda militar" que le proporciona sólo es superada por la que se destina a Israel y Egipto. Según la Casa Blanca el régimen de Ankara es "un aliado fundamental en la guerra global contra el terrorismo, la reconstrucción de Irak y Afganistán, y el establecimiento de una democracia pro-Occidental en la región". El Informe del 2005 sobre Derechos Humanos del Departamento de Estado exalta las "elecciones libres y la democracia multipartidaria turca", pero debe reconocer que "pese a los progresos persisten todavía serios problemas en materia de derechos humanos: restricciones políticas; asesinatos ilegales (*sic*); torturas; detenciones arbitrarias; impunidad y corrupción; severas restricciones a la libertad de prensa, palabra reunión y asociación; violencia contra las mujeres y tráfico de personas". ¡Menos mal que hubo progresos en estas materias! Claro que tratándose de un aliado incondicional estas cuestiones no son importantes. En marzo de este año John Evans, a la sazón embajador estadounidense en Armenia, fue emplazado por la vitriólica señorita Condoleezza Rice a rectificar sus imprudentes declaraciones formuladas en la Universidad de California/Berkeley reconociendo que las matanzas de 1915 se encuadraban en la definición de genocidio de las Naciones Unidas. Evans violó un tabú y su franqueza le salió cara. Días después fue removido de su cargo, y con modales no precisamente diplomáticos.

El "negacionismo" turco no sólo encuentra un sólido apoyo en Estados Unidos. Cuando en el 2001 el Parlamento francés reconoció la existencia del genocidio el gobierno de Chirac se apresuró a "cajonear" lo resuelto por la Asamblea y a dejar sin efecto sus consecuencias. El reconocimiento del genocidio armenio es una penosa asignatura pendiente que requiere de urgente reparación. Los infatigables reclamos de la comunidad armenia a nivel internacional han impedido que el tema cayese completamente en el olvido. El tan anhelado ingreso de Turquía a la Unión Europea es una ocasión inmejorable para exigir el abandono de la política "negacionista" especialmente cuando se comprueba que la perversa afición de los círculos gobernantes de Ankara por la "limpieza étnica" persiste hasta nuestros días. Sólo que las víctimas ahora son los kurdos: tres mil aldeas fueron arrasadas en los ochenta y los noventa del siglo pasado, y dos millones de kurdos fueron desplazados de sus lugares de residencia, prohibiéndoseles hablar en su lengua, poner nombres kurdos a sus criaturas y vestirse con los colores que los distinguen. El genocidio kurdo, también practicado por Saddam Hussein con la anuencia de Washington, continúa con la complicidad y el beneplácito de los celosos custodios de la democracia y los derechos humanos a ambos lados del Atlántico norte: los Bush, Blair, Berlusconi, Aznar y otros de sus ralea, que hicieron de la duplicidad y la hipocresía su razón de estado, condonando masacres y asesinatos a mansalva en la medida en que favorecieran sus intereses. Reconforta saber que la lucha de la diáspora armenia no ha sido en vano, y que más pronto que tarde la verdad y la justicia habrán de prevalecer. Hay gente valerosa en Turquía que se ha fijado las mismas metas. La novelista Elif Shafak es una de las tantas que luchan contra las mentiras oficiales. "Si hubiéramos sido capaces de reconocer las atrocidades cometidas contra los armenios –declaró hace poco– habría sido mucho más difícil para el gobierno turco cometer nuevas atrocidades contra los kurdos." Dada la explosiva situación imperante en la región convendría tomar nota de su observación, y recordar que los genocidios del pasado siglo fueron posibles gracias a la complicidad del imperialismo y sus aliados.

(Publicada el 24-4-2006)



Historias de presos políticos

# Caseros, entre Adorno y Brecht

Por Eva Giberti

Poco a poco, van apareciendo las cárceles. Aquellas que el terrorismo de Estado organizó como prisiones destinadas a aniquilar a los detenidos.

*Caseros*, la película que produjo Julio Raffo, nos devolvió la voz y la cara de aquellos presos que visitábamos sin saber por cuánto tiempo permanecerían vivos. Los vimos en la pantalla, recorriendo los pasillos y volviendo a tocar aquellas paredes.

¿Qué significó Caseros como estilo de vida profesionalmente creado para destruir a quienes alojaba? Hubo arquitectos (tres) que la construyeron: sus nombres encabezan la presentación del film, hubo un ministro de Justicia que, merced a la habilidad de la cámara filmadora, muestra en detalle sus rasgos faciales y la lente estruja hasta el paroxismo los contenidos perversos del discurso inaugural. También hubo psicólogos y médicos al servicio de aquello, asociados a los guardiacárceles entrenados en torturar. Y un director de la cárcel.

Cárcel diseñada sin ventanas ni espacios abiertos, anulando toda perspectiva visual en profundidad. Se complementaba con la iluminación insuficiente que creaba un ambiente lóbrego y aplastante. La falta de profundidad en la perspectiva visual producía un déficit en la percepción sostenida por la continua visión del color gris de las paredes. Ese estilo de vida generaba el efecto de un encierro dentro de otro encierro, un instrumento de tortura sutil, envolvente y cotidiano.

La locomoción de los internos se efectuaba, exclusivamente, a lo largo de corredores, celdas y patios cubiertos que constituían el único entorno después de las horas encerrados en las celdas personales.

Se añadía la falta de contacto corporal con los familiares: hablábamos con ellos a través de un vidrio, sin poder tocarlos. Estaba prohibido recibir correspondencia y conversar con los compañeros.

Los sistemáticos castigos me-



diante golpes, palizas, humillaciones múltiples y la destrucción de sus mínimos bienes personales (cepillo de dientes, ropa) completaba el trato cotidiano.

Por pedido de Luis Zamora, que militaba en un organismo de derechos humanos, preparé un escrito para ser presentado ante la Justicia. Denunciaba el riesgo de de privación sensorial, cuadro que se produce por la permanente falta de estímulos sensoriales (visuales, auditivos, corporales) y desemboca en la imposibilidad de interpretar y utilizar la información que se recibe, y en la pérdida de respuestas eficaces en distintas instancias personales y sociales; se produce una invalidez psíquica y social con diversos niveles de gravedad.

¿No había atención médica? Sí, quedó a la vista su eficacia cuando se produjo el suicidio de Jorge Toledo, que fue denunciado como homicidio por sus compañeros. Los médicos habían aportado los psicofármacos iniciales, hasta que repentinamente interrumpieron el suministro. La conocida estrategia de "empastillar" a una persona para luego privarla abruptamente de la medicación.

¿Alcanzaba con el testimonio de sus compañeros? Seguramente sí, pero hubo otro testimonio que debe ser recordado: el ahora juez de Instrucción Nº 3 en lo Criminal, Luis Niño, era secretario del juzgado a cargo del Dr. Olivieri. Fue él quien secuestró el cuaderno médico donde constaban los suministros de medicación al paciente y la abrupta interrupción. También dialogó con los presos y armó una causa poniendo en evidencia el procedimiento de los médicos. Y solicitó prisión preventiva para ellos y para el director del penal por abandono de persona.

Conocimos un sistema de destrucción del sujeto, encerrados en una cárcel "limpia" debido a su reciente construcción, con "avances tecnológicos" (patios de recreo cubiertos pero a los cuales no se incorporaba a los presos que se mantenían prioritariamente encerrados en sus mínimas celdas), buscando el deterioro insidioso de los detenidos, tratando de convertirlos en inválidos sociales, mentalmente perturbados merced a la deprivación sensorial.

No lo consiguieron: alcanza con ver y escuchar a quienes testimonian en el film, que se sostuvieron recíprocamente, aun en el silencio que les era impuesto, mediante solidaridades inclaudicables que inventaban para comunicarse entre ellos.

¿Por qué entonces abrir memoria acerca de esta cárcel en vías de ser demolida? Porque aquellos médicos y aquellos psicólogos, así como los empleados del Servicio Penitenciario Federal, probablemente continúen en funciones de sus prácticas.

Nuestro presente está construido sobre aquellas historias y sobre la persistencia de los verdugos que no han sido castigados. La proyección de la película *Caseros* –así como la aparición de documentos de otras cárceles que **Página|12** inserta reiteradamente en sus ediciones– nos conecta con la mirada y la voz de quienes fueron testigos y víctimas del horror. Víctimas activas, que en prisión se retobaban y desafiaban la malevolencia humillante de las órdenes que los guardiacárceles les imponían. Así terminaban en los "chanchos", o sea, las celdas de castigo, sin ropa, sin colchón, sin comida, sin retrete y expuestos a sonidos que les impedían dormir.

Resistían como podían. Lo que generó una identificación del grupo, una forma particular de identidad que, al apropiarse de la historia, hizo historia. El conocimiento de lo sucedido en las cárceles no cambia lo ocurrido, pero sí puede modificar hechos en el futuro, tanto en cuanto a la aplicación de justicia para los responsables de los horrores carcelarios como en cuanto a la vida actual de otros presos.

Se trata del recuerdo del propio dolor para que, como memoria, sirva para que la Justicia intervenga en el dolor de otros.

Desde su *Dialéctica Negativa*, Adorno escribió: "La necesidad de dejar hablar al dolor es la condición de toda verdad", y luego, en su *Teoría Estética*, recordando Auschwitz, añadió: "El dolor llevado al concepto queda mudo y sin consecuencia: esto puede encontrarse en Alemania después de Hitler. Hay un principio hegeliano que Brecht escogió como divisa: la verdad es concreta; en una época de horrores incomprensibles, tal vez sólo el arte puede satisfacerlo".

La estética de Caseros, regulada por protagonistas testimoniales que describen, denuncian y se niegan a que la indignación de los recuerdos aniquile algunas anécdotas que ahora transforman en risueñas, introduce la divisa hegeliana que Brecht apuntó: tal vez sólo el arte –en esta oportunidad, el cine– en una época de horrores incomprensibles puede sostener que la verdad es concreta. Julio Raffo la convocó, en la voz y en la presencia de quienes formaron parte de una generación que aún tiene mucho por contar.

(Publicada el 19-5-2006)



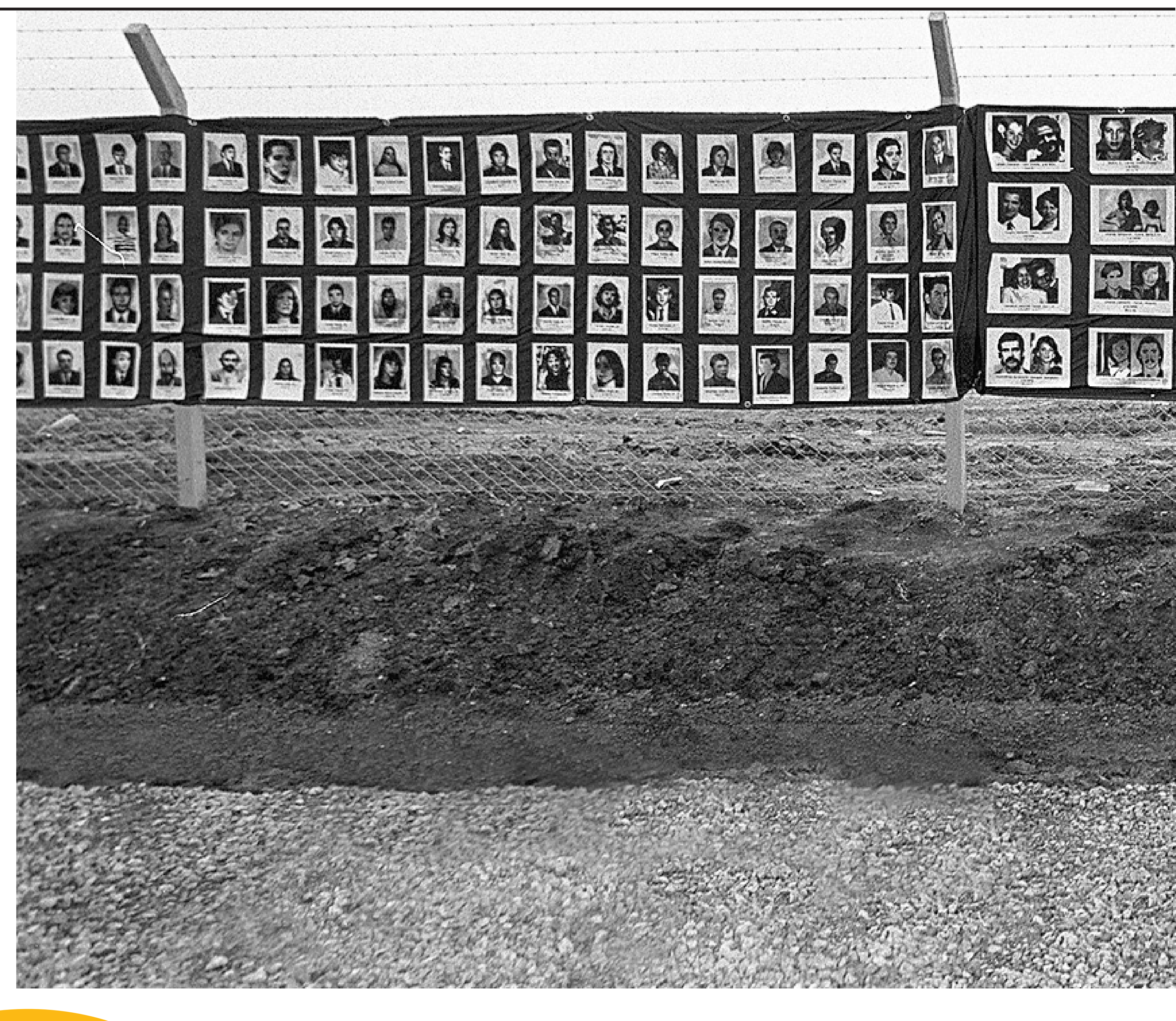

## 2007: La vida de una Madre de la Plaza

# La historia en el círculo

**Por Marta Dillon**

Hay marcas en el calendario que le dan al tiempo su curva, que lo arrebatan de la ilusión de ser una flecha que corta en dos las chances de estar en el mundo; algunas podrán arrastrarse en ese paso fugaz, otras habrán quedado como balbuceos que no alcanzan a convertirse en palabras. Son fechas que doblegan esa línea que se pretende recta, la doblan sobre sí misma como un animal que se busca la cola, como si en ese final de lo que empieza en la boca pudiera cerrarse el círculo y guardar en el medio una emoción que desgarra, pero a la vez enseña a caminar porque hay un latido intacto, repite las mismas preguntas e insiste aun cuando algunas de esas preguntas puedan ser contestadas. Marzo transcurre así. Antes y después del 24. Aun cuando la vida cotidiana se lleve tras de sí las ceremonias que en otro tiempo eran obligadas, aun cuando parezca que es posible desprenderse de ellas del mismo modo en que se corta el pelo que siempre se ha usado largo, de pronto un gesto, una figura, un sueño, un dolor a contrapelo de lo que se esperaba obliga a mirar el calendario y entender que marzo pasa así, antes y después del 24. Y entonces acuden esas figuras que actuaron como faros en estas últimas tres décadas y el homenaje se hace necesario aunque repetido porque ciertas repeticiones funcionan como mantras o como letanías, nombrándolas, mirándolas, se hace pie en tierra firme, se puede saber dónde dirigir los pasos que anduvieron en la semana esquivando el recordatorio por razones, las que sean, públicas o privadas, porque a veces también es bueno cortarse el pelo, por qué no. Y entonces voy al archivo de este diario y tipeo su nombre en la computadora: Nora Cortiñas. Madre de Plaza de Mayo, Línea Fundadora, aparece como el epígrafe necesario. Y entonces me doy cuenta de qué pocas entrevistas se le han hecho a esta mujer diminuta que aparece con su pañuelo blanco en la cabeza en un evento cultural, una marcha, una cátedra. Tal vez porque no es presidenta del colectivo que la incluye, porque ese colectivo se corrió de la organización vertical y entonces uno y otro nombre aparecen en representación del resto. ¿Por qué entonces anclar en su figura? Porque sí, podría ser la respuesta. Pero hay otras: porque esta mujer que se acerca a los ochenta ha mantenido –como otras, es cierto– su voz inclaudicable. Porque ella es la que además del pañuelo blanco ha sabido también coronar su cuello con el verde que reclama en los Encuentros de Mujeres que el aborto no sea un divisor de aguas para que unas mujeres mueran en la clandestinidad y otras recojan su dolor con asepsia en clínicas privadas. Porque esta señora que no cuestionaba el mandato de ser madre y esposa, que daba clases de costura a las vecinas de su barrio en zona Oeste supo una vez que necesitaba otras herramientas y a la edad en que otras se dedican como pueden a mirar la multiplicación de su descendencia ella se puso a estudiar hasta recibirse de psicóloga social para entender mejor por qué su vínculo de madre de pronto abarcaba tantos hijos que el número 30 mil no llega a nombrar ni a dimensionar. Porque esta mujer –como otras, como tantas– les puso el pecho a los reclamos del marido que entendía de la búsqueda del hijo desaparecido pero no de la creciente independencia de la que había sido "su" señora. Es arbitrario tal vez elegirla, pero los latidos del corazón a veces galopan a su ritmo y es difícil evitar el cambio de ritmo cuando se la ve entre la gente con la sonrisa ancha de quien sabe que sus pies pueden acomodarse en otra huella y a la vez hundir la propia para que la larga marcha no se detenga. "Perder un hijo es siempre una tragedia, pero hay que elaborarlo para no quedar prendida en ese laberinto y poder ayudar a quienes están en la misma situación. La soledad nunca es buena receta si se quiere saber la verdad. Siempre se consideró que el duelo debía hacerse de puertas para adentro. Antes, las mujeres se encerraban en su dolor y quedaban prisioneras de la angustia. Vivían la pérdida con resignación. Si no me equivoco, la escritora Nicole Loreaux es la que cuenta que siempre existió una relación estrecha entre el duelo y las mujeres. Ella dice que en la antigüedad el duelo tenía lamento femenino, pero la sociedad no la quería escuchar y el orden político no quería ser puesto a prueba por ese grito de dolor. Por eso todo era intramuros", anota Norita –así en diminutivo, como se la llama en la calle– en la historia de vida que de ella publica el portal de la Agenda de las Mujeres. Ella, como otras, derribó esos muros del duelo porque el duelo sobre el desaparecido es imposible y porque el dolor –y no el duelo– es un grito poderoso que sigue derribando indiferencias. Nora puso el grito en el cielo cuando otra voz anunció, haciéndose escuchar sobre otras, que las Marchas de la Resistencia habían terminado. No estuvo sola, fueron muchos y muchas quienes dijeron que seguirían ahí como un faro hasta que cada cuerpo tenga un nombre, hasta que cada historia fuera reconstruida, hasta que cada responsable fuera castigado. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que ese grito en el cielo se actualizó y no por obra del calendario sino por la increíble –y lamento decir esta palabra, pero creo que todavía nos resulta a la mayoría imposible de creer, de pasar por el cuerpo, de entender cabalmente la ausencia de ese cuerpo más allá del relato de sus causas políticas– desaparición de Jorge Julio López? ¿Cómo será este 24 de marzo que se despega de la repetición del rito y se actualiza como una bofetada recién recibida? Marchas y contramarchas recorrerán la Avenida de Mayo, eso es parte de un folclore que nunca se pudo maquillar del todo, pero el nombre de Julio López estará en cada esquina. Nora, como otras, como otros, sumará un hijo más aun siendo de su generación, otros lo vivirán como un padre, todos y todas sabremos una vez más que no es el tiempo lo que modifica la historia sino la tenacidad de quienes creen que el destino se modela con las propias manos. Y por eso el homenaje, arbitrario si se quiere, aunque cada corazón haga la pirueta a su ritmo, y por eso otra vez seguiremos la huella de un reclamo que dolorosamente camina en círculo: aparición con vida.

(Publicada el 23-3-2007)



Un lugar para los desaparecidos

# Parque de la memoria

**Por José Pablo Feinmann**

Es un parque. Un espacio que se recorta en el espacio y recupera en esa interioridad un sentido. Lo recupera porque ese sentido suele extraviarse, perderse en las zonas protectoras del olvido. Es un parque contra el olvido. Una sociedad vacila –siempre– entre la memoria y el olvido. Sobre todo si el terror la hirió y de esa herida quiere salir. Del terror que nos reclama desde el pasado se sale mal y se sale bien. Mal, cuando la sociedad elige olvidar, hundir en algún recoveco de la conciencia todo cuanto reniega, eso de lo que no quiere hacerse cargo. Lo que se olvida pasa a segundo o a tercer término. O no tiene término: cae en un socavón oscuro que, algunos suelen llamar inconsciente colectivo. El olvido es –sin embargo– persistente. Todo lo negado persiste en la conciencia, persevera. Lo negado engendra peste. Una patología devastadora que enferma a los pueblos. Hay una frase que se utiliza en estos casos y dice que los pueblos que olvidan su pasado están condenados a repetirlo. La frase exige a los pueblos recordar lo malo para no sufrirlo otra vez. Es una frase-advertencia. Pero los pueblos no creen en las advertencias. Las advertencias advierten sobre el futuro y los pueblos –que son las personas, cada uno de los desvalidos seres que habitan este cascote que llamamos "mundo"– quieren habitar el presente, dado que el pasado quieren olvidarlo y el futuro los asusta. Nada más cómodo que olvidar. Hagamos una prueba. Usted, que lee estas líneas, no sabe aún de qué tratan. Supongamos que ahora, sin aviso ni preparación previa, yo le arrojo una cita de un libro de Pilar Calveiro: "Muchos militantes murieron por efecto de la 'pastilla'. Sin embargo, ya en 1977, el personal de algunos campos sabía cómo neutralizar el efecto del cianuro y podía revivir a una persona 'empastillada'. Obviamente pasaba del médico al torturador; sacar a alguien del envenenamiento ya había insumido un tiempo importante, por lo que la tortura se 'debía' aplicar de inmediato e intensivamente para obtener información" (Pilar Calveiro, **Política y violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70**, Norma, Buenos Aires, 2006, p. 181). Algunos dirán: yo no quería saber esto. Otros: si leo este diario me lo tengo que bancar. Otros: yo no leo más, bastante tengo con mis problemas de hoy. Aun el mejor intencionado, el más abierto a los temas de los derechos humanos sentirá un horror incultable: ¿no bastaba con tomar "la pastilla" para salvarse del horror de la tortura? No. La búsque-



da de información (a la que, recuperando la instrumentalidad, la racionalidad del terror nazi, se llamó acción "de inteligencia") bloqueó esa salida al militante (armado o no, clandestino o de superficie) que buscara ese último refugio: morir. Hubo médicos que estudiaron cómo limpiar a los "empastillados". Porque para esa tarea se necesita a un médico. Un médico certero, eficaz. Que no estudió para eso pero que ahora pone ese saber al servicio de la búsqueda de información. "Tráiganlo, póngalo ahí, lo limpio y se los entrego." Acaso con cierto alivio habíamos pensado que para muchos la pastilla entregó la posibilidad de eludir el tormento. Tal vez usted, que lee este horror desatinado que me permito arrojarle, tenía un amigo y le dijeron que había tomado la pastilla. Ahora no sabe si el saber del terror planificado e instrumental lo limpió y lo entregó a los torturadores. Seguramente no tolera imaginar (porque es inimaginable) el padecimiento de un ser que despierta y descubre que no, que no murió, que su pastilla fue conjurada y que le espera todavía lo peor.

Así murieron muchos. Y tenemos la obligación de recordar ese horror. No porque si lo recordamos no volverá a repetirse sino porque recordarlo es aún nuestra posibilidad de habitar sanamente en este país y hasta en este mundo. Una moral es posible: la de no olvidar el horror y la de pensarlo sin claudicaciones. El Estado argentino llegó a los extremos de la abyección para pelear una "guerra" que consideró parte de otra: la de Occidente contra el comunismo, la "Guerra Fría". Esa guerra fue "fría" entre las potencias que encarnaban cada uno de los dos bloques. Pero fue caliente en los países del Tercer Mundo: en Vietnam y en América latina. Aquí, en el patio trasero del Imperio, había que aniquilar cualquier foco de resistencia. Otra Cuba, jamás. De este modo, "ni el socialismo democrático de Allende, ni un peronismo de raíz nacional-popular con influencia de sectores radicalizados, ni la alianza política de la izquierda uruguaya con fuerte presencia del comunismo, a pesar de sus diferencias ostensibles, resultaban 'tolerables' para un proyecto de apertura y penetración profunda de las economías, las sociedades y los sistemas políticos que no admitía freno ni contraparte" (**ibid.**, p. 189). Ese "peronismo de raíz nacional-popular con influencia de sectores radicalizados" (que se identificaban tanto como peronistas o como trotskistas) fue el masacrado en los campos de la dictadura. Su suerte ha sido tan turbia que –además de morir tan malamente– todavía es cuestionado por una izquierda "antipopulista" o "socialdemócrata" que jamás inquietó al Estado desaparecedor y que pudo permanecer casi intocada. Algunos demoran demasiado en entender la explosividad que esa mezcla de marxismo, populismo, nacionalismo hegeliano, "negrada peronista" y hasta ese líder, Perón, que siempre se le atragantó a los Estados Unidos (hiciera o no "buena letra") representaba para los sectores dominantes de la Argentina y para el Imperio transnacional, el que dio la orden para la matanza por medio de su más eficiente y vigoroso criminal de guerra, Henry Kissinger: "Mátenlos, pero que sea antes de Navidad".

Ahora camino por el Parque de la Memoria junto a Marcelo Brodsky, que empuja el proyecto desde la Asociación Civil Buena Memoria. Es la mañana de un sábado y el río perdió la línea del horizonte porque una niebla intempestiva lo sofoca. Raro, pensamos. Cuando salimos desde el centro de la ciudad hacia la costa del Río de la Plata el sol nos sorprendió y hasta nos dijimos que al fin aflojaba este invierno duro. Aquí, en la costa, no. Está húmedo y el río se ve gris y la niebla semeja –lo sé: es una metáfora previsible, pero no la puedo evitar porque así ocurrió, porque la realidad es, a veces, evidente, lineal pero siempre temible pues revela lo oculto por ausencia o por presencia excesiva– un sudario, una mortaja: ahí los tiraron, algunos ya estaban muertos; otros, demasiados, no. El Parque de la Memoria exhibe, para quienes entren en él, para quienes quieran recordar, el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado. Son unos muros largos con nombres, nombres, tantos nombres como infinito fue el terror. Uno no puede evitar estremecerse por las edades de las víctimas: veinte años, dieciséis, veinticinco, dieciocho, veintitrés, catorce. Hay, también, "veteranos", "hombres de edad": treinta y dos años, veintinueve, treinta y uno, treinta y tres. Los torturaron, los mataron y los tiraron a ese río en que el monumento desemboca con una coherencia escalofriante: cuando terminamos de leer los nombres (que están ordenados por años: los desaparecidos en el setenta y cinco, en el setenta y seis, en el setenta y siete y así hasta el ochenta y tres) estamos, nosotros, frente al río.

Alguien se acerca a Marcelo. No sé quién es. Juro que no lo conozco, pero pareciera pertenecer a los que han participado en el proyecto. O no: por lo que pregunta, digo. Porque su pregunta dice: "No sabía que iban a estar también los nombres de los muertos en combate". Marcelo no duda: "Por supuesto", dice. Marcelo tiene un hermano desaparecido. No "en combate", pero sí "desaparecido". Como todos. Porque todos están desaparecidos. Porque no hay desaparecidos buenos y desaparecidos malos. No hay desaparecidos "inocentes" y desaparecidos "culpables". El monumento no es para los que desaparecieron aunque "no tenían nada que ver". O sólo eran "inocentes perejiles". El Monumento es para las Víctimas del Terrorismo de Estado. Es, también (seamos rotundamente claros), para Roberto Santucho, que organizó el nefasto ataque a Monte Chingolo y le hizo más fácil todavía el golpe a Videla además de llevar a la muerte a demasiados militantes que creyeron en su delirante propuesta: organizar el ataque guerrillero más importante desde el asalto al Moncada. Ni yo ni Pilar Calveiro, por ejemplo, tenemos la menor simpatía por Santucho. Hemos tenido enormes y agrias diferencias con los que eligieron los fierros en lugar de la política. Con los que se apartaron para siempre de todo proyecto popular a partir del asesinato alevoso y no confesado de José Rucci. Escribí un largo ensayo contra la violencia y los violentos, los que se escindieron de las bases, los que se sustantivaron en una estrategia ciega y militarista que se extravió a sí misma reproduciendo en su interior el orden militar al que creían oponerse. Pero aquí, hoy, todos, ellos y los otros (insisto: todos) son mis compañeros y los de Marcelo. Porque ninguno merecía morir como murió. Ninguno merecía la muerte por desaparición. Ninguno merecía no ser entregado a sus familiares para que, al menos, pudieran velarlo y enterrarlo como se vela y se entierra a un hijo o a un hermano o a un amigo. No importa el número de muertos que provocó la guerrilla. La derecha de este país se empeña en subir esa cifra como si eso pudiera "empatar" la cuestión. Como si eso pudiera consagrar la teoría que postula la existencia de "dos demonios": la guerrilla y el poder militar. ¿Quién sabe cuántos murieron en enfrentamientos si los enfrentamientos se fraguaban? ¿Qué "guerra" es la que origina seiscientos u ochocientos muertos de un lado y treinta mil del otro? ("Dos mil de los cuales eran judíos", como me dicen los dirigentes de la AMIA, que también tendrá su monumento a las víctimas del atentado terrorista que sufrió a manos de un "autor intelectual" que ellos conocen bien y de cómplices de adentro que también conocen y son los mismos que ejercieron el terrorismo de Estado que fue, además, rabiosamente antisemita. Me lo dicen un día viernes mientras, invitado, almuerzo con ellos. "La mayoría de esos jóvenes judíos postulaban que el Estado de Israel es la cuña del imperialismo en Medio Oriente", les digo con deliberada aspereza. "No importa", me responden, "eran judíos".) Pero hay algo que diferencia de modo definitivo a los muertos del Estado terrorista y a los muertos de la militancia de la izquierda peronista, obreros, profesionales, universitarios, guerrilleros, perejiles y familiares, amigos o "tímidos". Los de un lado (el Estado y el Ejército que impuso el plan neoliberal de Martínez de Hoz o Walter Klein, los socios civiles, abundantes, del terror) pudieron tener a los suyos y velarlos y sepultarlos. Los otros, no. Las víctimas del Estado desaparecedor no están. Se esfumaron, como dijo claramente Videla. Para que nadie los olvide se hace este Parque de la Memoria. Es una herida en la ciudad, un gesto testimonial, valiente, que habrá que cuidar de la injuria de las hienas y visitar asiduamente para estar ahí, cerca de ellos, inocentes todos, porque el que muere sin justicia, sin defensa, sin ley, con su cuerpo escamoteado al amor postrero de los suyos, es inocente, estemos o no de acuerdo con lo que hizo cuando vivía, aunque discutamos hasta el final de nuestras vidas qué estuvo bien, qué estuvo mal. Porque muchos errores sin duda se cometieron para que todo terminara tan mal. Pero esa generación creyó que podía cambiar el mundo, hacerlo mejor, tener ideales y jugarse por ellos. Pocos, hoy, creen en esas enmohecidas vehemencias del pasado.

(Publicada el 9-9-2007)



## En el Día de la Madre, las Abuelas, con los nietos recuperados

# "El triunfo de la vida sobre la muerte"

**Por Victoria Ginzberg**

Parecía una fiesta de quince. Sillas forradas con tela negra y rosa, una larga mesa principal y un escenario preparado. Hasta hubo un baile de tango improvisado, fotos que harán historia y los discursos y bromas de rigor. Se trataba, en realidad, de una celebración por los 30 años de Abuelas de Plaza de Mayo. El domingo al mediodía, mientras el país festejaba el Día de la Madre, estás mujeres también recibieron su regalo: compartir un almuerzo con los nietos recuperados.

"Les queremos agradecer por el ejemplo y el amor que nos dieron en estos treinta años", dijo el nieto Manuel Gonçalves a la hora del brindis. Luego, convocó a los jóvenes restituidos y a las Abuelas a sacarse una foto, todos juntos. Las señoras, sentadas en una larga mesa que presidía el salón del sindicato de peones de taxis, se levantaron. Algunas se arreglaron el pelo o se retocaron el maquillaje. Los chicos, que estaban terminando el helado, fueron arengados desde el micrófono. "Que venga el futuro papá", llamaron a Juan Cabandié. "Uruguay", "Chile", se escuchó en referencia a quienes habían viajado desde esos países especialmente para el evento, como Macarena Gelman, Victoria Julien Grisonas o Esteban Badell Acosta. "Belén, subí, no hagas quedar mal a Córdoba", llamó Victoria Donda a Belén Altamiranda Taranto, la última nieta recuperada. Cuando la imagen estuvo registrada, fue esta morocha de ojos azules, que se enteró de su historia hace cuatro meses, quien les habló a las Abuelas. "Es increíble lo que hicieron. Vamos por más y las vamos a ayudar. Vamos a continuar lo que ustedes hacen hasta que estén los 400 que faltan", dijo.

Alba Lanzillotto, secretaria de Abuelas, tenía un nudo en la garganta, producto de los que no estaban para comer juntos ese día. "Si uno lo piensa profundamente no hay nada que festejar, pero es hermoso poder estar todos juntos, verlos tan bien y verlos con nosotros", señaló. Enseguida, Estela de Carlotto, presidenta de Abuelas, tomó la posta y les habló a los jóvenes: "Este es el día del sueño cumplido. Desde hacía mucho tiempo la ilusión era verlos, juntarlos, disfrutarlos, ver cómo ha continuado la familia, nos han hecho bisabuelas. Es el día del triunfo de la vida sobre la muerte. Por eso es un día de alegría y un día para seguir abriendo caminos, seguir buscando".

Las Abuelas fueron aplaudidas de pie en esta celebración casi íntima que compartieron con los colaboradores de la institución y las familias que buscan a niños desaparecidos, una posta que desde hace un tiempo han tomado los hermanos de esos chicos que hoy rondan los treinta años.

Ana María Caracoche miraba sorprendida cómo habían crecido las primeras niñas –hoy mujeres– restituidas, a quienes no veía desde hacía tiempo. Ella fue secuestrada durante la dictadura y estuvo en los centros clandestinos La Cacha y Pozo de Banfield. Mientras estuvo desaparecida, se perdió el rastro de sus hijos Felipe y Eugenia y cuando fue liberada los buscó junto a su esposo, Oscar Gatica, y las Abuelas de Plaza de Mayo. Felipe estaba con una familia que lo había anotado como propio pero que no opuso reparos en que el niño recuperara su identidad. Eugenia había sido apropiada por un comisario y fue restituida en 1985. El domingo, Ana María almorzó con las Abuelas y toda su familia: Oscar, sus cuatro hijos (Emilia y Felipe y dos nacidos en democracia) y sus cinco nietos. "Desde Brasil seguimos militando por los derechos humanos", contó la mujer a **Página|12**.

Entre niños con la edad de los nietos cuando desaparecieron, pero que son los hijos de los hijos de los desaparecidos. Carlotto recordó a "los que dieron la vida muy jóvenes" y agradeció "a los que vinieron de cerca y de lejos" para que las Abuelas pudieran verlos "productos de su libertad". Berta Schubaroff también quiso hablar. Hizo sonrojar a su nieta Macarena, recuperada en 2000, contando cuánto la quiere y dijo que el almuerzo le daba "ganas de vivir".

Manuel Gonçalves estaba en una de las mesas que había reunido nietos "de cerca" y de "lejos": "Comentamos que apenas nos enteramos de que venían los chicos de afuera nos pusimos contentos. A pesar de que algunos no nos conocíamos o nos habíamos visto muy poco, hay una afinidad que no tiene que ver con vernos todos los días, sino con la historia que nos une".

(Publicada el 23-10-2007)

## 2008: Patti en Escobar

# Una flor

**Por Sandra Russo**

Se trata de una mujer común, ni linda ni fea, una mujer entre tantas. Peronista, debe ser de familia peronista. Militaba en los '90 cerca de Ernesto Landau, un caudillo bonaerense que en ese preciso momento era el apoderado del PJ. El de los '90 era un PJ vergonzoso. Hubo una alianza en Escobar, con Patti, que asumía su primera intendencia. Esa mujer, Claudia Achu, fue designada encargada del cementerio de Escobar, sin tener ninguna experiencia en gestiones de ese tipo. Y aquí empieza a fisurarse el hueso de la historia.

En el reportaje que le hizo en este diario Adriana Meyer, Achu relata su historia con una pasmosa naturalidad. Y en el verosímil de esa historia, es importante que Achu, en aquel momento, haya sido una mujer casada, con dos hijos, auxiliar de enfermería de profesión, quizá de vocación. Se tiró a Medicina, pero llegó a segundo año. Pero fue asistente social y trabajó en los barrios y en los hospitales. Quién le hubiese dicho que iba a terminar encargándose de los muertos.

Esta historia, cuyo hueso quedó expuesto en el juicio a Luis Patti, también habla de las vocaciones profundas, las que vienen sopladas por alguna interior. Las vocaciones que se realizan más allá de cualquier circunstancia. En ese sentido, la historia de Claudia Achu es asombrosa.

Achu necesitaba remover tumbas y no podía. Y necesitaba habilitar más tierra en el cementerio y no podía. Como el cementerio de Escobar era una de las cajas del intendente, esta señora Achu, con una rara mezcla de inocencia pejotista y obstinación femenina, fue a verlo a Patti. Achu sabía quién era Patti. Se presume en el relato que en aquella entrevista puso por delante su deber de recaudar para el intendente por encima de la sospecha de que ese mismo intendente era el que había sembrado el cementerio local de muertos sin identificación.

La orden fue no tocar, no hablar, no remover, olvidar. Aquí la figura de Achu comienza a recortarse de las que la rodean. Aquí empieza a latir en la historia la pulsión de la verdad, que encuentra en su camino a Achu. Ella en ese preciso momento destinaba un sector recién removido del cementerio a una empresa de sepelios. Pero cuando se iba a hacer la inhumación, el encargado corrió a avisarle que abajo del cuerpo reducido esa mañana había otro, sin cajón, con zapatillas.

Pese a que la orden ya había venido y que el intendente era Patti y que Achu no tenía ni apoyos políticos ni otro trabajo, la mujer prohibió tirar ese cuerpo NN al osario. Al día siguiente la echaron. Y pese a todo lo que ya se dijo, pero que conviene tener presente todo el tiempo, como Achu lo debe haber tenido, la mujer decidió no irse a su casa sin antes hacer una denuncia en un juzgado de Campana.

Descubrieron más de cien cuerpos sin identificar. Entre ellos el de Gonçalvez, cuya causa fue clave para la detención de Patti. La denuncia y la declaración de Achu también. La denuncia, radicada en 1996, ya había pasado al olvido después de la Ley de Punto Final. Achu no sólo se había quedado sin trabajo. Se divorció y se tuvo que ir de Maschwitz con sus dos hijos, para los que tuvo que pedir protección.

En el reportaje del lunes, Achu dijo en un momento: "Yo no lo enfrenté desde la ideología, sino porque era lo que tenía que hacer". Me permito, por la presente, pasarle resaltador a esa frase. Pese a su inserción partidaria, pese a las intimidaciones que siguieron, pese a que esos NN se pusieron accidentalmente en su camino, la historia de Achu es la de alguien que, como ha habido siempre, como es de esperar que siempre habrá, sencillamente se planta ante lo que considera inaceptable. Alguien que de pronto sabe algo y se ve compelido a actuar en consecuencia. Las personas como Claudia Achu son las que nos devuelven, cada tanto, el mejor rastro de la condición humana.

A ella la invitaron los hermanos Gonçalvez cuando enterraron a su padre ya identificado, y ellos ya estaban juntos gracias a esa identificación. Achu no fue. Sí los había conocido, dice que cuando se vieron se abrazaron como si se conocieran de toda la vida. Pero Achu no fue al entierro porque, dice, "no quise que esto se politizara". Ella quería simplemente "que esa gente tenga una flor en su tumba".

Achu es un ejemplo de los escasos. El de los que hacen lo que tienen que hacer.

(Publicada el 16-4-2008)



## Un homenaje a Haroldo Conti

# Algo había hecho

**Por Juan Sasturain**

Ayer, sobre el cierre de la Feria del Libro, se presentó *Haroldo Conti, alias Mascaró, alias la vida*, un hermoso volumen de más de trescientas páginas que reúne segmentos narrativos y artículos periodísticos de, testimonios sobre, entrevistas y comentarios críticos a y algunas "cartas significativas" del autor de *Sudeste*, *Alrededor de la jaula*, *La balada del álamo carolina* y *En vida*, entre otras maravillas. Compilados por el inmejorable Eduardo Romano –tan riguroso en la lectura como afectivamente cercano al universo narrativo y personal de Conti–, los textos dan cuenta exacta de la riqueza del mundo del autor y de la multiplicidad de los posibles acercamientos. El volumen inaugura, además, la Colección Presencias, una propuesta conjunta de Editorial Colihue con las Ediciones del Centro Cultural de la Memoria, una institución que funciona precisamente en lo que alguna vez fue la tenebrosa ESMA y que hoy se llama, digna y justamente, Haroldo Conti. Nada menos, casi demasiado.

Precisamente eso. Cuando volvemos sobre estos temas y sobre ciertos autores que han quedado como víctimas emblemáticas del terrorismo de Estado hace algo más de treinta años –Urondo, Walsh, Oesterheld y Conti, principalmente– es inevitable, casi inconsciente, la sensación de algo ya transitado con reiteración, dicho, recordado y –de algún modo– archivado en el apartado mental "La Dictadura". Es alevosamente así. Los recordatorios y los aniversarios tienen, entre otras, la equívoca y probablemente inevitable característica de ir acumulándose como capas sucesivas que en lugar de iluminar con crudeza los hechos originarios, los mediatizan, los van convirtiendo en referencias mecánicas que se suponen consabidas: "Ah, sí... Haroldo Conti, un escritor desaparecido". Y en realidad la exclamación que debería despertarnos es otra: "Ah, no... ¿Haroldo Conti, desaparecido?" La pregunta que vuelve y vuelve es doble: cómo fue que llegamos a la situación en que semejantes cosas pudieran pasar y pasaron, y cómo es posible que al recordarlas no se nos mueva, no se nos siga moviendo el piso del buen sentido y la buena conciencia.

Este libro que lleva prólogo de Eduardo Jozami, responsable del Centro Cultural de la Memoria, contribuye seria y nada solemnemente a mantenernos inquietos y despiertos, con el piso bien movido. Lo primero que queda claro es que Haroldo Conti, confirmando sin paradojas el adagio, "algo había hecho". Por un lado, para hacerse lugar en la memoria amorosa y agradecida de los lectores de entonces y de hoy: ser uno de los mejores narradores de su generación; por otro, para que la dictadura lo considerara su enemigo: entregar su vida a la militancia revolucionaria.

Esas dos verdades aparecen transparentes, elocuentes como nunca, en un texto de algún modo increíble que este libro rescata: el informe anónimo que el "asesor literario" de la Secretaría de Informaciones del Estado (la tenebrosa SIDE), elaboró en 1975, aconsejando la prohibición –que se haría efectiva– de la novela *Mascaró, el cazador americano*. La tensión alevosa entre la seducción que opera sobre el funcionario-lector el maravilloso texto literario y los criminales imperativos de las razones de Estado es uno de los momentos más escalofriantes de este libro ejemplar.

Haroldo Conti no sólo lo ha escrito en parte, también lo habría leído.

(Publicada el 12-5-2008)

Un cura ante la Justicia

# Von Wernich y la "oportunidad" de la Iglesia

Por Washington Uranga

Hoy, 9 de octubre, se cumple un año desde que el Tribunal de La Plata decidió de manera unánime condenar al sacerdote católico Christian von Wernich por delitos de lesa humanidad. Fue luego de un juicio prolongado, ajustado a derecho y con todas las garantías para el acusado, más allá de las afirmaciones que, en sentido contrario, hacen sus incondicionales. Frente al repudio de gran parte de la sociedad, la institución eclesiástica católica a través de la Conferencia Episcopal dio a conocer un más que tibio comunicado insistiendo en su línea argumental en la materia: dijeron que el cura actuó "bajo su responsabilidad personal". Traducido: no hay responsabilidad institucional. El superior inmediato de Von Wernich es el obispo de Nueve de Julio, Martín de Elizalde. El pidió "perdón" en nombre de la Iglesia por los delitos de Von Wernich, pero pateó la pelota para adelante respecto de las sanciones al cura violador de los derechos humanos. "Oportunamente se habrá de resolver, conforme a las disposiciones del Derecho Canónico (la ley eclesiástica), acerca de la situación de Christian von Wernich", afirmó entonces el obispo.

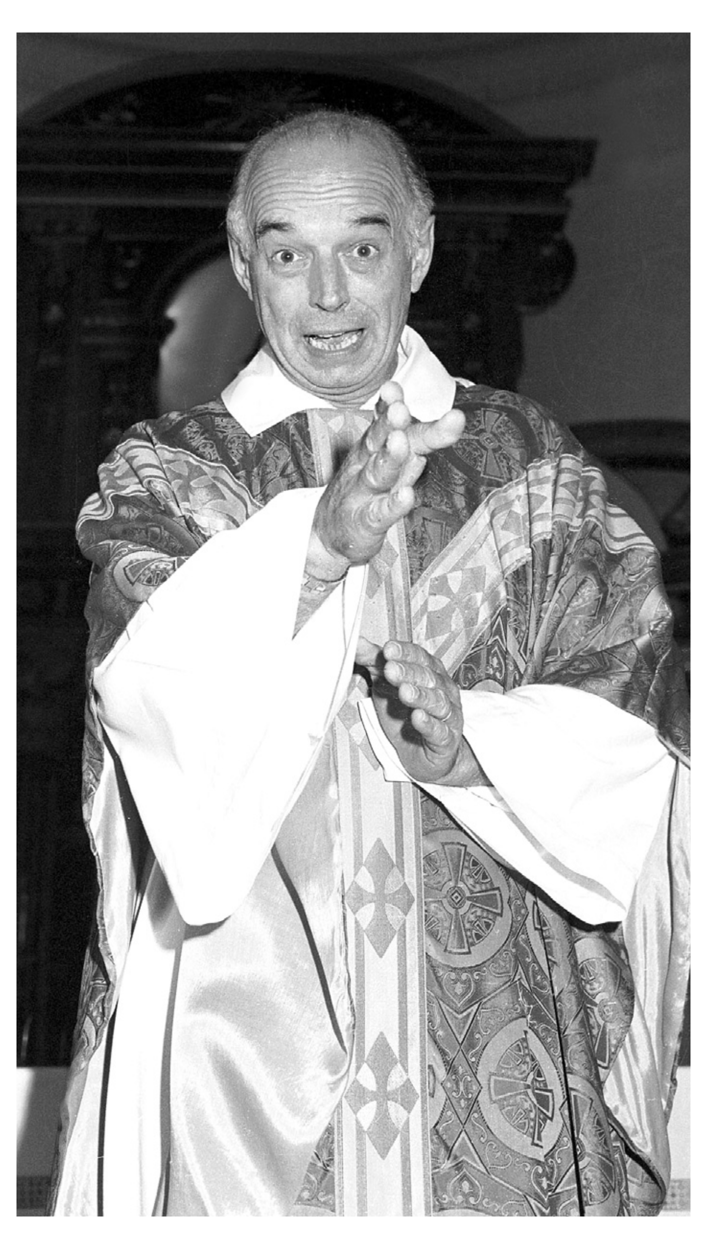
Hace ya un año de tales afirmaciones y no se conoce que el proceso eclesiástico contra Christian von Wernich haya avanzado. No se conoce sanción canónica (ajustada al derecho eclesiástico) contra el cura. Eso hace pensar o que todo ha quedado congelado y la "oportunidad" de la sanción no llegará nunca o bien que cualquier medida en este sentido ha quedado en secreto. Esto último es improbable porque, de acuerdo con las informaciones que trascienden desde el lugar donde se encuentra recluido el cura condenado por delitos de lesa humanidad, el sacerdote sigue ejerciendo sus funciones religiosas y ni siquiera se le han retirado las licencias (autorizaciones) eclesiásticas para actuar como ministro de la Iglesia Católica.

Está claro que para las autoridades eclesiásticas de Von Wernich las pruebas de la Justicia civil no son suficientes, por más categóricas que éstas hayan resultado para los jueces. Quizás hasta pueda decirse que, aunque nunca lo haya manifestado públicamente de esa manera, para su obispo el cura es inocente, lo cual lo convertiría en presunta "víctima" de alguna "conspiración contra la Iglesia". Si no fuera así es difícil explicar por qué la Iglesia "experta en humanidad", como lo sostiene la doctrina social católica, sigue sosteniendo a alguien que con sus prácticas ha demostrado exactamente lo contrario. "Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón (el de la Iglesia)", se dice en el documento conciliar Gaudium et Spes (Nº 1).

Un año después de su condena, el cura torturador está preso y en su lugar de reclusión sigue gozando de todas las atribuciones y consideraciones de su condición sacerdotal. Para el obispo de Nueve de Julio y para la jerarquía de la Iglesia Católica todavía no ha llegado la oportunidad para aplicarle las sanciones eclesiásticas que podrían corresponderle a Von Wernich por los cargos de violación de los derechos humanos que se le probaron en la Justicia civil.

Los obispos de la Conferencia Episcopal Argentina pueden decir, en términos estrictos, que sólo al superior de Von Wernich, en este caso el obispo de Nueve de Julio, le corresponde adoptar las eventuales sanciones. Pero más allá de las cuestiones formales existe también una responsabilidad ética y moral que les cabe a todas las autoridades eclesiásticas, que deben responder ante toda la sociedad y ante su propia feligresía. La pregunta entonces es: ¿hasta cuándo la institución eclesiástica seguirá actuando de una manera que sólo puede entenderse como complicidad con uno de los suyos que es claramente un violador de los derechos humanos? El problema ya no es ni siquiera Von Wernich, sino una vez más la Iglesia misma y la credibilidad de sus autoridades frente a la sociedad.

(Publicada el 9-10-2008)



2009: Bush, torturas y secuestros

# Crímenes de guerra

**Por Santiago O'Donnell**

El mundo se puso un poco más peligroso para los criminales de guerra del primer mundo. Las torturas y los secuestros del gobierno de George W. Bush y los bombardeos de civiles palestinos por parte del ejército israelí seguramente no recibirán el castigo que se merecen, pero al menos sus principales responsables tendrán que pensarlo dos veces antes de salir de sus países.

Según *Newsweek*, el mes pasado una Corte Federal de Nueva York aceptó un caso contra un ministro de Justicia de Bush, John Ashcroft, presentado por un ciudadano canadiense que fue llevado por la CIA a Siria, donde fue torturado. También el mes pasado la Corte Suprema estadounidense aceptó una causa por abusos de prisioneros de Guantánamo contra el ex secretario de Defensa Donald Rumsfeld. Esa denuncia se apoya en un duro documento firmado por una comisión bipartidista del Senado, que señala a Rumsfeld como "la causa directa" de las vejaciones en la cárcel que el jueves ordenó cerrar Obama.

El gobierno de Bush insiste en negar haber torturado prisioneros y responsabiliza por los eventuales "excesos" cometidos a los perejiles pescados infraganti. Pero es el mismo gobierno que ordenó a sus interrogadores reinterpretar los límites que la Convención de Ginebra impone al trato de prisioneros, orden que Obama revirtió en su segundo día como presidente. Al anular esa orden, Obama proclamó "Estados Unidos ya no torturará", con lo que admitió implícitamente que lo hacía.

El caso israelí también va sumando adeptos. La semana pasada la oficina de derechos humanos de Naciones Unidas abrió una investigación sobre la posible comisión de crímenes de guerra en el ataque contra un centro de refugiados y depósito de alimentos durante la invasión de la Franja de Gaza. Por su parte, el Premio Nobel de la Paz Desmond Tutu llamó a crear un tribunal internacional para juzgar crímenes de guerra en Medio Oriente, similar a los que juzgan violaciones a los derechos humanos en Ruanda o la ex Yugoslavia. Médicos de la franja denuncian haber tratado quemaduras de fósforo blanco, un material bélico de uso prohibido. Esta semana la canciller israelí estuvo a punto de cancelar un viaje a Bruselas porque un diario israelí informó, erróneamente, que sería arrestada ni bien pisara suelo belga, donde todavía rige una orden de captura contra el ex premier Ariel Sharon por presuntos crímenes de guerra contra la población palestina.

El gobierno israelí responsabiliza a Hamas por las muertes de los civiles y asegura que militares de ese movimiento se escondían en refugios y ambulancias y disparaban desde allí, denuncias que han acompañado con videos que mostrarían algunos casos en que ello sucedió. También aseguran que Hamas exageró por mucho la cantidad de muertos civiles durante la invasión. Pero el accionar de las fuerzas israelíes fue denunciado por todas las organizaciones humanitarias que trabajan en la franja y las fotos de los niños muertos en bombardeos dieron la vuelta al mundo. Y es difícil negar que ante la censurable actitud de Hamas de lanzar cohetes que alteran la vida de ciudadanos israelíes en la frontera con la franja, y ocasionalmente lastiman, y muy de vez en cuando matan a esos ciudadanos, el gobierno israelí respondió con una masacre de civiles y la destrucción total de la infraestructura urbana del territorio palestino, que ya venía sufriendo una crisis humanitaria causada por un férreo bloqueo impuesto por Israel.

Hasta ahora los grandes criminales de guerra del primer mundo tuvieron vía libre, porque en sus países las acusaciones, cuando las hubo, siempre recayeron en agentes de bajo nivel. Por ejemplo, algunos soldados y contratistas privados fueron condenados en cortes estadounidenses por crímenes contra civiles en Irak. Pero nunca fue juzgado ni siquiera un agente raso de la CIA, o algún militar con responsabilidad de mando por encima de una patrulla o pelotón.

Según el principio de justicia universal, un criminal de guerra puede ser juzgado en otro país si su país de origen no muestra voluntad de someterlo a un juicio imparcial. Bajo ese principio, un juez español, Baltasar Garzón, pidió y obtuvo la captura de Pinochet en Gran Bretaña. En el pasado hubo intentos de someter a funcionarios norteamericanos a la justicia de terceros países. El más conocido es el caso de Kissinger, por su apoyo al Plan Cóndor, de las dictaduras del cono sur. Pero tanto en ése como en otros similares, el gobierno estadounidense presionó a los países que habían abierto causas para que abandonen sus intenciones.

Lo mismo pasaba en las cortes estadounidenses, donde en varios casos el gobierno solicitó y obtuvo la anulación de causas al invocar cuestiones de seguridad nacional. Por ejemplo, en el caso de la complicidad de empresarios estadounidenses con los paramilitares responsables de matanzas en Colombia. Pero el avance de la justicia universal de a poco va cambiando el escenario.

"Por un lado está la responsabilidad del Estado en asumir la comisión de crímenes de guerra y reparar a los damnificados. Para que eso suceda, el gobierno de Obama o el futuro gobierno israelí deben reconocer que el Estado cometió crímenes y es difícil que eso suceda. Por otro lado está la responsabilidad individual, que en el caso de la justicia universal corre por el lado de la Corte Penal Internacional (CPI) de La Haya", explica Andrea Vlahusic, profesora de derecho internacional de la UBA, ante una consulta del cronista.

El tema con la CPI es así: La Haya nunca juzgó un crimen de Estado de un país del primer mundo. Por ejemplo, el tribunal para la ex Yugoslavia no investigó el uso de bombas racimo por parte de la OTAN. Además, ni Estados Unidos, ni Israel, ni Irak, ni Afganistán son firmantes del Tratado de Roma y por lo tanto no aceptan la competencia del tribunal.

"Pero el Estado puede aceptar que un individuo sea juzgado en la CPI por un caso particular, por más que no sea firmante del tratado de Roma", aclara Vlahusic. Si ese país se niega a entregar al acusado, la CPI puede recurrir al consejo de Seguridad.

"Para que un caso llegue a la CPI, la víctima debe ser de un país que firmó el Tratado de Roma o el crimen tuvo que ocurrir en un país firmante. Si no se dan esas condiciones, el caso sólo se puede abrir por resolución del consejo de Seguridad de la ONU. Es lo que ocurrió en Sudán, que no es parte del estatuto. El caso de Israel es similar", explica la profesora. O sea, basta que alguien presente la denuncia y que los aliados de Israel en el consejo se abstengan, para que los presuntos crímenes sean investigados.

"El criterio de la justicia universal se aplica. Si Garzón quisiera aplicar el mismo criterio con Bush que usó con Pinochet, podría hacerlo. Las condiciones jurídicas están dadas. La cosa es la voluntad política", asegura la experta.

¿Y cuál es la voluntad política de Obama? Si algo dejó en claro en estos días es que no piensa encubrir ni disimular los chanchullos de su antecesor. De ahí a permitir que lo metan preso hay una gran distancia, y no es realista imaginar que eso sucederá. Pero sí es dable pensar que suspenderá los "briefs" del Departamento de Justicia pidiendo a jueces norteamericanos el cierre de causas por el bien de la seguridad nacional. También es probable que no proteja a funcionarios de Bush acusados en terceros países, si es que de veras quiere reconciliar a Estados Unidos con el mundo, tal como profesa.

"Estas cosas avanzan de a poco, pero avanzan. No me sorprendería que caiga preso algún funcionario medio, me encantaría que fuera Bush, pero no lo veo como algo realista", redondea la profesora.

De no mediar sorpresas, lo más probable es que en el corto plazo el castigo se limite a que Rumsfeld, Cheney, Ashcroft, Gonzales, Livni, Olmert y compañía tengan que elegir con mucho cuidado su próximo lugar de vacaciones. Pero así empezaron las complicaciones para los dictadores latinoamericanos, y algunos terminaron en el calabozo. Ahora la justicia universal llegó hasta la puerta del poder real y Obama tiene la llave. Si no la usa como prometió, tarde o temprano alguien va a derribar esa puerta a las patadas.

(Publicada el 25-1-2009)

Como todos los años, el 24 de marzo

# De la Plaza al Congreso

Por Mario Wainfeld

Claro que las Madres y las Abuelas estaban ahí, dueñas por derecho propio de la escena. Cada vez más pequeñas en su físico, con las sandalias tan habituadas a fatigar las calles sin violencia ni agresiones, ganándose un aplauso pleno, sostenido, emocionado.

Los de 60, 50 años, los argentinos que la pasaron mal años ha, discurrieron otra vez sobre el espacio público de una ciudad calma, en la que refrescó un poquito, como para aliviar la tenida.

El documento leído desde el palco remoza los reclamos que llevan décadas. Podría hacerse una semblanza de la más noble militancia de la historia argentina repasando cómo fueron variando esas consignas. La "aparición con vida" de las Madres pioneras y corajudas, el "castigo a los culpables", los repudios a la obediencia debida, el punto final y los indultos, la exigencia de nulidades se sucedieron en el tiempo. Ahora se agregan los pedidos por Jorge Julio López y las críticas por las demoras de los juicios a los genocidas.

Es un tramo de más de un cuarto de siglo de funcionamiento institucional: las defecciones de los gobiernos populares, sus destellos de compromiso, los grandes momentos de los procesos a las Juntas y los producidos desde hace pocos años, la tenacidad de un sector creciente de la sociedad civil, con su vanguardia imbatible, los organismos de derechos humanos.




■■■

La Plaza de Mayo está colmada, desde el palco hacia Bolívar. Se está terminando de leer el documento, el cronista descorre la Avenida de Mayo, ya pasadas las cinco de la tarde. Las columnas siguen viniéndose en sinfín, abigarradas hasta la avenida 9 de Julio, un poco más separadas hasta Rodríguez Peña. Hay algunas por Diagonal Norte, no tantas. Amén de la Plaza, hay más de once cuadras de multitud, alrededor de 40.000 metros cuadrados ocupados por manifestantes.

Eche usted su cuenta de la asistencia, lector, desconfíe de los canales de noticias y los on line de los grandes medios, que ayer mezquinaron cobertura. Días atrás transmitieron en cadena la raleada movida contra la inseguridad y los discursos proselitistas de un rabino en campaña y un sacerdote católico que rezumaba odio.

■■■

Volvamos a la calle, es más grato. Un repaso a ojo registra columnas variopintas, que suman al planteo colectivo signos identitarios. La agenda de las dictaduras es plana, no sólo se reprime la disidencia po-

>>>




1990: Justicia por mano propia

# "¡Pará, loco! ¿Qué te pasa?"

**Por Eugenio Raúl Zaffaroni**

Según la información periodística, un hombre con antecedentes de salud que indicarían una precaria capacidad de control emocional estalló en forma bastante patológica frente a una tentativa de robo, persiguió espectacularmente a los ladrones y les dio muerte con balazos dirigidos directamente a la cabeza. Se trata de un hecho indudablemente muy penoso, tanto por los muertos como por el propio victimario: un hombre descontrolado hasta ese extremo, al menos a mí, me inspira un profundo sentimiento de pena, más allá del trágico resultado. Me inspira mucha pena pensar en tres hombres jóvenes, dos muertos y otro con su futuro y su salud casi definitivamente comprometidos.

Pero las aberraciones humanas superan a la imaginación: hay quienes no parecen sentir pena por nada ni por nadie, cuya débil conciencia quedó enterrada por su fuerte "rating" (que les da dinero, claro) y que quieren convertir a ese pobre explosivo descontrolado y cardíaco en un "justiciero" y nos dicen que todos tendríamos que ser como él, es decir que, si tengo un arma y alcanzo al ladrón que me quiere robar, en lugar de disparar para amedrentarlo o simplemente amenazarlo con el arma, o sea, para detenerlo, entregarlo a la policía y recuperar mi propiedad, según estos sujetos lo correcto es que le perfore el cráneo. Al principio me pareció que había entendido mal, pero no, era así: el mensaje es que lo correcto no es recuperar lo que me robaba y entregarlo a la policía, sino que lo correcto sería, en nombre de una justicia absoluta de la que me hacen depositario los sujetos con micrófono y cámara, fusilarlo por mi cuenta.

Esto, en mi país y en cualquier otro, se llama instigación pública al delito o apología del delito o, más claramente dicho, *convocarnos a los argentinos para que nos matemos.* Y esto es así sin vuelta, porque no valen las confusiones que intentan: no es lo mismo que me defienda y le dispare al que me asalta con un arma en la mano, ni al grupo que me rodea y quiere violar a mi novia, y ni siquiera al grupito de forzudos tatuados que me "solicitan" dinero en un lóbrego y solitario subterráneo de Nueva York. Estas situaciones no tienen nada que ver con la pretensión de que corra al que me está robando y en lugar de detenerlo, porque se me da la gana, lo mate.

Me parece muy claro que este mensaje quiere convertirme en un homicida, y no sólo a mí, sino también a mis parientes, a mis vecinos, a mis amigos, a todos. En definitiva, debo confesar que creo entender qué pasaba por las mentes de las víctimas y también por la del victimario, por equivocados que estuviesen los tres, pero lo que no llego a imaginar es qué tienen en la cabeza estos profetas del odio que ahora quieren convertirme a mí en un explosivo descontrolado y darme una medalla por cada semejante que mate.

Afortunadamente, sólo unos pocos tienen esa personalidad, pero lo cierto es que en una sociedad con serias dificultades, los que la tiene están más dispuestos a manifestarla. No sé si esos dementes irresponsables habrán pensado lo que, en ese contexto, puede significar su mensaje de instigación al homicidio. ¿Se habrán dado cuenta de que más armas en las manos de la gente significa más muertes, y no de violadores y psicópatas asesinos, sino de la mujer, del socio, del vecino, del que choca con su auto? ¿Se habrán dado cuenta de que invitarme a que fusile al ladrón en vez de detenerlo es invitarme a que sea totalmente intolerante y a que dicte mi propia ley y a condenar a muerte a quien me parezca? No sé si es inconsciencia o criminalidad. Admito que cada uno tiene derecho a ganarse la vida como puede, pero creo que nadie tiene derecho a ganarse la vida causando la muerte de sus semejantes. Pienso que debe ser feo cobrar un sueldo manchado de sangre. No tengo palabras para calificar esto, para responderle a quien quiere convertirme en homicida, a quien me propone matar y me invita a hacerlo. Me salen las frescas expresiones de los pibes: ¿Qué te pasa, loco? ¿Qué tenés en la cabeza?

(Publicada el 20-6-1990)







### 1991: Camps y los niños desaparecidos

# No hay indulto para el desprecio

**Por Mario Benedetti**



Cuando parecía que el miedo se estaba quedando sin siglo, el siglo agonizante se llenó de miedos. Si el Golfo Pérsico nos recordó lo que ya sabíamos y no nos atrevíamos a admitir (que el petróleo importa mucho más que el ser humano), en la Argentina el presidente Menem conmovió al mundo con su salto mortal. Y no cayó de pie, como los profesionales del alambre, sino de rodillas.

Fanático de todos los deportes, y en especial del fútbol, el primer mandatario se hizo el gol en contra más espectacular de su zigzagueante carrera política.

Ya es bastante dramático que en un solo país se propugne una perversión de la justicia, pero más grave es que casi un continente sea invadido por lo injusto. Debe reconocerse que los Videla, Viola, Suárez Mason, Massera, Camps, no están solos; en realidad, gozan de la compañía de Pinochet, de Stroessner y otros de menor renombre internacional, como Gavazzo y Cordero. Si lo de la Argentina duele más es porque fue el único país que, al recuperar la democracia (tal vez como forzada consecuencia del *Nunca más* propuesto por el dignísimo y corajudo informe Sabato), procesó y condenó a los máximos responsables de la tortura y el genocidio organizado. Por cierto que eso no ocurrió en Brasil, ni en Uruguay, ni en Paraguay, ni en Chile. Sólo en la Argentina, pero la piedad presidencial eliminó de un plumazo esa honrosa ventaja.

También es cierto que la represión argentina (la famosa "guerra sucia") fue la más cruel, la más inhumana, la más sádica. Quizá valga la pena recordar que entre los recientes indultados figuran el ex almirante Emilio Massera, responsable de que helicópteros arrojaran los cuerpos de las víctimas sobre el océano Atlántico, y también Ramón Camps, alguien que se ha jactado y responsabilizado de cinco mil tumbas "NN". Este directo, impúdico legatario de Herodes también organizó el secuestro y la desaparición de centenares de niños, más tarde adjudicados (al menos, los sobrevivientes) a parejas del exterior o a otros militares argentinos.

La apuesta a la pacificación nacional que, con este oprobio, Menem pretende articular, no tiene sentido. Pocas veces se ha recordado con tanta acritud, en la Argentina y en el mundo, la inicua biografía de los indultados. La semana anterior, el general (R) Domínguez, fiscal militar, calificó de "perdón sin honra" el concedido a los golpistas de 1976, que luego "violaron la ley, aplicaron métodos indebidos y corrompieron al Ejército". Durante su gobierno, el ex presidente Raúl Alfonsín creó, como explicación de sus propios (y más discretos) perdones, la figura de la "obediencia debida", pero, ¿a quién diablos debían obediencia los jefazos ahora agraciados? Lo del "perdón sin honra" parece, después de todo, una denominación puntual; por algo al general (R) Domínguez le costó la cesantía. Los ex jefes indultados no ignoran que la sociedad argentina se estremeció con la electrizante noticia de su libertad. El odio adormecido volvió a echar chispas. Pero los perdonados tal vez se inspiren en un verso del poeta latino Lucio Accio (170-90 a.C.): "Con tal que teman, que odien" *(Oderint dum metuant)*. Se creen superiores, infalibles, invictos, y en consecuencia el bien ganado odio de la comunidad los reconforta, les templa el ánimo, les afila los dientes.

A pesar del irrestricto apoyo que siempre obtuvieron de la Iglesia argentina, poco favor le hacen a Dios estos militares tan devotos, a menos que su mística se ejerza a través de Moloc, divinidad de los amonitas que prefería los sacrificios de niños. Ahora que Ramón Camps ha sido liberado, conviene recordar que los niños desaparecidos no eran subversivos, ni clandestinos, ni combatientes, ni guerrilleros. Eran simplemente niños. Sin embargo, no están. Si fueron asesinados, ese crimen no es siquiera político, es lisa y llanamente crimen. Si en cambio fueron asignados a otras parejas, sería pura y simplemente despojo. A pesar del tiempo transcurrido, una y otra vez el tema de los niños desaparecidos vuelve a irrumpir en la escena como una implacable acusación. En realidad constituyen una imagen tan universal e intocable que nadie puede permanecer ajeno a semejante colmo de crueldad. El ominoso silencio que pende aún sobre los centenares de niños no regresados, constituye el lado más escalofriante de esta historia letal.

No obstante, el controvertido perdón de Menem ha dejado insatisfechos a sus insaciables destinatarios. Ahora reclaman la gratitud social. Perdón sin monumento no es perdón. Ahora bien, ¿alguien encontraría admisible que pidiéramos a los judíos la glorificación de Eichmann o a los franceses la exaltación de Barbie? El pesado alcance de esta turbia faena no termina hoy. La amarga sensación de impunidad que la decisión presidencial ha desencadenado puede inferir un daño irreparable a la juventud argentina. La consideración que Menem ha tenido con los máximos responsables de treinta mil muertes y desapariciones, de incontables torturas y vejámenes, se convierte en una inconmensurable falta de respeto hacia la sociedad que lo eligió presidente y creyó en sus reiteradas promesas de justicia. "El indulto me lo banco yo solo", dijo con su habitual y trágico desparpajo el presidente, pero la realidad es otra: quien verdaderamente lo "banca" es el desalentado pueblo argentino.

El indulto no estimula ninguna reconciliación. Simplemente instala otra vez el miedo; y no porque el ciudadano crea que Videla, Viola, Camps *et al* vayan a encabezar nuevos motines. Es obvio que, en la tradición militar, quien no manda tropas queda fuera del juego, y fuera del juego están, muy a pesar suyo, Videla con sus ojos de témpano, Massera con su mueca de sarcasmo, Viola con su añoranza del horror, Camps con su paisaje de tumbas "NN". El perdón del crimen reactualiza el crimen. El miedo puede propagarse y hasta abarcar a la sociedad completa, pero el miedo nunca es democrático. Cuando la democracia se inunda de miedo es porque algo o alguien la carcome; es porque subsisten brotes endémicos de autoritarismo (y por tanto de antidemocracia). Ni el miedo ni el olvido son democráticos. Por algo Borges, que vivió etapas de increíble deslumbramiento ante los sables, dejó, sin embargo, esta cita que es casi una revelación: "Sólo una cosa no hay. Es el olvido". Es extraño que, a esta altura, el presidente argentino no haya aprendido aún que amnistía no es amnesia.

Es posible que el ex general Videla (hombre de comunión y vilipendio diarios) y sus colegas de perdón logren la comprensión de su Iglesia cómplice y hasta el aval antimarxista del papa Wojtyla (dejemos por ahora a Dios fuera de este *imbroglio*), pero lo que sí es seguro es que jamás obtendrán el indulto de la historia. En los primeros días hábiles posteriores a su libertad, tanto Massera como Videla concurrieron a oficinas públicas para renovar sus permisos de conducir (no a los pueblos sino a sus coches) y fueron unánimemente abucheados, y de paso insultados, por el público. (Por algo los griegos, que todo lo saben acerca de liturgias y condenas, decidieron no indultar a los coroneles de la dictadura 1967-1974.) En la memoria del pueblo argentino y de toda América latina, estos depredadores de la dignidad, estos hierofantes de la muerte, cumplirán inexorablemente su condena en la cárcel del desprecio, que seguramente no será tan placentera como los chalets en que padecieron sus cinco años de confortable "martirio".

(Publicada el 13-1-1991)

>>>

lítica, sino todas las formas de libertad o de diversidad.

En democracia, las demandas se multiplican y sofistican. Jamás serán saciadas del todo, pero la ampliación de sus márgenes es un dato insoslayable que a veces nos perdemos de ver. Grupos feministas que promueven el fin de la violencia familiar. Bolivianos orgullosos, tocando instrumentos de su terruño, con la bandera multicolor y pancartas con la figura de Evo Morales. Un grupo que, al modo de los descamisados que asumían con orgullo el mote desdeñoso de las minorías que los despreciaban, transforma la discriminación en bandera burlona. "Los putos peronistas" se la bancan como tales, y ya que están, se enumeran como "travas, tortas" y otras gracias.

Centros de estudiantes secundarios y universitarios suman sus cánticos y sus internas, que también las hay. Hugo Yasky y Martín Sabbatella marchan juntos, como por las calles de la provincia, sueltos de aparatos, cómodos entre la multitud. Marta Maffei, que supo encabezar hechos de masas y de honrosas luchas gremiales, también anda por ahí, es una más entre los que siempre pusieron el cuerpo.

■■■

La política dice presente desde el kirchnerismo a su izquierda. La entente pro campo no aporta presencias, está en otra. Muchos nombres de los '70 acompañan a Evita y Guevara: desde Cacho el Kadre hasta Santucho.

Los jóvenes de La Cámpora mixturan la evocación del efímero presidente de la primavera con un *issue* de coyuntura flamante, "una ley de medios para la democracia".

Libres del Sur, con una columna más que nutrida, cuestiona a Carrió, a Macri, De Narváez y Solá, pero pone por delante su distanciamiento con el kirchnerismo y un motivo. "Rico no es derechos humanos", proclama, irrefutable, una bandera que marca el camino de su gente.

■■■

La multiplicidad de partidos de izquierda comulga con el reclamo general, pero le agrega su posición crítica frente al gobierno nacional. Son miles de manifestantes, nutridos con panfletos y publicaciones. Se ubican al final, en un abanico de siglas que describe su saga. Las consignas contra el Gobierno son severas.

Luis Zamora camina con un par de compañeros por la vereda, sin columna ni pancartas.

■■■

Carta Abierta, que tuvo su bautismo de masas en el día previo al voto no positivo, es uno entre los nuevos colectivos que se agregan a una honrosa tradición. Las Asambleas barriales, que dieron color y número a tantos encuentros desde 2002, son difíciles de encontrar.

Mucha gente por la libre, parejas, pequeños grupos que eventualmente alivian el cansancio en las veredas de algún café. Bebés que miran azorados, en los hombros de sus padres o sus abuelos.

A ojímetro, la clase media hegemoniza la concurrencia, la base social humilde de los movimientos sociales es minoría.

■■■

Hay que tener 25 años para haber pasado toda la vida en democracia. Los de treinta recibieron toda su educación formal sin el cepo feroz del autoritarismo. Sería una audacia justipreciar cuántos de los manifestantes a Plaza de Mayo tenían esas edades, pero es seguro que eran muchos, acaso más de la mitad. La mayoría no son ya víctimas ni deudos: los pibes de Hijos andan por arriba de 30, por lo general. Jóvenes de nuevas camadas, con sus propias experiencias, sin la vivencia personal de la dictadura, con la libertad mamada desde la cuna, dijeron presente, testimoniando que las grandes causas no tienen dueños, ni personales ni generacionales.

■■■

Ayer mismo, a las siete de la tarde, para el on line de *La Nación* la noticia principal era la caída del gobierno checoslovaco. Wall Street, la segunda, en la lógica de la edición la marcha era la décima o menos. Recién a las 19.30 la marcha gana posiciones en la edición de Internet del diario de los Mitre. Muy otro trato que los cortes de ruta de centenares de productores o que la convocatoria módica de Susana, Bergman y Marcó.

Los instigadores, cómplices y luego encubridores del terrorismo de Estado siguen fieles a sí mismos, en su afán ocultador. Con todo, la tribuna de doctrina habla de "dictadura". Es un avance, el tono de los tiempos mueve hasta a los más remisos: hasta hace un par de años el manual de estilo no escrito pero imperativo del medio vetaba esa expresión. Era "gobierno de facto" y el terrorismo de Estado "lucha antisubversiva". Esa segunda supresión sigue vigente, casi todas las veces. Ese es el estilo de la "prensa independiente".

Fue una fiesta de la democracia y la memoria. Organizaciones no gubernamentales, ciudadanos sueltos, partidos políticos del oficialismo y de la oposición, cooperando en aras de su insigne denominador común y dando rienda suelta a sus enormes divergencias.

Usted, lector consecuente de este diario, inmune a la feroz manipulación predominante, seguramente lo palpó. Por si no estuvo, sepa que fue un actazo, en el que vibró una sociedad plural, dividida, herida, movilizada, viva al fin.

(Publicada el 25-3-2009)

1992: Los nazis en Argentina

# El secretario de Goebbels en Bella Vista

Por Raúl Kollmann

**Página|12** ubicó en una localidad del Gran Buenos Aires, a Wilfried von Owen, secretario del jefe de propaganda nazi, Joseph Goebbels, quien vive sin ocultar su identidad en la República Argentina desde su ingreso al país en 1951. Von Owen, quien habita un chalet de la calle Rafael Obligado, número 1888, de Bella Vista, opinó ante este diario que Goebbels "fue una persona inteligente, capaz, maravillosa, y tengo por él –agregó– la mayor admiración", reconoció que sigue colaborando con una publicación nazi de Munich y negó que haya ayudado a Martín Bormann en su paso por la Argentina aunque, admite que lo conoció "como a todos los altos oficiales nazis".

Von Owen era oficial del ejército alemán y fue destinado al servicio de Joseph Goebbels en 1943. Fue su colaborador personal hasta 1945 y clasificado por los cazadores de nazis como un "ejecutor de escritorio", es decir un hombre que no participó directamente en los crímenes de guerra aunque era integrante de la alta burocracia nazi que daba las órdenes. Apenas dos años después de la guerra escribió su libro *Mit Goebbels bis zum Ende*, es decir *Con Goebbels hasta el final*, ratificando su adhesión al nacionalsocialismo.

En 1951 viajó a la Argentina con documentos extendidos a su nombre y como ciudadano alemán, argumentando ante las autoridades de nuestro país que había sido exonerado de todos los cargos. Otros informes indican que su misión era participar de los planes de la organización Odessa, dedicada a facilitar la huida y reubicación de los nazis en todo el mundo. Incluso se lo sindica como uno de los que colaboraron con Martin Bormann, el segundo en la jerarquía nazi detrás de Hitler, en su supuesto paso por la Argentina. Lo que sí está totalmente comprobado es que von Owen siguió su trabajo de propagandista del nacionalsocialismo. El ex ministro Roberto Alemann señaló el sábado que fue jefe de redacción de *Die Freie Presse*, un diario veladamente pro nazi y antisemita y se convirtió en el corresponsal del *Nazionalzeitung*, un diario filonazi de Munich. Su libro de panegíricos sobre Goebbels fue reeditado en Alemania en 1989, acompañando el resurgimiento del racismo y el movimiento neonazi.

Durante toda la jornada **Página|12** intentó hablar con Von Owen en su casa de Bella Vista. La vivienda de la calle Obligado es un cómodo chalet, no demasiado lujoso y rodeado de una ligustrina alta que impide ver hacia el interior. También el portón es alto, aunque ayer se podía divisar estacionado en la cochera un Wolkswagen Gacel rojo con el escudo de Alemania en su parte trasera. El evidente intento de preservar la intimidad que denota la casa también se verifica en las costumbres de la pareja. Todos los vecinos coinciden en que extrañamente los Von Owen no hablan con nadie ni cultivan relación alguna con los que viven en las adyacencias. "Le decimos el antipaticón", señalaron varios habitantes de la misma calle, quienes describieron a Von Owen como un hombre alto, de aproximadamente 1,90 de estatura, extremadamente delgado y canoso.

Tras una larga guardia periodística y tensos diálogos con la esposa, finalmente Von Owen aceptó hablar con **Página|12**, pero únicamente por teléfono. El diálogo es el que se transcribe:

**–¿Usted fue colaborador de Goebbels?**

–Sí, es cierto. Fui oficial del ejército y me designaron para servirle. Colaboré también en todo lo que tenía que ver con la prensa

entre 1943 y 1945.

**–¿Y ahora como ve aquella actuación suya?**

–Yo trabajé en un gobierno legal. Además Goebbels era un hombre inteligente, capaz, maravilloso. Yo tengo la mayor admiración por él. Ud. puede leer todo eso en mi libro, que incluso ha sido reeditado en Alemania en 1989 por la editorial Ultsein.

**–¿Contra usted no hay ninguna orden de captura? ¿No lo busca nadie por crímenes de guerra?**

–De ninguna manera. Nosotros fuimos desnazificados (sic) por un tribunal aliado después de la guerra. Yo soy ciudadano alemán y la embajada de mi país sabe que tengo mis papeles totalmente en regla. Yo llegué a la Argentina en 1951, en el barco "Yapeyú" y no tengo ningún antecedente judicial. Vine con todos los papeles que corresponden.

**–Sin embargo a usted se lo acusa de haber trabajado para la organización Odessa, como enlace del tesorero para el Cono Sur, Albert Blume.**

—¡¡Ridículo!! ¡¡Mentiras!! A todos los que alguna vez me hablan de Odessa yo les digo que nunca existió, no hay ninguna prueba de su existencia.

**–Pero señor Von Owen, hubo miles de nazis que escaparon, que consiguieron documentos, lugares de vivienda, dinero, empresas que los aceptaron. Alguien organizó todo eso. Incluso se dice que su papel fue ayudar a Martin Bormann cuando pasó por la Argentina.**

–De ninguna manera. Yo lo conocí a Bormann en Berlín como conocí a todos los altos jefes nazis. Después nada más.

**–Pero usted siguió escribiendo para diarios nacionalsocialistas. Hay datos que señalan que usted aún escribe para *Nazionalzeitung* de Munich.**

–Sí, efectivamente. Ahora hace tiempo que no colaboro. Pero el partido que edita esa publicación es legal es la Deutsche Voksunion, la Unión del Pueblo Alemán (catalogado como filonazi), así que escribir para la *Nazionalzeitung* también es legal.

**–Señor Von Owen, en medio de la confusión de la guerra usted pudo haber creído que Goebbels era maravilloso, pero 45 años más tarde, cuando el mundo entero sabe de los campos de concentración y el asesinato masivo de judíos y opositores políticos, esa admiración no tiene calificativo.**

–No voy a discutir eso con usted. Hubo víctimas a ambos lados.

**–Víctimas sí, pero no campos de concentración y cámaras de gas.**

–Los aliados mataron a más de un millón de alemanes después que terminó la guerra, cuando ya nos habíamos rendido.

**–Señor von Owen, la historia muestra que los únicos que mataron gente en campos de concentración, gente indefensa, asesinada sistemáticamente, fue el régimen que usted defiende.**

–Me niego a discutir eso con usted. Y menos con la mala fe que tiene y que su diario ya ha demostrado. Además, todos los días me voy a dormir a las diez de la noche. Siempre. Ahora son las diez. Buenas noches.

(Publicada el 11-2-1992)




### 1993: El cristianismo, los aviones y el hambre de los niños

# El optimismo de Monseñor

**Por Osvaldo Bayer**

Monseñor Casaretto, obispo de San Isidro, es un optimista por naturaleza. Claro, debe estar influenciado un poco por el paisaje que lo rodea. Y tal vez se amoldará un poco a los oídos que lo escuchan. Esa linda gente paqueta con gusto. Esos ejecutivos de rostro comprensivo, esas esposas siempre juveniles que se saludan casi en susurro, esas adolescentes que hunden sus gráciles manos cada treinta segundos en sus guedejas de oro, esos jóvenes resplandecientes que se permiten ir a misa antes del deporte, esos ancianos picados por avispas a quienes Dios los ha prendado con fortunas, residencias, bellos nietos y, por sobre todo, tranquilidad. Por eso justamente a ésa, su grey, monseñor Casaretto la exhortó a "no creer en los profetas del desastre". Sí, señor. Monseñor Casaretto es un hombre positivo. ¿Quién puede creer en San Isidro en los desastres? Es más, con ese tono que sólo tienen los justos, el monseñor de San Isidro agregó este pensamiento profundo: "Los hombres de hoy aman la vida y buscan denodadamente ser más libres que es en sí una corriente positiva". Claro que sí. Y como mejor demostración, yo, a los descreídos y a los flojos, los llevaría a San Isidro: jardines cada vez más verdes, fuentes cada vez más cantarinas, perros cada vez más de raza, piscinas cada vez más sofisticadas. Se respira libertad por todos los rincones: ¡libertad, libertad libertad! Eso sí, todo bien custodiado para que ningún intruso peque contra el sagrado derecho de la propiedad privada obtenida con la libertad de mercado.

Por eso, para no aparecer como un "profeta del desastre", quien escribe estas líneas no va aquí a reflexionar sobre las oscuras columnas de hombres, mujeres y niños que revolvían la basura en la noche avanzada de la fiesta de la Cristiandad. Sería de mal gusto ante las eufóricas palabras del representante de Cristo en San Isidro. (Ni tampoco transcribir lo del obispo Laguna, porque es de Morón: "La verdadera pobreza está en el conurbano, es impresionante dónde vive la gente. A 15 kilómetros de la Capital la gente tiene que hacer 200 metros para que de una canilla salgo algo de agua". No, con juicios así no se puede hacer futuro. Porque la pregunta clave es: ¿dónde hay más alegría, dónde hay más libertad? ¿En las fuentes de los apacibles jardines de San Isidro, en los colores irisados de sus piscinas cada vez más sofisticadas, o en un barrio de la negrada donde ni siquiera saben lavarse los mocos?

"Profetas del desastre." Antes, a quienes ponían en duda la ecuanimidad del sistema se los sospechaba de estar vendidos al "oro de Moscú". Pero esto quedó fuera de moda. Ahora se les dice "profetas del desastre". (A este humilde cronista con opinión, el periódico alfonsinista *El Ciudadano* le sacudió el ilevantable epíteto de "utopista patológico", que es más o menos como sufrir de sida en el cerebro y ser perverso por antonomasia.)

Porque realmente sí sería perverso, después de escuchar la homilía de Casaretto en San Isidro, venir con estadísticas fuera de lugar, como la que acaba de publicar Unicef –me permito, monseñor Casaretto, decirle, por si lo ignora, que Unicef es la Organización de Naciones Unidas de Protección a la Infancia– en la que se señala que la tasa de mortalidad infantil de menores de 5 años es en Cuba de 14 por mil, mientras en la Argentina de Menem y la libertad es el doble: 24 por mil. Y que en Haití, también como Cuba una isla del Caribe, es de 137. Pero, dejémoslo ahí, porque ya al citar esto me estoy haciendo sospechoso del oro de La Habana. Además, monseñor, usted tendría la respuesta firme a flor de labios: en San Isidro la tasa de mortalidad infantil es cero. Y es cierto.

Hay algo que, sonrojándome y con miedo de caer nuevamente en utopismos patológicos, me atrevo a transcribir: dice la Unicef que "para salvar por año a 12,9 millones de niños se necesitan 25.000 millones de dólares, que es lo que gastan en un año los europeos en vino o los estadounidenses en cerveza o la mitad de lo que Europa dedica a cigarrillos en el mismo período". (Textual, de las insospechables agencias Reuter, EFE y DPA.) Al leer esto se me ocurre con humildad un pedido a monseñor Casaretto: ¿Y si para que los negros de Morón puedan lavarse la cara, los cristianos de San Isidro renunciaran a la mitad de sus fuentes y a la mitad de sus piscinas? Perdón, ahora me doy cuenta de lo descabellado de mis utopismos patológicos. Eso iría contra la libertad. Y como usted, monseñor, lo dijo muy bien: "Los hombres de hoy buscan denodadamente ser más libres".

El mismo informe de Unicef señala que para combatir las deficiencias por falta de yodo en el mundo –la mayor causa de retraso mental en los niños– (textual) "se precisan cien millones de dólares al año, lo que cuestan dos aviones de combate". ¿Pero cómo, justamente ahora se informa así cuando los argentinos vamos a recibir con todo orgullo el primer contingente de 54 cazabombarderos A4-M Skyhawk? ¿Quiere decir esto acaso que vamos a contramarcha de la historia? Pensar así sería convertirse en "profeta de desastres". ¿Cómo se puede pensar mal de hombres como Erman González quien "luchó" para que Estados Unidos nos venda esos aviones tan necesarios? Erman González, hombre de misa dominical aun en verano y miembro constante de la democracia cristiana. ¿Y cómo sospechar de insensibilidad a un Carlos Saúl Menem, quien acaba de declarar que ya a los seis años era monaguillo y ayudaba a misa?

Tratemos de aclarar un poco los términos porque todo viene muy confuso: esto del cristianismo, los aviones, la libertad y el hambre de los niños. Porque así como el propio San Isidro tiene sus bolsones del Tercer Mundo, así los exponentes más admirados de la excelencia del Primer Mundo tienen sus miserias. Le voy a reproducir a monseñor Casaretto una publicación del diario alemán *Der Tagespiegel,* conservador-liberal de Berlín, quien en primera página del 20 de diciembre último tituló: "Situación en Alemania de los niños cada vez mas afligente". Y el texto, de AP, señala: "La Liga de Defensa de la Infancia de Alemania juzga como cada vez más afligente la situación de los niños alemanes y extranjeros en Alemania. Su presidente, Walter Wilken, declaró que más de 500.000 niños viven en barrios de los sin techo o en condiciones de vivienda absolutamente desoladoras. En el mercado de vivienda no hay para sus padres ni para ellos absolutamente ninguna posibilidad. Además, un millón de niños reciben ayuda social que, hasta su séptimo año, es sólo de 230 marcos por mes. La confianza de los niños en sus padres y en el futuro sufre una profunda conmoción. La política 'ha fracasado con respecto a los niños y pasa de largo ante ellos sin compasión alguna'. Es así 'que la agresión, el miedo y la depresión, crecen'". Hasta ahí la información de un diario líder de la defensa del sistema de mercado. Nada de oro de Moscú. Ni de "profetas de desastres". La realidad bien tangible. Si monseñor Casaretto lo pide, le enviaré una fotocopia así puede cerciorarse de que la traducción es fiel al texto. Tal vez, en la misa del próximo domingo, monseñor Casaretto pueda leerlo en el púlpito. Y es posible que su grey inicie un donativo espontáneo para los niños pobres de Alemania.

(Publicada el 2-1-1993)



## 1994: La reivindicación menemista de la dictadura

# Con los deditos, no

**Por José M. Pasquini Durán**

Al menemismo se le pasó el susto del 10 de abril. Después de la victoria electoral en la provincia de Buenos Aires, recuperó la confianza y la capacidad de iniciativa política, que había extraviado cuando creyó que sus votos se estaban evaporando. Aunque Duhalde haya ganado con obras públicas, subsidios y promesas de empleos, que no figuran en el discurso de Domingo Cavallo, el oficialismo empezó a mirar con optimismo los resultados de los innumerables pronósticos que le acercan los encuestadores. En esas tablas estadísticas pierde popularidad el discurso oficial, pero ni el Frente Grande ni los radicales crecen tanto aún como para amenazar la reelección presidencial. Como en la perinola, por ahora todos pierden.

La simbología manual que usó el sombrío Carlos Tacchi en la Cámara baja –tan expresivo de los deseos oficiales sobre los traseros opositores– graficó mejor que nada el renacido exitismo soberbio del menemismo. Por algo el oficialismo, con el presidente Carlos Menem y el ministro Cavallo a la cabeza, celebró con alborozo el lenguaje gestual del titular de la Dirección General Impositiva (DGI). Es más: el monedero Gostanian podría incorporar el gesto como logotipo de la campaña por la reelección presidencial, ya que simboliza el criterio del menemismo frente a todo lo que se le opone.

El mismo impulso eufórico empujó al Presidente a dar el cuarto paso –uno: punto final, dos: obediencia debida, tres: indulto– sobre la "guerra sucia": la reivindicación *in totum* de la dictadura, incluido el terrorismo de Estado. Es posible que el jefe del Estado haya decidido compensar con halagos las restricciones presupuestarias: en lugar de aumentos salariales, sobarles el lomo, pero aun en ese caso es imposible atenuar la gravedad de sus definiciones.

Es conocida su propensión a justificarse en un pragmatismo que no conoce límites y que no vacila en borrar con el codo lo que escribió con la mano. Al día siguiente de lo que dijo ya estaba aclarando que no quiso decir lo que todo el mundo entendió.

¿Cuándo dijo lo que de verdad pensaba? Las dos veces, probablemente. Una vez le sirvió para los militares y la otra para los civiles. Aparte del método de afirmar lo que convenga en cada caso, el contenido fue incalificable en ambas oportunidades.

En primer lugar, porque si el Presidente considera que los militares, en su mayoría o totalidad, creen que la violación regimentada de los derechos humanos es un comportamiento rescatable, no hay sustento moral posible para recomponer las relaciones con la sociedad civil. De ser así, las Fuerzas Armadas serían incompatibles con la democracia, a menos que la democracia se traicione a sí misma y reconozca que, bajo ciertas circunstancias, la dictadura es legítima para resolver los conflictos internos del país. Si no quiso reivindicar la tortura, el asesinato y los demás crímenes comprobados, queda en pie sin embargo su rescate de la dictadura como opción política de gobierno.

Aparte de las implicaciones referidas a la instigación a cometer delitos (T. VIII, Cap. I, inc. 209 del Código Penal), los dichos presidenciales sobre los años de plomo avasallan el flamante artículo 36 de la Constitución (*Nuevos derechos y garantías*) que condena los "actos de fuerza contra el orden institucional y el sistema democrático". La verdad es que después de sus declaraciones, el Presidente podría haberle dedicado a la sociedad, sobre todo a las víctimas del terrorismo de Estado y a los defensores de los derechos humanos, la repetición de la manualidad de Tacchi. Hablando de repetir, el Presidente plagió argumentos que había usado antes Bernardo Neustadt para explicar su homenaje a la policía en el Luna Park (¿para cuándo pensará citar al mitin de reivindicación del proceso?). No es la primera vez que uno pone palabras en boca de otro y, por eso mismo, este empresario periodístico amerita, como pocos, figurar en la fórmula de la reelección menemista. Igual que Polifemo ante el espejo, ambos piensan que todos los demás tienen un solo ojo en la frente, pero que sólo el de ellos es verdadero.

### Terrorismo

Lo mismo que en otras oportunidades, con el ego recompuesto nada parece detener al menemismo. Cavallo es un perfecto exponente de tanta osadía y manipula la realidad con la misma desenvoltura que su jefe. Desde hace meses, es evidente para los especialistas, aun entre los aliados de la convertibilidad, que el programa tiene dificultades. La discusión, en todo caso, era si se trataba de un bache o del fin del camino. Entre las concesiones electoralistas –cuatro comicios en 20 meses, además de las internas– y la depresión por el fiasco de abril, los ejes disciplinarios del proyecto económico se habían escapado de las guías.

Para escapar de la coyuntura, el ministro apeló a su método favorito, el terrorismo. Formado en el servicio de grupos económicos que dan golpes de mercado con la misma impudicia que usaban los militares para apoderarse del gobierno, Cavallo no vaciló en anunciar la inminente debacle si el Congreso no le otorgaba facultades y recursos extraordinarios para aniquilar a la subversión previsional.

En esa tarea, se encontró con voceros calificados del establishment, dispuestos a restablecer temores pasados para contener, por un lado, las tentaciones populistas de los que quieran seguir el camino de Duhalde (una vez es necesidad, más es vicio) y, por el otro, para recordarles a los candidatos presidenciales cuáles son las reglas del juego permitidas.

Atrapado entre las dos campañas de terror, sin que ningún indicador macroeconómico fuera catastrófico, el país se encontró de pronto sumergido en la incertidumbre y la confusión. Nadie sabía por qué, pero algo terrible estaba por pasar. En esa lógica del espanto, quedaba una sola manera de evitarlo: aferrarse a la mano paternalista del gobierno y no soltarla ni para hacer señas.

Durante las dos últimas semanas, fue el menemismo in concert, con luces, láser, fuegos artificiales, humos, cadenas y todos los recursos de un festival a lo grande. Hasta se eligió al jubilado José Francisco Busetta como el villano del mes de noviembre, para reemplazar a José Benito, que ocupó el cetro en octubre. No faltaron ni los *sponsors* comerciales: el ministro y su equipo incluyeron en el show el más espectacular aviso publicitario en beneficio de las aseguradoras privadas (AFJP), cuando les advirtieron a los trabajadores que optaron por el sistema estatal que si no cambian hoy mismo su destino terminarán como Norma Plá: pobres y a los gritos en la plaza.

El corazón de la maniobra

consistía en desplazar el centro del debate sobre el déficit fiscal, el desequilibrio de la balanza comercial, el desempleo en auge, el aumento de la deuda externa con tasas más altas que nunca porque aumentó el riesgo argentino en el mercado internacional de capitales, la injusticia social y la ausencia de oportunidades para un número creciente de personas. En el terremoto, nadie se detiene a fijarse si queda manteca en la heladera. Había que crear el terremoto: primero fueron los fallos judiciales sobre la movilidad previsional y luego se agregaron las jubilaciones de privilegio, para moverle el piso a todo el mundo.

Con la calculadora cargada, volaban los miles de millones sobre la cabeza de los argentinos, como una guillotina loca, hasta que los más modestos ahorristas del plazo fijo pensaron que los ávidos Busetta y Benito querían quedarse con su plata. Hay que decir que algunos opositores contribuyeron al show, aceptando el debate en los términos “de privilegio” que proponía el gobierno, en lugar de aferrarse al eje que siempre han sostenido con su esfuerzo los jubilados: aumento del mínimo de 450 pesos y que la diferencia de presupuesto la paguen los que se han beneficiado con la mayor productividad y el crecimiento del PBI.

Llegado el momento en que todo parecía venirse abajo –la estabilidad, el crédito, la moneda, el prestigio internacional, la Corte Suprema–, cuando no quedaba más que la astucia del Chapulín Colorado, apareció Cavallo con su propuesta de solidaridad salvadora. En síntesis: a partir de ahora ninguna ley, ni la Constitución siquiera, está por encima del presupuesto, tal como lo prepara el equipo económico oficial. En cuanto a las jubilaciones, como en otras áreas de la economía, el proceso de transformación que enorgullece al oficialismo consiste en igualar para abajo.

El Congreso, según la solidaridad oficial, será el cartonero del presupuesto y rebuscará en las sobras para repartir cada año entre los jubilados más viejos, siempre y cuando el ministro tenga a bien dejar la bolsa de residuos en la Cámara legislativa. En ese caso, algunos de los mayores de 85 años cobrarían en 1996 doscientos o trescientos pesos más por mes, pero eso sí, durante el resto de su vida.

Para no ser injustos, hay que resaltar que existe una cierta coherencia en el pensamiento gubernamental. La reivindicación de la dictadura por Menem y los poderes extraordinarios que pide Cavallo forman una sola pieza, unida por la convicción oficial de que la aplicación de la ley lleva al caos y que el derecho jurídico es una manifestación de la irrealidad. El más conocido vocero policial podría agregar que tampoco sirve el Código Penal, porque contabilizó 32 delitos –entre ellos la corrupción– que no tienen castigo previsto. Suerte que alguien descubrió que los corruptos no están presos por culpa del Código Penal.

No es el único descubrimiento que aportaron los sucesos institucionales de los últimos días. Hay más, por lo menos tres esenciales: 1) La economía argentina es ingobernable con la Constitución, las leyes la Justicia; 2) el menemismo puede gobernar sólo con poderes excepcionales; y 3) el gobierno y el Estado son irresponsables e inimputables por lo que les pase a millones de argentinos. Ellos hacen el bien, aunque la gente no se deje y tengan que usar la fuerza.

A todo esto, ¿dónde fue a parar la riqueza acumulada por estos tres años de crecimiento record, si la gente común no la tiene? Ya que no hay explicación oficial, en lugar de cortar manzanas el canal oficial podría organizar un concurso nacional, algo así como una caza del tesoro. El premio podría ser una jubilación de privilegio que el ganador, en lugar de devolverla al fisco, podrá usar como subsidio para una beneficencia de su elección privada.

Si el gobierno hiciera caso de las Naciones Unidas para algo más que las expediciones militares que le interesan a Estados Unidos, podría estar ahora empeñado en hacer algo para atacar la pobreza, aunque sea en homenaje a la próxima Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social. Tal vez la elude porque en los documentos preparatorios hay argumentos que cuestionan algunos de sus mensajes.

Este es uno, de ejemplo: “La apertura *[a la globalidad económica]* puede llevar también a la homogeneización, a la pérdida de valores tradicionales y de estilos de vida singulares, y a la individualidad propiamente dicha. La pérdida de la solidaridad entre las generaciones y de los vínculos que unen a las comunidades puede crear vacíos morales y culturales, y estos vacíos son el terreno propicio para la alienación y la conducta delictiva”. Los conflictos en algunos barrios debido al traslado arbitrario de villas de emergencia, ¿no comprueban estas afirmaciones? Otro ejemplo, entre muchos de los mismos antecedentes, para contrastar con el gobierno que maneja hipótesis como la compra de soberanía con plata: “A pesar de que al principio pareció ser el presagio de la paz, el fin de la guerra fría ha tenido un efecto desestabilizador [...]. ¿No deberíamos hacer que el mejoramiento de la condición de vida de la gente y del planeta fuera el nuevo factor organizador de la vida internacional?”.

(Publicada el 5-11-1994)